

Guillermo Lora



BOLIVIA:
de la Asamblea Popular
al golpe fascista

EL YUNQUE EDITORA

**HECHO EL DEPOSITO QUE MARCA LA LEY 11.723
IMPRESO EN LA ARGENTINA. PRINTED IN ARGENTINA**

***BOLIVIA:
DE LA ASAMBLEA POPULAR
AL GOLPE FASCISTA***

GUILLERMO LORA

EL YUNQUE EDITORA

GUILLERMO LORA

Bolivia:
De la Asamblea Popular
al
Golpe Fascista

A la memoria de los camaradas trotskystas

Alberto Pérez C.

Carlos Thompson

Julio Toranzo

Ricardo Troncoso

**Y de todos los que cayeron combatiendo
contra la bestia fascista.**

A D V E R T E N C I A

El presente trabajo fue originalmente elaborado como documento interno y una serie de consideraciones del momento nos aconsejaban no hacerlo público. Teníamos presente que una agudización de la polémica alrededor de los acontecimientos de agosto de 1971 y del significado de la Asamblea Popular, pudiesen obstaculizar el funcionamiento del Frente Revolucionario Antimperialista, indispensable para lograr la movilización de las masas que se encuentran relativamente desperdigadas, temerosas y que no se animan a pasar a la resistencia activa al régimen gorila.

La anterior opinión partidista no fue hecha pública, porque equivocadamente partíamos de la certeza de que las otras agrupaciones políticas compartían nuestras conclusiones. Para nosotros tenían carácter prioritario los trabajos encaminados a estructurar y fortalecer el FRA.

Sin embargo, los otros partidos políticos han publicado, una y otra vez, escritos de discusión con nuestras posiciones y actividades en el pasado inmediato. Casi siempre los hechos han sido desvirtuados y se han lanzado artículos y ensayos francamente ofensivos para el Partido Obrero Revolucionario. Un elemental respeto a la opinión pública boliviana y continental y, particularmente, a los obreros nos ha obligado a responder a tanta infamia y calumnia.

Tales son las razones que nos obligan a publicar las páginas que siguen y que no era nuestro deseo sacarlas más allá de los límites partidistas. El lector convendrá que tenemos mucho que decir acerca de los puntos en conflicto y bastante que repudiar en la conducta de muchos sectores que se reclaman de la izquierda.

Iniciado que ha sido el debate contra nuestra voluntad, estamos dispuestos a proseguirlo hasta sus últimas consecuencias, pues solamente así ayudaremos a los explotados a asimilar su propia experiencia. Sabíamos perfectamente que esta confrontación de ideas debía realizarse tarde o temprano y ahora que se precipita no seremos nosotros los que nos ahogemos en lamentaciones.

Nuestros adversarios tienen derecho a expresar sus opiniones que son contrarias a las nuestras. A nuestro turno, sólo pedimos que se respete el derecho que tenemos de exponer públicamente las nuestras.

Todos debemos convenir que la polémica, por muy áspera que sea, no debe obstaculizar el trabajo común y coordinado en el seno del Frente Revolucionario Antimperialista. Será necesario volver a recalcar que en ese Frente están partidos políticos de diversa orientación programática y que, sin embargo, tienen muchos puntos en común.

Bolivia, marzo de 1972.

CAPITULO I

NATURALEZA DE LA ASAMBLEA POPULAR

En escala internacional se ha escrito mucho alrededor de la Asamblea Popular aparecida últimamente en Bolivia y los documentos publicados demuestran la gran desorientación que existe al respecto. Se puede decir que constituye la piedra de toque para las tendencias de izquierda, desde el momento que su análisis implica una definición con respecto a la misma revolución boliviana.

Muchos izquierdistas convertidos en testaferros del nacionalismo (militar o civil) sostienen, violentando los hechos, que la Asamblea Popular fue auspiciada o creada nada menos que por el general Juan José Torres. La tesis fue cocinada con la finalidad de fortalecer la teoría de que el nacionalismo revolucionario conduce, en los países atrasados y en nuestra época, al socialismo, siendo, además, la única vía. Es oportuno puntualizar que han adoptado la denominación de nacionalismo revolucionario los movimientos populares y antimperialistas dirigidos por la burguesía criolla o por la pequeña burguesía, pudiendo sus líderes vestir levita de corte europeo o casaca militar. Los marxistas, algunos de los cuales no tienen el menor reparo en declararse discípulos de León Trotsky, que se han sumado a esta postura, gustan llamarse izquierda

nacional, esto para demostrar que en todo momento y en todos los planos rechazan el internacionalismo del marxismo, que es tanto como repudiar su misma esencia.

La izquierda nacional y sus epígonos van más allá de las simples reclaraciones generales y pretenden elaborar toda una teoría de la revolución latinoamericana. Parten de algo que ellos consideran su descubrimiento de la hora nona: un país es atrasado porque soporta la opresión imperialista y ésta anula o, por lo menos, relega a un segundo plano, la lucha de clases, planteándose así la contradicción fundamental entre nación oprimida y metrópoli. Esta conclusión es falsa desde el punto de vista teórico e histórico y totalmente revisionista para un trotskista. Trotsky ha escrito con claridad que la opresión imperialista acentúa lejos de atenuar o anular la lucha de clases. La posibilidad de victoria del movimiento popular antimperialista está estrechamente ligada a la tenaz lucha que libra el proletariado para conquistar la dirección política, vale decir, para convertirse en caudillo nacional, lo que supone el aplastamiento de las vanguardias partidistas de las otras clases sociales. Esta batalla política constituye una elevada expresión de la lucha de clases. La izquierda nacional, y en este aspecto es la misma cosa que el stalinismo, vuelve a actualizar las posiciones mencheviques en lo que se refiere a la naturaleza de la revolución en los países atrasados: en último término, revolución democrática dirigida por la burguesía o la pequeña burguesía, proceso dentro del cual el proletariado debe cuidarse de enarbolar sus propias tareas históricas, a fin de no atemorizar y espantar a los caudillos populares antimperialistas. En otras palabras, no habiendo llegado aún el momento de la revolución dirigida por el proletariado, la tarea "revolucionaria" de éste no es otra que la de apoyar a los movimientos nacionalistas y de convertirse en su izquierda; en esto concluyen las posturas de "apoyo crítico", que en los hechos se convierten en apoyo incondicional. Los propugnadores del nacionalismo revolucio-

nario y de la izquierda nacional alientan una profunda desconfianza acerca de la capacidad revolucionaria de la clase obrera de los países sometidos a la opresión imperialista; es cierto que hablan de su gran importancia en la lucha revolucionaria, pero se niegan a reconocerle el derecho a la hegemonía política que lleva implícita la tesis del gobierno obrero. Este planteamiento es calificado por ellos, invariablemente, como extremismo provocador.

Los sostenedores del nacionalismo revolucionario y de la izquierda nacional tienen una raíz teórica común con el stalinismo: el menchevismo capitulador ante la burguesía y que, indefectiblemente, lleva a posiciones proimperialistas. En Latinoamérica, los partidos comunistas nutren al nacionalismo de argumentos teóricos. Esta es una de las razones, entre otras, de su mediatización y de su tendencia a cooperar con las burguesías "progresistas" y, por este canal o por el de la diplomacia soviética, con el imperialismo.

Cierran el camino de toda perspectiva revolucionaria aquellos que sostienen que el nacionalismo revolucionario conduce al socialismo, porque, desde este punto de vista, a la vanguardia proletaria no le quedaría más papel que el de apoyar a los gobiernos nacionalistas (civiles o militares) y esforzarse porque se hagan más y más socialistas. Como se ve, la revolución acaudillada por la clase obrera ya no encuentra cabida. Surge una consecuencia inmediata: la estructuración del partido obrero no es más la clave de la revolución, desde el momento que la falta de madurez del factor subjetivo de ésta se resuelve con la presencia del nacionalismo revolucionario. No hay por-
rañarse que éstas gentes coincidan plenamente con las perspectivas y conducta stalinistas.

REVOLUCION Y PETARDISMO

Para otros, incluidos los ultraizquierdistas, que han acuñado fórmulas destinadas a sustituir la capacidad re-

volucionaria del proletariado con petardos, la Asamblea Popular no pasó de ser un organismo impuesto a las masas y extraño a su vida diaria. Ellos se han encargado de revelarnos la esencia de su posición y de lo que son, inclusive cuando aparentan haber revisado los errores del foquismo y empeñarse en materializar su táctica de aproximación al pueblo (prefieren hablar del pueblo en abstracto y no de aquel profundamente escindido en clases sociales antagónicas). El Ejército de Liberación Nacional —tal el nombre adoptado por el movimiento pequeño-burgués ultraizquierdista— comenzó por ignorar piadosamente a la Asamblea Popular por considerarla un refugio de reformistas inclinados a cooperar con el gobierno Torres, catalogado como dócil instrumento de los yanquis y exactamente igual a los regímenes de Barrientos y Ovando; más tarde, cuando el más torpe percibía que la Asamblea era nada menos que el canal fundamental de movilización revolucionaria de las masas, declaró públicamente que tomaba para sí (los intelectuales pequeño-burgueses tienen una inclinación natural hacia el paternalismo) la vigilancia de los actos de la Asamblea y de sus dirigentes. ¿Y a ellos quién los vigila? En lo que se refiere a la organización popular la vigilancia revolucionaria estaba en manos de la clase obrera, que se encontraba en su seno no sólo físicamente, sino como programa político. Es claro que el ultraizquierdismo pequeño-burgués no podía ver con simpatía o confianza el nacimiento y tonificación creciente de la Asamblea Popular, desde el momento que se trataba de una organización completamente extraña a su ideología y a sus métodos de trabajo. Para todas las variantes del foquismo la revolución no pasa por la lucha de clases, sin que es la consecuencia de un esquema impuesto desde fuera. Las masas se movilizan y maduran políticamente a través de las batallas diarias alrededor de problemas que tienen relación con la vida cotidiana; lo importante radica en no encerrarse en el economismo, sino en descubrir el puente que permita a los explo-

tados, partiendo de su actual nivel de conciencia clasista y de sus necesidades inmediatas, proyectarse hacia la conquista del poder. La revolución concebida como un fenómeno exterior y extraño a las masas nada tiene que ver con el marxismo y menos con una verdadera transformación de la sociedad y conduce directamente al aventurerismo y a la provocación. A estas gentes se les debe repetir hasta el cansancio de que si las masas no hacen la revolución con sus propias manos ésta no se producirá, pese a la desesperación de los intelectuales y a todos los esquemas foquistas. La Asamblea Popular decepcionó a los ultraizquierdistas porque, violentando sobre todo la expectativa de los periodistas burgueses, no debutó decretando la inmediata insurrección y menos colocando en la orden del día la urgencia de generalizar el lanzamiento de bombas con y sin razón; contrariamente, y ésta vez conforme a las necesidades y esperanzas de los trabajadores, adoptó medidas estrechamente ajustadas a las preocupaciones más importantes de los explotados y del país (la coparticipación obrera mayoritaria en la Corporación Minera de Bolivia, sustitución del anárquico sistema universitario por la universidad única, etc.), pero que permitían una profunda movilización revolucionaria de la mayoría nacional bajo la dirección política del proletariado. La lucha por la efectivización de esos objetivos abría la segura perspectiva de que la mayoría nacional, pese a todos los prejuicios dominantes en ese momento, se vería colocada en posición de luchar realmente por la conquista del poder. El ultraizquierdismo, que sueña con realizar la revolución sin las masas y a veces contra ellas, no pudo percibir este proceso y quedó desilusionado ante la adopción de una táctica que la consideraba como una pura pérdida de tiempo y de energías en nimiedades, si se las considera con relación a la altisonante y terrorífica consigna de la inmediata insurrección. La experiencia ha demostrado que el ultraizquierdismo que dice haber abandonado la concepción foquista y se dirige hacia las ma-

sas, no logra penetrar en el seno de éstas, sino que permanece al margen de su lucha diaria y mantiene vigente su pretensión de pensar y actuar a nombre de ellas. Todo esto viene a demostrar que para el foquismo, declarado o encubierto, las masas son un pretexto, pero que no cuentan en la elaboración de su táctica; por esto mismo, no puede extrañarse que muchos de sus líderes se hayan desplazado desde el puro guerrillerismo hacia las posiciones nacionalistas revolucionarias, siempre pasando por encima de las **mayorías explotadas**.

Actualmente la ultraizquierda, a lo largo de América Latina, propaga la especie de que la Asamblea Popular boliviana era nada menos que petardista. Esta es una de las muchas falsedades a las que nos tiene acostumbrados la propaganda interesada. La asamblea sacó de quicio al guerrillerismo por marchar demasiado lentamente, a paso de tortuga, con referencia a la extrema desesperación que se apoderó de ellos, interesados únicamente en quemar las etapas y precipitar el estallido petardista. La Asamblea no usó ni abusó del terrorismo verbal y por eso penetró profundamente en las masas y en ningún momento quedó aislada; su dirección ideológica (programáticamente encarnada en la Tesis Política de la Central Obrera Boliviana y en las bases constitutivas de la propia Asamblea) sabía como gradualmente las capas atrasadas de los explotados concluirían colocadas en lucha franca contra el régimen imperante. Si el objetivo estratégico del momento era la estructuración del gobierno obrero (los stalinistas y sus múltiples variantes hablaban de un gobierno popular antimperialista y en esta medida se afanaban por alejar a los trabajadores de su verdadero camino) era claro que se tendría que desplazar al general Torres o a su sustituto del Palacio de Gobierno. Había que marchar con las masas, concentrándolas, educándolas y guiándolas en su movilización, tanto más pesada cuanto más profunda. La existencia misma de la Asamblea Popular era una tre-

menda derrota para el nacionalismo revolucionario y para el foquismo aventurero. Huelga decir que estaban desesperados por destruirla, pero permanecían en su seno cediendo así a la presión popular.

LA ASAMBLEA PRODUCTO DE LAS MASAS

La Asamblea fue, por encima de toda otra consideración, una auténtica creación de las masas bolivianas y particularmente del proletariado. Como no podía ser de otra manera, resumió sus aspectos positivos y negativos; nació y vivió como una elevada expresión organizada del nivel alcanzado por la conciencia de clase. Debemos explicarnos. En ninguno de los programas partidistas o sindicales del país se encontrará la consigna que exprese la necesidad de estructurar semejante organización. En los escritos de los teóricos de izquierda, incluso en los de aquellos vitalmente vinculados con el proceso revolucionario, no se leerán páginas dedicadas a demostrar la inevitabilidad del nacimiento de entidades soviéticas como instrumentos de las masas en su lucha por el poder. La Asamblea no fue el resultado de una consigna o del afán de acomodar el desarrollo de los acontecimientos en los esquemas de la especulación intelectual, por muy brillante que esta fuese. Contrariamente, los hombres de la calle, en pie de combate y urgidos de dar respuesta a situaciones nuevas, la arrancaron de sus entrañas por ser para ellos una necesidad histórica. Los aficionados a las especulaciones bizantinas no se cansan de señalar las limitaciones de la Asamblea, la paradoja de su nacimiento y lo insólito de su creación en un país tan atrasado, tan inculto y tan sometido a la opresión imperialista. Estos críticos parecen no darse cuenta que la Asamblea, con todas sus particularidades, constituye el producto típico del desarrollo político boliviano.

La Asamblea debe ser considerada, en primer lugar, como una organización popular, en cuyo seno pensaron,

actuaron y tomaron decisiones las clases sociales más diversas, que tenían, sin embargo, el rasgo común de ser explotadas y oprimidas por el imperialismo, por el capitalismo criollo y por sus agentes, esta vez, principalmente por el gorilismo militar. Aparentemente se trataba de una institución sin límites claramente fijados, a la que podían ingresar todos. Esto es válido cuando se refiere al esfuerzo desplegado para que se incorporen a ella las capas más vastas de los explotados (hubo lugar a una amplia discusión sobre el tema de cómo incorporar a la mayoría campesina), mas, no debe olvidarse que cuidó celosamente el ingreso de nuevas organizaciones o tendencias políticas, esto por su interés de que no se desvirtuasen sus finalidades políticas y su propia naturaleza popular. Esta gran amplitud organizativa estaba lejos de ser una excepción, se trataba más bien, de una de las tradiciones revolucionarias del país (la COB ya fue eso inmediatamente después de 1952).

En cierto momento la Asamblea pareció absorber y anular a los sindicatos y a los partidos de izquierda; con todo, este fenómeno no pasó de ser una apariencia. Por su enorme amplitud esta organización popular se presentó como la única autoridad para las masas, como la única entidad que actuaba y que decidía la suerte de los bolivianos; el país todo comenzó a moverse alrededor de ella. El mismo gorilismo fue obligado a definir su posición frente a la Asamblea Popular. La pugna política no desapareció, como sostienen algunos ilusos, sino que se desplazó del país al seno de la Asamblea y es entonces que adquiere su mayor virulencia. Numerosos despachos periodísticos desarrollaron la tesis en sentido de que había aparecido una poderosa entidad obrerista, que repudiaba la acción política y que limitaría la lucha a estrechas reivindicaciones reformistas. En la base de la Asamblea y como uno de sus pilares de sustentación, se encontraba la Central Obrera Boliviana (ella misma está muy lejos de ser una organización limitadamente sindical), aten-

diendo los problemas emergentes de las necesidades inmediatas de los trabajadores; en la medida en que aquellos no encontraban solución, se hizo palpable la tendencia a trasladar a la nueva entidad las cuestiones estrictamente sindicales y con mayor razón muchas menudas cuestiones y de interés de los sectores populares. Esta conducta estaba demostrando el tácito reconocimiento, por parte de las masas, a la Asamblea como a la única autoridad; sin embargo, no tuvo tiempo ni posibilidades para descender al puro economismo. La mayor parte de los periodistas con seguridad ignoran que los trabajadores, principalmente, dieron nacimiento a la Asamblea como inequívoca dirección política de los explotados. Aunque no hubiese existido esta expresa declaración, habría sido posible llegar a la misma conclusión analizando sus documentos programáticos y su misma conducta diaria.

ASAMBLEA POPULAR Y PARLAMENTO

De buena o mala fe, se ha confundido, con mucha frecuencia, a la Asamblea Popular con el parlamento. Este último es el escenario adecuado para el pirotécnico relumbrón de los partidos y de los caudillos políticos. Analizar la experiencia boliviana teniendo como molde las dimensiones del parlamentarismo puede llevarnos a muchos equívocos. Es evidente que casi todos los partidos aparecieron disminuidos, como apabullados por los delegados de las grandes organizaciones obreras y resistiéndose a expresar con claridad sus ideas. Este cuadro lamentable no era la consecuencia, como puede aparecer a primera vista, del apoliticismo o economismo de la Asamblea sino de que la mayor parte de los partidos no estaban de acuerdo con sus documentos políticos constitutivos, vivían agazapados en el seno de una organización que les era extraña, esperando el momento oportuno para darle un golpe mortal o para desvirtuarla totalmente. Lo anterior

no quiere decir que no hubiese una tendencia política dominante, que se agigantaba a medida que crecía la movilización de las masas y se fortalecía la Asamblea. Esa tendencia —es tiempo de decirlo— es la misma que a partir de la Tesis de Pulacayo (1946), hasta la Tesis Política de la COB (1970) y las bases constitutivas de la Asamblea Popular (1971) ayudó a la clase obrera a estructurarse alrededor de una línea política consecuente, que, al mismo tiempo, es severo análisis crítico del nacionalismo revolucionario (en Bolivia se agota y da todo lo que puede dar) y abre la perspectiva de la revolución dirigida por la clase obrera, convertida en caudillo nacional, cuya tarea no será únicamente cumplir con plenitud las tareas democráticas (liquidar el atraso), sino transformar a éstas en socialistas, esto porque al proletariado no puede interesarle detenerse en la etapa democrática de la transformación social (lo que supondría perpetuar la explotación del proletariado por la burguesía), porque instintiva y conscientemente pugna por estructurar el socialismo. El carácter mundial de la economía capitalista y la presencia del proletariado como clase (ideológica y organizativamente independiente de las otras clases sociales) determinan que en un solo proceso, dirigido por la clase obrera convertida en gobernante, se cumplan las tareas democráticas y socialistas.

La Asamblea Popular nació como la negación misma de todas las variantes posibles del viejo parlamentarismo. Este hecho quedó plasmado en los documentos como respuesta al gobierno de Torres, a la derecha y a los sectores proimperialistas, que se empeñaron en adecuar el parlamento a sus necesidades de dominación moderna (1). Este nuevo parlamentarismo tenía la misión de embridar

(1) El Presidente Ovando canceló simplemente el Parlamento. Bajo el régimen de Torres, se habló de reestructurarlo. En el proyecto de Constitución que se elaboró, se establecía una Asamblea Nacional, variante del parlamento funcional, ideada para sustituir a la Asamblea Popular.

las rebeliones popular y obrera. En determinadas circunstancias puede el movimiento revolucionario utilizar con provecho el parlamentarismo, pero cuando las masas están en ascenso y se encaminan firmemente hacia la conquista del poder, aquel apartaría a los explotados de su verdadero objetivo, vale decir, se torna contrarrevolucionario. Tal era el panorama en 1971. El parlamento, una vía que se apartaba del socialismo y del gobierno obrero, habría encadenado a las masas y las habría arrastrado a realizar una oposición legal al régimen imperante. Es claro que este camino no llevaba al gobierno obrero y por ésto fue repudiado por las masas que ganaron las calles y estaban empeñadas en estructurar su propio instrumento que les permitiese alcanzar la victoria.

El parlamento lo más que puede permitir es criticar, censurar y aconsejar a un determinado gobierno. La experiencia ha enseñado que en Bolivia la división del gobierno en tres poderes iguales e independientes entre sí no es más que una ficción jurídica. En la práctica, el parlamento concluye siendo una caja de resonancia de todo lo que dice y hace el amo del Palacio Quemado (ese es el nombre dado al una vez incendiado Palacio de Gobierno). En momentos de reflujo la acción revolucionaria dentro del parlamento puede tener significación, pero en 1970-71 resultaba simple y definitivamente distraccionista. La campaña de la derecha en sentido de descubrir una receta de remozamiento parlamentario, encontró eco en las tendencias nacionalistas, particularmente en el MNR paz-estenssorista, que estaban seguras de poder sumarse al gobierno Torres siguiendo esta fácil vía. La izquierda marxista, excepción hecha de los trotskistas, tardó mucho en darse cuenta de la futilidad de la maniobra y por momentos coadyuvó a los trajines nacionalistas. La situación política boliviana se presentaba con toda claridad: no se trataba, en último término, de criticar o presionar al general Torres o sus ministros, muchos de los cuales estaban empeñados en aparecer

como jóvenes sabios recién revelados, sino de organizarse y concentrarse para librar la batalla definitiva por el poder. Planteado así el problema es evidente que era un deber elemental desahuciar y denunciar la naturaleza contrarrevolucionaria de todo intento restauracionista de cualesquiera de las variantes del parlamento burgués. Por lo que se refiere al movimiento obrero, no era su preocupación inmediata el discutir qué formas parlamentarias podía adoptar, pues, antes tenía que resolver en la práctica el problema del poder.

Mucho se ha insistido, particularmente en el plano internacional, acerca del apoliticismo o apartidismo de la Asamblea Popular, partiendo de la evidencia de que muchas actitudes de partidos políticos fueron enérgicamente rechazadas. Lo que ha ocurrido es que no se ha captado, quien sabe por qué razones, el verdadero sentido de esas luchas, en lo fundamental políticas y partidistas. En Bolivia, desde la época del Che Guevara, se viene librando una importantísima batalla contra las tendencias ultraizquierdistas pequeñoburguesas, que invariablemente han concluido en el aventurerismo. Lo que en cierto momento apareció como una pugna extraña a las masas, pues comenzó a darse en el plano teórico, concluyó convirtiéndose en el eje de las definiciones políticas, programáticas y doctrinales dentro de la Asamblea. Los partidos universitarios (así se llamó a los demócrata-cristianos de izquierda, maoístas, etc., que aprovechando su ocasional influencia en las elecciones universitarias presumieron de ser partidos) pretendieron, buscando sacar ventaja de algunas coyunturas favorables, empujar a la Asamblea hacia ciertas posiciones aventureras; es entonces que los portavoces de los sectores obreros mayoritarios (mineros y fabriles, principalmente) se levantaron airados para arrinconar a los pequeño-burgueses y para evitar que se filtrase en la orientación y práctica de la organización popular cualquier forma de ultraizquierdismo. Los obreros y los revolucionarios marxistas salieron en defensa de su línea tra-

dicional, de su programa político. Algo más, obligaron a los pequeño-burgueses a doblegar la cabeza ante sus exigencias principistas. Se trató, como se ve, de una actitud claramente política y también partidista.

ORGANIZACION SOVIETISTA

Se sigue discutiendo, sobre si la Asamblea Popular fue o no una organización soviética. Fue la reacción la que propaló por todo el mundo la noticia de que en Bolivia había nacido nada menos que un soviét, encargado según ella de absorber más que de sustituir al inoperante gobierno del general Torres; se explica esta actitud, si se tiene en cuenta que la derecha pròimperialista buscaba afanosamente pretextos de gran volumen para justificar sus planes conspirativos. La vanguardia marxista tenía conciencia de este hecho, pero habría sido absurdo oponerse a la Asamblea Popular, porque su misma existencia apresuraba la llegada del golpe fascista. La reacción no podía abandonar el escenario político sin librar su última batalla, aun a riesgo de perderla; el impetuoso y arrollador ascenso de las masas tenía que chocar, en cierto momento, con la resistencia armada del fascismo:

Los diversos matices de la izquierda, siempre exceptuando a los verdaderos trotskystas, se resistían a hablar de la Asamblea Popular como de un soviét o una de sus variantes, en el mejor de los casos decían que se trataba de un órgano de poder obrero en potencia. Los que esperaban se diese un calco perfecto de los soviets rusos de 1917 (deliberadamente olvidaban que los primeros soviets aparecieron en 1905) exigían que previamente se incorporasen los soldados a la organización popular boliviana para poder recién asimilarla a aquellos. Se trataba, como resultado de un mezquino resentimiento sectario, de disminuir la significación de la Asamblea y para lograrlo se traía de los cabellos un modelo. En Rusia fueron los campesinos. movilizados y puestos en armas por la

guerra, los que ingresaron a los soviets vistiendo el uniforme de soldados. Las particularidades del desarrollo político boliviano determinaron que el grueso de la masa campesina, cuya dirección sindical apenas sí comenzaba a emanciparse de la secante influencia del oficialismo y de los gorilas, no estuviese incluída, desde el primer momento, en la Asamblea y sí solamente una pequeña fracción de vanguardia (la Confederación Independiente). Con todo, la tendencia de la naciente organización popular era la de buscar y encontrar los caminos que efectivizasen la incorporación masiva de los explotados del agro a su seno.

Para la ultraizquierda en general, la Asamblea sólo podía convertirse en soviet si organizaba su propio ejército y se adueñaba del Palacio de Gobierno. El armamento de la clase obrera, de los campesinos y de los sectores populares de la población es una vieja tradición boliviana, más vieja que las teorías foquistas, desde luego. Las milicias obrero-campesinas, dependientes de las organizaciones sindicales, efectivizan tal objetivo. Los acontecimientos del 21 de agosto demuestran que hubo mucho retardo en la provisión de armas a los trabajadores, pero se trata de un problema material y no de principio. Podemos decir que la Asamblea no tenía en sus manos los recursos necesarios para acortar los plazos en este terreno. Lo cierto es que la ultraizquierda se embriagó con el torrente de su propia palabrería y no hizo nada efectivo. La precipitación del golpe fascista impidió la materialización de los planes de la vanguardia marxista al respecto y cuyos detalles no deben ser proporcionados ahora.

La Asamblea Popular era ya el instrumento capaz de permitir a la clase obrera a llegar al poder (las actitudes asumidas por la ultraizquierda demuestran que ésta buscaba estructurar ese instrumento en cualquier otro lugar) y era en este período que se perfilaba con toda nitidez su verdadera naturaleza. Es absurdo sostener que era preciso esperar que la Asamblea esté instalada en el

Palacio de Gobierno para luego descubrir si tenía o no características soviéticas.

La existencia de la Asamblea actualizó el tema de la dualidad de poderes y la discusión desencadenada puso en evidencia de que muy pocos sabían de qué se trataba. Una verdadera revolución recorre el camino de la dualidad de poderes, que se expresa de las maneras más diversas y siempre más allá de los esquemas. La clase obrera, que mientras es clase explotada y oprimida no tiene en sus manos el monopolio de la riqueza ni de ninguna forma de poder estatal, al incorporarse a la lucha revolucionaria y al delimitar su verdadera fisonomía clasista, se ve obligada a crear elementos o gérmenes de su propio poder, mientras el poder oficial y constitucional parece permanecer intacto. El crecimiento de la ola revolucionaria importa también, paralelamente, el crecimiento del poder obrero (que plantea la dualidad de poder desde el momento mismo en que existe, aunque sea en forma rudimentaria), de manera que más y más se va transformando en la única autoridad para las masas, arrancándole al poder central las atribuciones que le son privativas, según la ley, y concentrando en sus manos progresivamente la solución de los diversos problemas de la vida diaria de las masas. En cierto momento el poder obrero se sabe lo suficientemente fuerte para disputarle al oficialismo el control total del aparato del Estado. La dualidad de poderes no puede prolongarse indefinidamente y se resolverá por la victoria del creciente poder obrero sobre el gobierno oficial o por su aplastamiento. La profunda movilización de las masas y el fortalecimiento de la dualidad de poderes conduce a la lucha armada, ciertamente que con este proceso nada tiene que ver el foco, y los hechos han demostrado qué forma debía adquirir en

Bolivia: enfrentamiento en las calles de las masas con el gorilismo castrense. (1).

Lo dicho viene a poner en evidencia que constituye un gravísimo error, que puede concluir haciéndonos perder de vista el ritmo que sigue la movilización de masas y que debe calibrar la dimensión de las consignas a lanzarse diariamente, el sostener que hay poder obrero y, por tanto, dualidad, sólo cuando ese poder decide e impone sus decisiones en cualquier momento. En realidad, la dualidad se da toda vez que los órganos de la clase adoptan medidas y resoluciones por su cuenta y al margen de la voluntad de los gobernantes y del ordenamiento jurídico imperante. El poder obrero no puede ser considerado como una dimensión dada de una vez por todas sino como un proceso que se modifica sin descanso.

La Asamblea Popular fue, desde sus inicios, una organización de características soviéticas y no simplemente un soviét potencial. Sostener, como lo hacen los demócratacristianos de izquierda (ver "Bolivia: una lección para la izquierda", "Punto Final", Santiago de Chile, 14 de septiembre de 1971), que no es más que "un importante avance en el desarrollo de la lucha de las clases explotadas de Bolivia", significa no comprender absolutamente nada del proceso revolucionario boliviano y menos la significación de la Asamblea y sus proyecciones en el ámbito nacional y continental. Si no fuese más que una nueva organización, como cualquier otra y de menor importancia que una central sindical, que indiscutiblemente puede importar un avance organizativo (los demócratacristianos se niegan a reconocer que sea, simultánea-

(1) Tradicionalmente las masas bolivianas no se han cansado de enfrentarse en lucha armada callejera contra los opresores y su ejército. A fines del siglo XIX una descomunal guerra civil conoció las guerrillas, como movimiento auxiliar. Sólo en ciertos momentos de la guerra de la independencia, las "republiquetas" (territorios controlados por los guerrilleros), dieron la impresión de ser la única forma de lucha.

mente, un avance político porque discrepan de la orientación básica que siguió), lo aconsejable sería no ocuparse de la Asamblea y evitar que se gaste tanta tinta en desvirtuarla y desprestigiarla.

A tiempo de constituirse la Asamblea, mucho antes del 1.º de mayo de 1971, aprobó sus bases constitutivas, además de declarar expresamente que su programa político era la Tesis aprobada, contra la tenaz oposición de los demócratacristianos, maoístas, lechinistas, falangistas, movimientistas y algunas capillas ultraizquierdistas, por el IV Congreso Nacional de la COB (La Paz, mayo de 1970). La bellaquería pequeño-burguesa, olvidando los duros ataques que siempre lanzó contra dicho documento, ha optado últimamente por apropiarse de él; por esto ha llegado el momento de recordar que la Tesis Política de la Central Obrera Boliviana, elaborada siguiendo la línea maestra de la revolución permanente, desahuciaba, al mismo tiempo, al nacionalismo revolucionario y a las absurdas posturas ultraizquierdistas de foquistas y demócratacristianos marxistizantes. Las bases constitutivas de la Asamblea definen a esta organización como "órgano de poder de las masas y del proletariado" y declaran que con ella se inicia el proceso de la dualidad de poderes que conduce a la instauración del socialismo, que será obra de la clase obrera convertida en gobierno, en su condición de caudillo nacional. Los ultraizquierdistas no tuvieron más remedio que aprobar a regañadientes este documento a fin de no quedar marginados de la más poderosa organización popular de la historia boliviana.

Puede darse el caso de que un documento programático defina la voluntad de estructurar un soviet y que la criatura nacida a su sombra no sea más que un remedo parlamentario o cualquier otra cosa. Tratándose de la Asamblea Popular la declaración programática corresponde fielmente a las tendencias más poderosas que se agitaban en el seno de las masas y que mostraban el camino de su desarrollo futuro. La Asamblea comenzó

repudiando toda forma parlamentaria, por considerarla extemporánea, y señaló que tomaba en sus manos la solución de los problemas nacionales y obreros, debiendo recurrir a los métodos propios del proletariado (en cuya base se encuentran la movilización de masas y la acción directa) para el cumplimiento de sus decisiones. En esta medida la Asamblea se convertía en la más poderosa autoridad, que en cierto momento llegó a ser la única, para la mayoría nacional. Las miradas se volcaron hacia ella no sólo en espera de una dirección en la lucha sino de solución de todos los problemas emergentes de la vida diaria de los bolivianos.

La Asamblea fue mucho más grande que la más amplia organización sindical (en este caso que la Central Obrera Boliviana y las organizaciones campesinas, que en 1952 mostraron muchos rasgos soviéticos), pues, comprendió a las capas más vastas de las clases sociales bolivianas. Esta organización popular apareció en un plano político muy elevado, pues, constituye el caso único, dentro de todo el ciclo nacionalista, de frente de las organizaciones sindicales y populares de masas con los partidos políticos que algo tuviesen que ver con la revolución (lo que ciertamente no supone que todos fuesen obligadamente revolucionarios). Los Estatutos de la Asamblea, también faccionados y aprobados al margen de lo que pudiesen pensar y desear los ultraizquierdistas, la definen como un frente antimperialista revolucionario dirigido por el proletariado, lo que supone que nada tiene que ver con las posibles variantes del nacionalismo burgués o pequeño-burgués. La miopía estudiantil, enceguecida por los esquemas que arbitrariamente elabora en su cerebro tropical, no percibió que también era la única forma que puede adquirir en Bolivia un viviente frente de izquierdas. Allí estaban actuando, pensando y decidiendo los que ganaron un puesto a través de su lucha diaria o de su estrecha vinculación con las masas obreras o populares. Claro que las capillas no ingresaron a la Asamblea y de

esto hay que felicitarse, pues se trataba de evitar que las siglas sustituyesen a quienes realmente podían contribuir a hacer la revolución. Pese a que se libraron grandes batallas políticas e ideológicas, es evidente que la Asamblea no buscaba ni deseaba concluir en un club de discursadores, sino ser una dirección efectiva de las masas en ascenso. Parece que nadie se ha dado cuenta que lo era, porque con toda severidad rechazó las provocaciones ultrazquierdistas, que siguen creyendo que el grandioso escenario de la transformación social no es más que un café o club de aficionados a las frases altisonantes.

Los soviets son tales por su amplitud organizativa y por las funciones que asumen: autoridad indiscutida de las masas, que para éstas son la expresión de su poder y de su tendencia a gobernar el país, y no por su radicalismo. La historia enseña que el grado de su belicosidad y de su radicalización depende de qué tendencia política los dirige. Pueden haber soviets moderados e inclusive colaboracionistas con un determinado gobierno, pero no por su reformismo o su espíritu capitulador dejan de ser organizaciones soviéticas. El error común de los críticos izquierdistas de la Asamblea consiste en que confunden a soviets con extremismo o con insurrección. Grandioso canal de movilización de las masas, estaba llamado a convertirse en la cabeza dirigente de la insurrección. En el momento oportuno, es decir, cuando las masas se habrían colocado materialmente a disputarle al gobierno militar el dominio del Estado, se hubiese lanzado la consigna de "todo el poder a la Asamblea Popular", hacerlo en mayo o junio de 1971, habría importado limitarse a jugar a la pirotecnia verbal, que siempre es intrascendente por mucho cuidado que se ponga en elaborarla. Sin embargo, habría seguido siendo una organización de rasgos soviéticos aun en el caso de haberse convertido en una organización de apoyo y cooperación con el oficialismo. En este último caso, sólo a los infantilistas se les puede ocurrir negar que es un soviet o resistirse a trabajar en

su seno. Lo fundamental radica en que allí están las masas y en que puede desarrollarse como órgano de poder; los marxistas lucharán por ganar su dirección y ésta es lucha política y clasista. Los soviets existen, se acomodan o no a nuestro programa y a nuestros deseos, es esto lo que que hay que recordarles todos los días a los universitarios que ofician de políticos a la violeta. La existencia de la Asamblea Popular importaba la existencia de una organización que podía materializar la consigna de gobierno obrero, traerla al campo de la realidad del plano puramente propagandístico. Pero, ¿en qué momento se podía lanzar el slogan de todo el poder a la Asamblea? Unicamente cuando las masas se encontrasen realmente colocadas ante la necesidad de convertirse en dueñas del Estado. Se llega a esta situación a través de la movilización alrededor de las consignas que son respuesta a las necesidades inmediatas y no agitando frases abstractas.

Los socialcristianos señalan, entre otras, como una de las mayores deficiencias de la Asamblea Popular "la atomización y falta de unidad de las fuerzas de izquierda". Las escisiones, la falta de unidad y la relativa debilidad temporal de las fuerzas de izquierda en general es un fenómeno integrante del proceso de estructuración del movimiento marxista en todos los países. No es paradójico decir que las escisiones son también un camino de construcción del partido revolucionario. Antes de pensar en unirse es preciso delimitarse con claridad, como exigía Lenin. En Bolivia no se trataba de unir a moros y cristianos en la misma bolsa, sino de ganar a las masas detrás de programas políticos probados por la historia. Ese era el camino de la unidad. No era el problema de convenir acuerdos capituladores con los ultraizquierdistas de la pequeña-burguesía, sino de arrastrar a todas las tendencias que así lo consentiesen detrás del programa revolucionario del proletariado. La unidad no nos sirve de nada y puede inclusive desembocar en la contrarrevolución, trabajamos por unir a los grupos y masas de ex-

plotados alrededor de la política revolucionaria marxista. Esto se hacía en la Asamblea Popular y de esto no se dieron cuenta los aventureros, lo que es ya una tremenda desgracia para ellos.

DOCUMENTOS PROGRAMATICOS

Dos documentos básicos servían, según consta en declaraciones expresas, de base programática a la Asamblea Popular: la Tesis Política de la COB y las llamadas Bases Constitutivas, como ya se tiene indicado. Tales programas llevan a su punto culminante la estrategia fijada en el memorable congreso de mineros de Pulacayo (1): la instauración del gobierno obrero y del socialismo partiendo de la situación real del país (de la postergación o cumplimiento a medias de las tareas democráticas) y del nivel alcanzado por el proceso de evolución de la conciencia de clase del proletariado. Las discrepancias tácticas sólo eran permitidas, según rezan los Estatutos, dentro de este marco estratégico. Acertadamente se ha subrayado que el rasgo más importante de la Asamblea consistía en la preeminencia del proletariado como dirección política, no se trata únicamente de que el 60% de los delegados hubiesen sido enviados por las organizaciones de asalariados, sino de que su orientación política fue impuesta por el proletariado. Se trata de un hecho decisivo, porque abre la perspectiva de la lucha por el socialismo, como tarea inmediata y no relegada a las calendas griegas. Los documentos programáticos de la Asamblea Popular concluyeron convirtiéndose en chaleco

(1) Uno de los grandes méritos del POR constituye en haber sido el primer partido en Bolivia y también en Latinoamérica, que de manera consecuente sostiene la necesidad de estructurar el gobierno obrero, esto cuando los otros "marxistas" se aferraban tercamente a la revolución por etapas, a la tesis de que los países latinoamericanos habían madurado únicamente para la revolución democrático-burguesa o para la "dictadura democrática de obreros y campesinos".

de fuerza para los partidos universitarios y para los ultraizquierdistas, debían someterse a ellos si deseaban permanecer en su seno. La actitud de ellos es explicable cuando hablan de la necesidad de crear nuevos instrumentos revolucionarios y de forjar una futura e hipotética unidad de las fuerzas de izquierda, así están expresando su deseo de agrupar a fuerzas políticas y populares alrededor de las ideas foquistas y ultraizquierdistas, el que no hayan logrado materializar sus sueños es una gran suerte para el porvenir de la revolución (1).

Los socialcristianos han expresado por escrito su extrañeza por "la escasa representación de los campesinos (en la Asamblea), los que siendo más de la mitad de la población tienen poco más del 10% de participación

(2). Esto refleja lo que será una de las grandes debilidades de esta Asamblea Popular y del conjunto de la izquierda boliviana: su incapacidad para lograr el fortalecimiento de la alianza obrero-campesina". Lo transcrito pone al desnudo la verdadera naturaleza del ultraizquierdismo pequeño-burgués y demuestra que su "radicalismo" conduce nada menos que a la contrarrevolución. Tratándose del campesinado, la posición de los demócratacristianos es semejante a la adoptada por el Movimiento Nacionalista Revolucionario, la última carta del imperialismo norteamericano. Lo decisivo para estas gentes es un criterio puramente demográfico, descubrir dónde se encuentra la mayoría de la población. Así la política queda reducida a la primera operación aritmética y no

(1) La Asamblea Popular no supone sólo la unidad de los partidos en un organismo superior, sino el frente de las entidades políticas con los sindicatos masivos y populares. Este frente debe entenderse como el frente ant imperialista revolucionario.

(2) Demócrata Cristianos y Maoistas solicitaron para la Confederación Campesina Independiente una mayor representación en la Asamblea, esgrimiendo el argumento de que la masa indígena es la mayoría de la población.

habrá necesidad de ocuparse de la mecánica de la lucha de clases, que supone tener en cuenta el proceso de la producción dentro de la economía mundial. Movimientistas y socialcristianos llegan a una conclusión por demás simplista, aunque sus consecuencias políticas estén lejos de ser tan simples: los campesinos siendo la mayoría de la población deben también ser la mayoría en organizaciones populares como la Asamblea. El MNR, cuando seriamente procuraba aplastar el despertar obrero contra su orientación derechista y antinacional, llevó este mismo criterio al campo electoral: un voto para cada ciudadano (expresión del principio jurídico de la igualdad ante la ley) y de esta manera la decisión de las elecciones quedaba en manos de la mayoría campesina y la voluntad y pensamiento del proletariado, la clase revolucionaria por excelencia también en la atrasada Bolivia, quedaban totalmente sepultados por la gris y rezagada masa campesina.

Si la Asamblea Popular aplicase criterio tan peregrino concluiría siendo dirigida por los campesinos y no por la clase obrera, pues creemos que no se trata de elevar el número de delegados del 10 al 20 o 30%, de esta manera se habría convertido de organización revolucionaria en conservadora y proburguesa. La dirección campesina de la Asamblea no podría menos que suponer el abandono del programa de la Central Obrera Boliviana como programa de aquella entidad, que es, en realidad, lo que buscan los pequeño-burgueses de todo pelaje. Entonces, ¿cuál será la finalidad política de una Asamblea con mayoría campesina? No puede ser otra que la instauración de una sociedad de pequeños propietarios, cuyo posterior desarrollo no tendría más salida que el capitalismo. Sabemos perfectamente que en nuestra época no hay lugar para semejante "revolución" y que la sociedad campesina importaría un retroceso de la historia.

En los últimos meses se ha hablado en Bolivia con mucha insistencia acerca de la necesidad de una revolu-

ción puramente india, destinada a instaurar un gobierno y una sociedad también indios. Aparentemente se trataría de una postura extremadamente radical, pese a su innegable tinte racista, pero, conforme ha denunciado el desarrollo de los acontecimientos, la consigna fue acuñada y lanzada por los sectores reaccionarios del oficialismo y por elementos vinculados con el imperialismo. El movimiento campesino puro, si es que realmente existe, reniega del propio gobierno obrero, por considerar que se trata de una simple versión renovada de la dictadura de los blancos o cholos sobre los indios. Como justificadamente se consideran el sector humano mayoritario del país, llegan a la equívoca conclusión de que tienen el derecho "racial" de dirigir la revolución. De esta manera se crea un profundo abismo entre los explotados de las ciudades y del agro y se coloca a la actual sociedad patas arriba, desde el momento que se sienta la peregrina tesis de que es el campo el que dirige a las metrópolis y no a la inversa. Para llegar a esta conclusión es preciso partir de que Bolivia no tiene nada que ver con el capitalismo y que se desarrolla de manera totalmente autónoma. La reacción ha utilizado la voz de orden de la revolución indígena pura para lograr, por lo menos temporalmente, el choque entre los dos sectores sociales que son naturalmente aliados en el proceso revolucionario. Los ultraizquierdistas en el seno de la Asamblea también utilizaron argumentos semejantes para combatir a lo que hasta ahora llaman una ilógica hegemonía proletaria en un país dominado demográficamente por los campesinos. En ambos casos se trata de una postura contrarrevolucionaria, no otra cosa es el intento de mediatizar la conciencia de los asalariados mediante el tremendo peso numérico de los campesinos.

La ultraizquierda demuestra no saber en qué consiste la alianza obrero-campesina. Debemos dejar claramente establecido que siempre hemos sostenido que en un país como Bolivia resulta inconcebible la revolu-

ción al margen o a espaldas de las masas campesinas y de los sectores mayoritarios de la clase media, que ciertamente son las capas más explotadas, porque no sería otra cosa que una insurrección hecha por una minoría contra la mayoría nacional. Algo más, según la revolución permanente, para nosotros concebida no como una simple postura especulativa sino como la enseñanza emergente de la historia, serán las masas campesinas las que lleven al poder al proletariado, independientemente de que después ambos sectores sociales discrepen en su orientación. Así el atraso del país motoriza el proceso revolucionario.

La masa campesina es, ni duda cabe, la mayoría de la población, pero permanece enclavada en la comunidad indígena que atraviesa un activo proceso de desintegración y en una economía natural, de este hecho objetivo nacen sus limitaciones y sus características más notables. Desperdigada a lo largo y a lo ancho del país, atomizada en miles de pequeñas comarcas, escindida por milenarias enemistades gentilicias, permanece sin comunicación mutua; no tiene posibilidades de generalizar la rica experiencia de sus luchas y, por tanto, de asimilarlas críticamente, que constituye la viga maestra del proceso de evolución de la conciencia clasista. El campesinado, que en realidad es una superposición de capas sociales y de nacionalidades diversas, sufre las tremendas consecuencias del atraso del país y de su bajísimo nivel cultural. Dadas estas circunstancias resulta utópico esperar que la masa indígena adquiera conciencia de clase y se convierta en partido político, si esto ocurriese lo correcto sería luchar por el gobierno y sociedad campesinos y relegar a un segundo plano al proletariado. Lo que en realidad busca la ultraizquierda pequeño-burguesa es modelar a la masa campesina a su imagen y semejanza y convertirla en instrumento dócil en sus manos y en este terreno, nuevamente, se confunde con los planes nacionalistas. A esto llaman los partidos univer-

sñtarios concientizar (un concepto y una práctica tomados de la iglesia) al pueblo. Para estos populistas se pierden las diferencias cualitativas de clase entre proletariado y campesinos y por esto se detienen con preferencia en consideraciones puramente demográficas.

La alianza obrero-campesina constituye el cimiento mismo de la estrategia revolucionaria en un país como Bolivia. Mas, sería una posición antimarx-leninista el decir que se trata de un pacto formal entre dos potencias iguales o entre el campesino considerado como primera fuerza revolucionaria y el proletariado como una fuerza de relleno, porque siguiendo este razonamiento llegaríamos a la conclusión de que la revolución debe estar dirigida por la vasta masa indígena. La alianza obrero-campesina quiere decir que la clase obrera, numéricamente minoritaria y políticamente preeminente, arrastra (utilizamos este término de manera deliberada), detrás de sí a la mayoría campesina. Es posible que esto ocurra porque los hambrientos del agro (la reforma "democrática" movimientista parceló en exceso la propiedad de la tierra o legalizó su tenencia por parte del sayanero (1), pero no resolvió los tremendos problemas emergentes de la miseria y del primitivismo tecnológico), buscando resolver sus problemas diarios, no encuentran ninguna otra dirección más de confianza que sus aliados naturales de las ciudades. Los campesinos, conforme enseña la historia, vuelven una y otra vez a actualizar su tradicional lucha junto a los más grandes y combativos sindicatos obreros. A esta altura del debate dentro de las frías marxistas resulta ocioso insistir que no existen posibilidades para una política consecuentemente indepen-

(1) Se llama sayaña a la parcela del pequeño propietario o la que le entregaba el latifundista al colono.

diente del campesino (1) y sus actitudes revolucionarias, admirables por su heroicidad y persistencia, sólo pueden formar el telón de fondo de las revoluciones burguesas o proletarias.

Los que sueñan con llevar la conciencia clasista a los campesinos, desde fuera y totalmente elaborada y empaquetada, no pasan de adoptar posiciones completamente subjetivistas. Hay que recordarles por qué razones la masa indígena no ha asimilado las experiencias de su lucha milenaria contra sus explotadores y opresores de todo tipo. Para ella se ha perdido, inclusive, la rica enseñanza de la revolución federal (1898-1899).

Desgraciadamente la evolución de los campesinos sigue un ritmo diferente al del proletariado, panorama que se agrava en extremo al constatar que una comarca del agro se mueve de manera muy diferente a las restantes. En 1971 se realizó el último congreso campesino auspiciado por el oficialismo, bajo la poderosa presión de la radicalización de todo el país y no pudo escapar a su influencia, que resultó decisiva. El famoso pacto militar-campesino (firmado durante la presidencia del general Barrientos) no pudo ser expresamente ratificado, pero tampoco hubo claridad en su desconocimiento, con todo quedaba abierta la perspectiva de la futura evolución independiente frente al oficialismo. Los asesores del gobierno, empeñados en impedir la coordinación de movimientos entre proletarios y campesinos, recurrieron al extremo de lanzar la consigna de la revolución puramente indígena. El aparato burocrático sindical se estaba desmoronando a la vista de todos, pero todavía no surgía una nueva y poderosa Confederación Campesina,

(1) Allí donde han aparecido partidos campesinos, éstos no han sido más que grupos pequeño-burgueses urbanos o se han sumado francamente al partido obrero. Nos estamos refiriendo al ejemplo de los social revolucionarios rusos o a los múltiples brotes que se han conocido en el Ecuador, Perú, etc.

que podía nacer únicamente como resultado de una movilización y radicalización masiva de las capas más amplias del campesinado, proceso que se estaba operando, pero que no llegó a un alto nivel. Es en estas condiciones que se estructura la Asamblea Popular y por esto mismo sólo ingresa a su seno una pequeña vanguardia campesina, probada en las luchas contra los gobiernos militares. Los partidos "marxistas", guiados siempre por su inveterado oportunismo, sostenían que esa minoría era ya el campesinado boliviano incorporado en el seno de la nueva organización, nosotros les obligamos a retornar a la tierra al recordarles que el grueso de los explotados del agro estaba comenzando a vivir su experiencia de ruptura con el gobierno y que su efectiva integración en la Asamblea era cosa del futuro y dependía de la correcta actitud que asumiesen tanto ésta como la Central Obrera Boliviana. Los acontecimientos del 21 de agosto han confirmado nuestro análisis, pues es en los medios campesinos donde más impacto han tenido y prácticamente han parado en seco el proceso de radicalización, esperamos que sólo temporalmente.

La Asamblea, así lo dicen sus documentos y así lo demuestra su conducta en el caso de la representación de la mayoría humana asentada en el agro, sentó las bases de la alianza obrero-campesina y se encaminaba a efectivizarla, repitiendo así, en un plano más elevado, la experiencia de la Central Obrera Boliviana después de 1952.

Por otro lado, la vanguardia marxista tiene como preocupación fundamental la efectivización de la alianza obrero-campesina y sostiene que el gobierno obrero estará directamente asentado en el respaldo militante de la mayoría indígena, es por esto que con preferencia lo designa con el nombre de gobierno obrero-campesino, que nada tiene que ver con la capituladora y superada consigna estalinista de dictadura democrática de obreros y campesinos, esta última es ajena a la posición leninista.

CAPITULO II

ASI SE ESTRUCTURO LA ASAMBLEA POPULAR

La naturaleza y proyecciones de las organizaciones están determinadas por los objetivos para cuyo cumplimiento ha madurado la clase obrera. Debe, pues, comenzarse por señalar dónde se encuentra ésta.

Lenta y persistentemente el proletariado boliviano, educado en la dura escuela de sus luchas diarias (a veces sólo económicas), de sus victorias y de sus derrotas, fue estructurándose como clase, descubriendo sus intereses históricos y delimitando con claridad sus contornos frente a las otras clases y emancipándose ideológica y organizativamente de direcciones políticas que le eran extrañas. Así se fue estructurando su conciencia de clase, que para el más profano de los observadores se manifiesta por la radicalización y alto nivel político del proletariado, en este terreno el más avanzado de América Latina.

La estructuración de la clase obrera boliviana no sólo que es un largo proceso sino que es, en cierta manera, consecuencia de rasgos históricos particulares, entre los que deben anotarse la ausencia de un fuerte partido estalinista, la extrema agudeza de las contradicciones clasistas, la falta de tradiciones socialdemócratas, anarquistas, etc. La independencia ideológica y organizativa del proletariado, vanguardizada por los mineros, y la orientación hacia la lucha por el socialismo y la estructuración del gobierno obrero, vale decir, la fisonomía trotskista de la clase aparecen inconfundibles a fines de la cuarta década de nuestro siglo. En 1946 es lanzada la famosa Tesis de Pulacayo, que define el porvenir del proceso revolucionario nacional y cuya influencia repercute más allá de la cordillera de los Andes. No sólo la clase obrera sino el país todo se movilizan hacia la revolución de 1952, teniendo como punto de referencia la Tesis de

Pulacayo, que obliga al MNR a teñirse de marxismo para poder ganar influencia en el seno de las masas. En abril de 1952, se inicia el ciclo movimientista pequeño-burgués, que parece cerrarse con la actual dictadura fascista de Banzer-Selich. En esa fecha la mayoría nacional, comprendido el proletariado, oscila profundamente hacia el nacionalismo revolucionario. El MNR fue indiscutiblemente el más grande partido popular que ha conocido Bolivia. No pocos marxistas razonaron entonces que el nacionalismo pequeño-burgués, porque en su seno se encontraban casi todos los obreros y campesinos, estaba llamado a consumir la liberación nacional y construir el socialismo. El pablismo, ese ridículo remedo del trotskismo, desarrolló la peregrina tesis de que la izquierda del MNR, el entonces poderoso lechinismo, era ya el partido obrero y que pretender organizar otro de acuerdo a los cánones bolcheviques era nada menos que perder el tiempo. Los políticos profesionales se quebraron definitivamente al capitular frente a las posiciones pequeño-burgueses e insensiblemente se fueron deslizando hacia posiciones fracamente pro-imperialistas. Las masas vivieron a su modo su propia experiencia en el seno del que creyeron que era su partido y que podía llevar a la práctica las conclusiones de Pulacayo. Después de muchos sinsabores comenzaron a diferenciarse políticamente del gobierno y direcciones movimientistas, esto a partir de 1956 (fecha en la que se impuso al país el pro-yanqui plan estabilizador de la moneda elaborada por Eder). Una serie de posiciones y de documentos políticos programáticos van jalonando los progresos que hicieron las masas en su marcha antimovimientista, siendo uno de los puntos más visibles el congreso minero de Colquiri-San José en 1958. En ese momento los mineros ganaron las calles para librar batallas decisivas contra el oficialismo movimientista y volvieron a subrayar la urgencia de luchar por el gobierno obrero-campesino. El MNR estaba siendo

batido desde la izquierda y por esto mismo perdió el apoyo del Departamento de Estado.

La lucha revolucionaria, siguiendo los tortuosos canales clandestinos, continuó a lo largo del régimen fascista de Barrientos y del reformismo chirle de Ovando. Sólo así puede explicarse que el IV Congreso de la COB adopte una osada tesis política, que prácticamente constituye el punto culminante del reencuentro de las masas con el programa de Pulacayo. Para la ultraizquierda la Tesis de la COB de 1970 aparece como obra de un milagro hecho por el Divino Hacedor, que sería la afirmación de "la voluntad del proletariado de luchar autónomamente por el poder". La conclusión es bastante pedestre. Con la elevación de la conciencia de clase del proletariado se fue forjando una vanguardia, que llegó a ser carne de la carne de los explotados, quedó plasmada una tradición y una historia, que nada tienen que ver con la ultraizquierda pequeño-burguesa y que la desmienten en el plano programático y de las realizaciones.

Así como la Tesis Política de la Central Obrera Boliviana no cayó del cielo, tampoco la Asamblea Popular apareció por milagro. La clase trabajadora, ganado el derecho de dirección política de las masas, maduró para hacer posible el documento programático de la Central Obrera y el nacimiento de la Asamblea. Quien no ha vivido este proceso en el seno de los explotados no está debidamente capacitado para comprender su significación y menos para descubrir las tendencias poderosas de la historia que se agitan en su seno.

ANTECEDENTES

En la Tesis de Pulacayo están ya contenidas la COB y la misma Asamblea Popular. Los documentos de estas dos poderosas organizaciones recapitulan, casi letra por letra, el contenido del más grande programa político de los explotados bolivianos. No tiene la menor importancia

que los intelectuales pequeño-burgueses, vacuos y presuntuosos, se pasen las noches buscando las limitaciones de lo que ya han hecho las masas, este trabajo insubstancial no puede en manera alguna obligar a la historia a volver sobre sus pasos para hacer las cosas mejor de lo que ya están hechas. Las perspectivas y posibilidades de desarrollo de la Asamblea Popular sólo pueden comprenderse debidamente a la luz de Pulacayo. La clase marcha hacia la estructuración del gobierno obrero y del socialismo y no a ninguna otra parte. Si en esta lucha las masas han creado con sus manos la Asamblea Popular y la han sacado de sus propias entrañas, es claro que se trata de un producto del propio desarrollo histórico y de un instrumento destinado a efectivizar la conquista del poder político. No son los teóricos, ni los intelectuales y los políticos profesionales que sacan de sus laboratorios a una organización perfectamente estructurada para obsequiar a los explotados; contrariamente, la creación de estos últimos es desvirtuada por los teorizadores. Las masas y particularmente la clase obrera han madurado hasta hacer posible la Asamblea Popular y si esto es así es también evidente que la han puesto en pie en su afán de materializar sus objetivos del momento, siendo el mayor de ellos la estructuración del gobierno de obreros y campesinos.

Entre los antecedentes relativamente lejanos de la Asamblea Popular tenemos a la Tesis de Pulacayo y a la Central Obrera. Esta última organización, inmediatamente después de 1952, rebasó en mucho los límites puramente sindicales y englobó en su seno a casi la totalidad de la población (campesinos, estudiantes, pequeños propietarios, comerciantes, etc.) y actuó como un verdadero poder obrero, en constante oposición al oficialismo. La historia enseña que este período de dualidad de poderes se resolvió en favor del nacionalismo pequeño-burgués, que concluyó controlando burocráticamente a las organi-

zaciones populares, gracias a los servicios del señor Lechin y la momentánea depresión de las masas.

Durante este período proliferan los erróneamente llamados sindicatos campesinos, que no tienen nada que ver con el sindicalismo tradicional, y que no son más que amplísimas organizaciones que comprenden a toda la población de una zona, que toman en sus manos la solución de los problemas cotidianos, que designan y destituyen autoridades, que reparten la tierra, disuelven matrimonios y fusilan a los que consideran enemigos del campesinado. Estábamos en presencia de verdaderos soviets y no puede haber la menor duda al respecto. La más amplia democracia que imperaba en las organizaciones campesinas de la época (los problemas eran resueltos por descomunales asambleas) es ahora sólo parte de la tradición, con mucha facilidad se han burocratizado las direcciones sindicales, en la misma medida en que las bases han dejado de luchar y vigilar a los caudillos, y los caciques locales han usurpado el nombre y la dirección de las organizaciones.

La Asamblea Popular entronca en estas tradiciones de tipo soviéticas y las eleva al más alto grado organizativo. Los rasgos que hemos señalado de la nueva entidad no son una novedad y sí sólo la reactualización de lo que es ya tradicional. Lo que es particular es la gestación y nacimiento de la Asamblea.

DEL COMANDO POLITICO A LA ASAMBLEA POPULAR

En octubre de 1970, estalló el golpe fascista destinado a derrocar y reemplazar al titubeante y capitulador gobierno de Ovando. El caudillo de la conspiración era el general Miranda, prácticamente mentor de los actuales dictadores de Bolivia. Ovando, que había debutado como populachero y demócrata, concluyó adoptando medidas francamente antiobreras y proimperialistas. Sus medidas

más osadas fueron las de llevar a su gabinete a los atrevidos y ambiciosos jóvenes nacionalistas que se tornaron visibles por su oposición a Barrientos, y decretar la nacionalización de la empresa norteamericana Bolivian Gulf Oil, aunque no se atrevió a derogar el Código Davenport, elaborado por los yanquis para hacer posible el control de toda la riqueza petrolífera, todas estas medidas fueron adoptadas para lograr el control y el apoyo de las masas. Lo hecho por Ovando además, del inicio de la primavera democrática, que tendrá una existencia tortuosa, alentaron a los trabajadores a fortalecer sus organizaciones y a enarbolar sus propias banderas, lejos de prestar incondicional apoyo al reformismo que astutamente desarrollaba el Presidente de la República. La derecha gorila ejerció una poderosa presión sobre Ovando y logró doblegarlo, cuando se tornó inservible llegó la hora de su caída.

La clase obrera estaba prácticamente saliendo recién de la larga y lóbrega noche del barrientismo y no era posible, en octubre de 1970, decir con certeza si su temor a la represión había sido reemplazado por la osadía y la voluntad de ganar las calles. Con toda seguridad, que esta modificación en la conciencia de las masas se produjo recién en el transcurso de las jornadas de octubre.

Depuesto incruentamente Ovando, se organizó como gobierno un triunvirato gorila. Los sectores de izquierda del ejército (que debe entenderse como la izquierda del ejército boliviano, nacido en las entrañas del movimientismo y por designio de los EE. UU. de N. A.) y los civiles nacionalistas se agruparon alrededor del entonces general sin mando Juan José Torres, que se proclamó Presidente y convirtió en su cuartel general a El Alto de La Paz, sede de la aviación.

Es en este momento que aparece el Comando Político, antecedente inmediato de la Asamblea Popular. Entre ambas organizaciones existe una continuidad orgánica no interrumpida en ningún momento. El Comando, se-

sionaba en el Aula Libre de la Universidad de La Paz (UMSA), nació por voluntad de los delegados de las organizaciones sindicales, populares y de los partidos políticos que en ese momento se encontraban en la batalla contra el golpe. Su finalidad confesa era la de constituirse en dirección política de las masas en ese momento tan difícil. Actuaba, en realidad, como un parlamento popular y a nadie se le ocurrió que pudiese deliberar y ejecutar sus decisiones.

A posteriori, muchos críticos, entre ellos los infaltables ultraizquierdistas, han teorizado alrededor de que en octubre de 1970 se perdió la oportunidad para que las masas tomen el poder. En realidad, era el tema fundamental de las discusiones cómo contener y rechazar el golpe fascista, acertadamente calificado por el hombre de la calle como el retorno al barrientismo y a las masacres. Si a alguien se le hubiese ocurrido lanzar la consigna de la conquista del poder en ese momento habría pasado de enfermo mental, era demasiada grande para el espíritu dominante en el seno de las masas, éstas aún no sentían la necesidad de estructurar su propio gobierno de manera inmediata.

Fue decretada la huelga general buscando la renuncia del famoso triunvirato fascista (generales Guachalla, Sattori y Albarracín). Para las direcciones sindical y política la medida era prácticamente un salto en el vacío, nadie podía descontar la victoria de la huelga. Se produjo un cambio cualitativo en la conciencia de las masas y la huelga política fue un éxito tan grande que pocas veces se vió un acontecimiento de tan descomunales dimensiones. El triunvirato renunció y Torres vio allanado el camino para llegar hasta el Palacio Quemado. En el seno del Comando se libró una áspera batalla alrededor del problema de si la clase obrera debía alinearse detrás Torres o no. Nacionalistas y stalinistas formulaban la necesidad de apoyar incondicionalmente al general rebelde y proclamarlo Presidente del pueblo, era una manera de pre-

parar las condiciones para el ingreso al seno mismo del gobierno. El resto de la izquierda marxista luchó por mantener la independencia de las masas y su concentración alrededor de sus propias consignas, cosa que, en último término, se logró. La cuestión no aparecía muy clara porque los mismos acontecimientos habían colocado a Torres y a las masas en la misma trinchera frente a la conspiración fascista, había un tácito frente. Sindicatos y direcciones políticas se orientaron a lograr armas para el pueblo, pidiéndoselas al general que había comenzado a dialogar telefónicamente con el Alto Mando de Miraflores, sede de los facciosos fascistas. Todos estaban seguros que el amigo de Ovando, al verse colocado en situación sumamente difícil, cosa por demás evidente, no tendría más camino que armar al pueblo, para fortalecerse así de manera indirecta. La esperanza de que el enfrentamiento de los sectores castrenses en pugna permitiría armarse a las masas, se alejaba más y más, porque era decisión de los generales, por encima de todas sus diferencias políticas y de sus ambiciones personales, mantener la unidad del ejército, evitar el derramamiento de sangre y arreglar los problemas políticos dentro del concepto institucionalista, entendiendo a éste como la defensa, por encima de todas las cosas, de la integridad de las fuerzas armadas. Torres trataba a sus opositores como a hermanos caprichosos y sostenía invariablemente la necesidad de un entendimiento con ellos. Sería absurdo concluir que esta actitud se debía a la ingenuidad de los generales de tal o cual bando, tenían, contrariamente, plena conciencia de que el pueblo armado acabaría con el ejército. Este temor dominará a Torres durante todas las crisis políticas futuras. Educados en esta experiencia, los explotados se encaminaron a armarse por su propia cuenta.

Torres, buscando fortalecer a su naciente gobierno, ofreció al Comando Político el 25% de ministerios de su gabinete. La discusión desencadenada sobre este problema

fue seguramente una de las mas importantes, pues definió el porvenir de la clase obrera y de las masas. Nacionalistas y moscovitas estaban prestos a aceptar la propuesta presidencial, que la consideraban muy generosa. La propuesta del co-gobierno no impedía que el general Torres y su equipo mantuviesen en sus manos los resortes del Poder Ejecutivo (Ministerios del Interior, Finanzas, Comibol y demás entidades autárquicas). La clave de la cuestión radicaba en que la incorporación de la clase obrera al seno del gobierno nacionalista pequeño-burgués la identificaba con él, la obligaba a abandonar sus propias banderas, a levantar otras ajenas y, esto lo más grave, a cerrar la perspectiva de la estructuración de su propio gobierno. Los demócratacristianos equivocadamente sostienen que la clase obrera fue co-gobernante en algún momento del régimen movimientista, olvidando que para que ésto ocurriese habría sido necesario que el partido político del proletariado se hubiese sentado junto al MNR, cosa que no sucedió en momento alguno. De mala fe se llamó co-gobierno a la componenda en las cumbres del Estado de los sectores movimientistas-lechinistas, en ese momento la izquierda del partido pequeño-burgués, con el centrismo paz-estenssorista.

Los esfuerzos de Torres por ganar el apoyo de las masas o por ganar posiciones frente a sus oponentes militares partiendo de este apoyo, no pararon en los ofrecimientos del co-gobierno, sino que llegó a ofertar al Comando Político la mitad de los ministerios, aunque defendió tercamente su derecho de tener a sus hombres de confianza en los puestos claves. A los "marxistas" les resultó imposible lograr el rechazo de proposición tan tentadora y que comenzó a hacer perder la chaveta a los políticos profesionales. Una de las fracciones fundamentales (FARO) del futuro Partido Socialista fue prácticamente absorbido por el gobierno a través de este canal. El aparato gubernamental no se agota en los ministerios sino que forman parte de él los ingentes recursos y

medios económicos y materiales. Por esta razón, sin olvidar la importancia que tiene la tremenda presión de las clases extrañas al proletariado sobre los elementos que se emancipan relativamente de sus bases, existía el temor de que los inicialmente portavoces del Comando Político concluyesen convirtiéndose en cabezas de puente del oficialismo en el seno de las organizaciones masivas, era imposible olvidar tan fácilmente la experiencia negativa que en este terreno se tuvo durante los gobiernos movimientistas. Por extraño que parezca, se pudo contener a la tendencia oportunista y hacer aprobar con el Comando condiciones que prácticamente arrancaban a los ministros del control presidencial: los ministros serían designados por la organización popular, serían portadores de mandato imperativo y cuyo ejercicio se revocaría en cualquier momento, al lado del ministro actuaría un comisario político, etc. Sin embargo, no pudo realizarse plenamente el ensayo, porque el Presidente Torres retiró su ofrecimiento con el argumento (se trataba, en realidad, de una falsedad) de que las guarniciones militares se habían levantado en armas por considerar que el Presidente se había convertido en comunista. Creemos que los extraños ofrecimientos de dejar en manos del Comando el control ministerial no tenía más finalidad que ganar fuerza para presionar sobre el Alto Mando Militar, cosa que logró exitosamente el general Torres. Más tarde, y esta vez también falseando los hechos, Torres ha indicado que no hubieron ministros obreros porque el Comando tardó mucho en designarlos. ¿Todo era cuestión de unas horas?

En octubre a nadie se le habría ocurrido plantear que el Comando se convirtiese en órgano de poder obrero o cosa parecida, los más radicales pensaban que debía estabilizarse, algunos hablaron de institucionalizarlo como parlamento popular, que lo más que habría hecho hubiera sido fiscalizar los actos del nuevo gobierno. El impetuoso desarrollo de los acontecimientos virtualmente arrolló todos estos sueños semilegalistas y francamente colaboracionistas.

Octubre de 1970 marca el punto de arranque de la radicalización, movilización y organización de las masas. Ni la huelga política ni la victoria lograda en las calles, aunque no se hubiese tomado el poder, fueron inútiles. Se dio un gigantesco paso político hacia adelante y fue posible crear la Asamblea Popular.

Fue suficiente que transcurriesen setenta días para que se modificase totalmente la fisonomía de las masas. El gobierno anunció que el diez de enero de 1971, se había descubierto un complot fascista (la derecha gorila no dejó de conspirar un solo minuto, pero el gobierno a veces decía haber descubierto complots con fines totalmente subalternos y para obligar a algunos sindicatos a pronunciarse en su favor). Las masas rápidamente dieron su respuesta: ganar las calles para aplastar a los fascistas y lanzarse a estructurar el gobierno propio de los trabajadores, lo que suponía superar políticamente al débil régimen torrista. Los mineros, armados de dinamitas y de unos pocos fusiles, se lanzaron hacia La Paz, que virtualmente fue ocupada por ellos. La masa ululante se apostó en la histórica Plaza Murillo y entabló un acre diálogo con el Presidente de la República. Las consignas dominantes eran "armas al pueblo", "gobierno obrero", "viva el socialismo, fusilamiento de los gorilas", "desarmar al ejército", etc. Torres pronunció un titubeante discurso, lleno de contradicciones y muy difícilmente pudo hacerse entender en medio de las protestas, los silbidos y las risotadas. Cuando en cierto momento, buscando ganar algunos aplausos ofreció la participación popular en el gobierno, los trabajadores le respondieron que ellos exigían un gobierno obrero y la implantación del socialismo. Es un hecho lleno de sugerencias el que los demócrata-cristianos cuando se refieren a estos acontecimientos (y no hay más remedio que mencionarlos si uno quiere ubicarse en el desarrollo del proceso político) oculten obstinadamente que el grito dominante de las masas era la demanda del gobierno obrero. Es esta consigna la que

más les asusta; ellos quieren la instauración de su propio régimen con adornos populistas, con adornos obreros y campesinos.

Al día siguiente una otra manifestación de trabajadores fabriles y sectores de la clase media de La Paz, subrayó las demandas expresadas de manera tan vehementemente por los mineros. Torres sólo atinó a decir que si el pueblo quería el socialismo así se haría. Parece que nadie tuvo el acierto de recordarle que el socialismo sólo podía ser construido por los obreros desde el poder.

Estos hechos palpables más que todas las teorías y los esquemas que bullían en la cabeza de los intelectuales, convencían que se fisonomizaba con nitidez una poderosa corriente en el seno de las masas y que sería ella la línea maestra de su inmediata evolución: la urgencia de marchar hacia la conquista del poder estatal. Era tarea impostergable, porque obedecía a una necesidad histórica, estructurar organismos capaces de canalizar y potenciar mucho más esta tendencia. Así y para esto nació la Asamblea Popular. Después de las jornadas de enero surgió, de una manera natural, el planteamiento de modificar cualitativamente el Comando Político, más que en su forma de representación, en sus finalidades. Si en octubre apenas se podía esperar que el Comando se convirtiese en una forma de parlamento popular, después de enero de 1971 sólo podía ser, para ser fieles con la revolución, un órgano de poder, como anticipo del futuro gobierno obrero y campesino.

Se habla mucho de que la Asamblea Popular no era expresión fiel de las bases obreras, de que no estaba vitalmente ligada a ellas o de que en su seno no imperaba la democracia. Todos estos reproches no tienen razón de ser. Ninguna otra organización tuvo representación más genuina de las capas más vastas de las masas.

Los delegados eran elegidos en asambleas y por voto directo, llevaban mandato imperativo y sus gastos costeados por su organización (ésta es una de las razones

por las cuales el período de deliberaciones era sumamente breve). Puede ser que el proceso de designación de delegados se hubiese movido pesadamente, era el precio que se pagaba por el afán de contar con una genuina representación. Organizaciones intermedias (Asambleas regionales y en los lugares de importancia política y obrera) ligaban a la Asamblea Popular con las bases. La dirección nacional no encontró tiempo ni recursos para desplazarse a lo largo del país a organizar sus filiales locales, pero éstas surgieron espontáneamente, como consecuencia de la actividad sindical y política. Volvió a reinar la más amplia democracia para las masas en el seno de la Asamblea, pero a muchos les pareció incompleta y hasta una forma dictatorial porque el derecho a la discrepancia tenía un límite: los documentos políticos y programáticos de la COB y de la misma organización popular. Esto nos parece que estaba bien. Es tonto el dejar arrastrarse a las posiciones contrarrevolucionarias por el único afán de demostrar apego incondicional a la democracia formal. Se dijo desde el primer día que el verdadero fortalecimiento de la Asamblea dependía de las posibilidades que tuviese de entroncarse firmemente en el ascenso de masas. Pero éstas daban muchas sorpresas al observador superficial.

La inauguración formal de la Asamblea Popular, fue fijada para el 1.º de Mayo de 1971, que, a diferencia de muchas otras partes del mundo, en Bolivia es un día de protesta y de reafirmación de la lucha revolucionaria. Aprobados los documentos básicos en el Comando y realizados algunos trabajos preparatorios, se constató que las masas apenas si se movían y demostraban una tremenda negligencia en la designación de los delegados. Nos parece que se apoderó de ellas una descomunal confianza en su poderío, en que todo saldría bien, se intervenga o no en los trabajos diarios. Puede ser también que la clase concentrase sus fuerzas para lanzarse a una nueva arremetida. La alta dirección, particularmente Lechín, llegaron al extremo de mostrar escepticismo acerca de las po-

sibilidades de éxito de la Asamblea el 1.º de Mayo y aquél inclusive opinó en sentido de postergar el acto. La situación era vidriosa porque el gobierno había lanzado virtualmente un desafío al anunciar que no tenía porque entregar el local del Palacio Legislativo a una organización que funcionaba al margen del ordenamiento jurídico vigente. El Comando replicó que no tenía porque esperar la venia de nadie ni la dictación de ley alguna para existir y que en la fecha anunciada no haría más que instalarse en el Legislativo. La Manifestación del 1.º de Mayo fue imponente por su número, pero sumamente apática y aparecieron en pequeños sectores obreros fotografías del general Torres. Este pugnaba por hacer creer que era popular entre las masas, lo que le empujó a colocarse a la cabeza de los manifestantes y a soportar el desprecio de éstos que lo dejaron totalmente solo, al extremo de que no tuvo más remedio que ir a su Palacio. Cuando una parte de obreros y estudiantes se dirigió a la Plaza Muriillo encontró las puertas del Legislativo abiertas de par en par. Discursos encendidos y una sesión preñada de optimismo marcó la instalación oficial de las labores de la Asamblea Popular, cuyo primer período se postergó hasta el 24 de junio, aniversario de la Masacre de San Juan.

LOS PARTIDOS POLITICOS

Ocho organizaciones políticas se encontraban en la Universidad el día que se organizó el Comando Político, habían ganado ese derecho en plena batalla, aunque era muy discutible el que todas ellas se ajustasen a los lineamientos programáticos de la COB. Enumeramos a partidos y grupos:

Partido Obrero Revolucionario (POR), aunque fundado en 1934, llevó una larga vida larvaria hasta la cuarta década del presente siglo. Se trata del partido trots-

kysta boliviano, y nada tiene que ver con las organizaciones que pululan en el exterior y ostentan nombres parecidos. Le ha correspondido jugar un importantísimo rol en la transformación del Comando Político en Asamblea Popular. Testimonían su incansable trabajo en el seno de las masas y su firme adhesión a los principios revolucionarios, los documentos más importantes del movimiento obrero, desde la Tesis de Pulacayo hasta las bases constitutivas de la Asamblea.

Partido Comunista Boliviano (soviético), nació en 1950 como heredero del stalinista PIR, capitalizando a sus sectores obreros y juveniles (el PIR concluyó aliado con la rosca). Ni duda cabe que se trata de un partido contrarrevolucionario como en todas partes del mundo, inclinado a sostener a los movimientos nacionalistas burgueses, a imponer a las masas los caminos electorales y a desplazarse hacia la derecha y a posturas proimperialistas en el momento de la prueba, a fin de impedir que se consuma la revolución acaudillada por el proletariado. En la base de su ideología se encuentra una titubeante adhesión a la revolución democrático-burguesa, como la única posible en los países atrasados. En Bolivia ha dejado de ser partido influyente y ni siquiera muestra un imponente aparato, para conservar alguna popularidad adopta una actitud seguidista de las masas y no se cansa de repetir las conclusiones poristas (claro que se trata de una repetición incoherente y fragmentaria), sin duda se trata del partido más penetrado de troskismo del mundo. Bien o mal, el PCB sufre la presión de las clases en pugna y su actuación última refleja, de alguna manera, la extrema radicalización de las masas. Su conducta, contradictoria en extremo, es dual: desarrolla tesis inconfundiblemente reaccionarias internamente (en su último congreso acordó rehabilitar al equipo Monje y combatir sañudamente al Che, seguramente para detener anticipadamente cualquier nuevo peligro escisionista venido desde el polo foquista) o en sus relaciones con otros parti-

dos comunistas y se presenta como radical en público. Es ilustrativo que el PCB hubiese ayudado al POR a dar la fisonomía que tuvo la Asamblea Popular. Se puede argumentar que el stalinismo no tenía plena conciencia de la descomunal fuerza revolucionaria que se estaba desencadenando, lo que vendría a confirmarse por la campaña internacional hecha en sentido de que aquella organización fue propiciada por el general Torres como sostén del nacionalismo revolucionario; por la prédica subterránea desenvuelta por su dirección contra la Asamblea y sobre todo contra el extremo de tratarse de una organización de rasgos soviéticos, etc. Pero existen testimonios escritos de que sus militantes, tal vez violentando las decisiones de la burocracia, adoptaron en el seno de la Asamblea Popular las mismas posiciones que el POR. Uno de ellos expresó en el calor del debate que la revolución boliviana debe conducirnos a la dictadura del proletariado. Pese a todo, estamos convencidos que en el momento decisivo, el PCB como partido, habría entrado en crisis

El Partido Revolucionario de la Izquierda Nacional o lechinismo se encuentra muy disminuido y profundamente escisionado en tendencias contrapuestas. Oficialmente continúa adherido a la tesis del nacionalismo revolucionario, pero, en la práctica, su línea política la define Lechín, que no pocas veces se coloca por encima de las luchas fraccionales. En la actualidad este elemento se apoya en los sectores más rezagados de las masas y ha sido llevado a los cargos máximos de la COB y de la Asamblea Popular gracias a un pacto sin principios entre los maoístas, demócratacristianos, falangistas, movimientistas y prinistas. Si últimamente se ha radicalizado y seguido de cerca la orientación porista es porque, comprendiendo que su partido ha fracasado, espera salir a flote en brazos del sindicalismo.

Acertadamente se ha bautizado con el rótulo de partidos universitarios al MIR (Partido Demócratacristiano

Revolucionario y Movimiento Espartaco) y a los maoistas.

La Democracia Cristiana Revolucionaria viene de turbias posiciones clericales y anticomunistas. Suficiente observar con un poco de atención para descubrir que detrás la levita asoma invariablemente la sotana. En gran medida es parte de la profunda crisis de la iglesia (una crisis ideológica y no únicamente organizativa) y su historia es la historia del desplazamiento de uno de sus sectores hacia el pueblo y la izquierda. Se trata de una típica organización centrista, oscilante entre el cristianismo y el marxismo (se afana por encontrar un término unificador de ambas concepciones), entre el foquismo (ese es su origen y no ha llegado a superarlo críticamente) y la revolución hecha por las masas, entre el maoismo y el trotskismo, del que viene copiando sus documentos y tesis desde hace bastante tiempo. Aunque fue una real fuerza dentro de las universidades, no ha podido penetrar en los medios obreros (1).

El grupo Espartaco no ha podido superar del todo su movimientismo, pues nació y vivió parasitariamente por mucho tiempo dentro del MNR. Es también una capilla centrista que difícilmente se mueve entre stalinismo y trotskismo. Carece de significación política.

Los maoistas muy difícilmente pueden sobrevivir a sus múltiples y permanentes crisis ideológicas y orgánicas, para justificar su existencia y la vigencia de la tesis de la guerra popular reclutan, de tarde en tarde, grupos campesinos para consumir acciones armadas.

(1) Los demócrata cristianos y con ellos el MIR en su conjunto se distinguen por su extrema heterogeneidad ideológica. Este rasgo se transforma con frecuencia en el mayor de los oportunismos. En sus documentos se leen las tesis más contradictorias. En el documento que hicieron aprobar en el Congreso Universitario de fines de 1970, sostienen que corresponde a Bolivia estructurar el Estado Nacional con un gobierno popular, como etapa previa para el socialismo. Posteriormente consignaron en otro documento la consigna del Estado Socialista y del gobierno obrero.

Estos partidos universitarios son, en verdad, los más grandes enemigos de la Asamblea Popular y esta actitud, aparentemente paradójica, obedece a que la existencia de esta organización importa su total destrucción. En 1971 han sido prácticamente pulverizados y desenmascarados como tendencias provocadoras dentro de la Asamblea.

El MNR fue uno de los partidos fundadores del Comando Político, sin que este hecho importe negar que se trata de un instrumento del Departamento de Estado de los Estados Unidos. En cierta oportunidad pugnamos porque permaneciese en esta organización para poder destruirlo políticamente y arrancarle a los pocos obreros que todavía controlaba. El plan creemos que ha sido cumplido plenamente. Cuando su dirección publicó un documento que importaba un desconocimiento de los documentos programáticos básicos de la Asamblea Popular, el MNR fue públicamente expulsado. Después de las jornadas de agosto de 1971, el MNR ya no cuenta para las masas.

FARO, una escisión por la derecha del PRIN, encarnó la tendencia supuestamente marxista que cree un deber elemental apuntarla al nacionalismo revolucionario. Ahí comienza y ahí se agota. Participó en la creación del Comando Político, pero fue aislado no bien se integró en el primer gabinete del general Torres.

Las organizaciones enumeradas y suscitadamente historiadas han formado también parte de la Asamblea Popular. Otros políticos profesionales sostuvieron tercamente, entre los que hay que contar a los flamantes socialistas, que se trataba de una forma renovada del parlamento, seguramente porque tenían la esperanza de que les sirviese de escenario para explayar sus dotes oratorias. Cuando la Asamblea demostró que era nada menos que el canal más importante de movilización de las masas, todos aquellos partidos y grupos que hicieron franca campaña en su contra formaron cola para ingresar a su seno, que resultó sumamente difícil dadas las severas condiciones

establecidas en los Estatutos para la admisión de nuevos miembros.

C A P I T U L O I I I

COMIBOL Y LAS UNIVERSIDADES

Los democrátacristianos y los del ELN creen de su deber puntualizar que la Asamblea Popular adoptó muchas medidas importantes y de manera sumamente curiosa pasan por alto lo más trascendental: el acuerdo para imponer la coparticipación obrera mayoritaria en Comibol (la empresa de la minería estatizada). A nosotros nos interesa puntualizar algunos aspectos de dos medidas, cuya importancia radica no sólo en que interesaban a todo el país, sino porque podían provocar una gran movilización de masas: la coparticipación ya indicada y la creación de la universidad única bajo la dirección hegemónica del proletariado. Desde el momento que la discusión sobre estos dos aspectos puso en evidencia la verdadera naturaleza de las diversas tendencias políticas, la referencia a ellos resulta imprescindible para comprender lo que en realidad significaba la Asamblea Popular.

El gobierno Torres, empeñado en tener en sus manos el control de las masas, esto porque sólo así podía cobrar fortaleza y realmente gobernar, elaboró un proyecto de participación laboral en Comibol y una medida similar impuso, mediante decreto, en YPFB. En ambos casos la participación laboral fue presentada como si se tratase de efectivizarla en la misma proporción que el control estatal. En las diversas instancias de la dirección y administración de las empresas se estableció que se instalarían igual número de delegados obreros y empresariales, pero bajo la presidencia de un elemento dependiente del Poder Ejecutivo o de las gerencias, pudiendo por tanto decidir con su voto los problemas más importantes. Así se rompía una burda impostura: los obreros podían

participar en la dirección de las empresas en calidad de subordinados, pero se les negaba el derecho de decidir de su suerte. La finalidad de la maniobra gubernamental era clara: había que alentar en los trabajadores la ilusión de que la empresa es de ellos y de que su porvenir ha sido depositado en sus manos, por esto era importante decirles que su participación en la dirección sería del 50%. La consecuencia de la impostura, en caso de imponerse, habría sido nefasta para los obreros, pues éstos tendrían que tomar a su cargo el desbarajuste y la bancarrota de entidades estranguladas por la burocracia y el compadrerío y que funcionan como bancos privados de la camarilla gobernante. La tarea inmediata más importante radica en la disminución sensible de los costos de producción; la proyectada participación habría permitido descargar sobre las débiles espaldas del trabajador la solución del problema. La creencia de que la dirección de las empresas está en manos de los trabajadores obligaría a éstos a trabajar más y a marginarse de la lucha por el mejoramiento de las condiciones de vida y de trabajo. A los gobiernos militares, vivamente interesados en financiar las necesidades del poder con el saqueo de las empresas estatales, no les queda más camino que hacer trabajar más a los obreros mediante el uso de la violencia o de la demagogia. Torres escogió la segunda variante.

Los petroleros, debido a la excesiva burocratización de sus organizaciones sindicales, al hecho de que sus cuadros dirigentes se reclutaban entre los empleados, muchos de ellos de confianza de la empresa y bien remunerados y a su escasa politización, cayeron en la trampa y aprobaron entusiasmados el decreto gubernamental.

Correspondió a los mineros tomar al toro por las astas y plantear con meridiana claridad la posición de los trabajadores con referencia a la administración de las empresas estatizadas en función del proceso revolucionario. En el proyecto gubernamental la dirección de la empresa quedaba en manos del Poder Ejecutivo, porque

éste se reservaba la facultad de designar al gerente general, no sólo la autoridad ejecutiva, es decir, la más importante, sino el encargado de presidir a los delegados obrero-gubernamentales en el más alto nivel. Esta misma mentalidad se aplicaba en todos los estadios de la administración. La Federación de Mineros decidió inclinar la balanza en su favor reclamando para sí la designación del gerente y anulando el voto del presidente en el directorio, que bien podía corresponder a la autoridad ministerial.

Partiendo de la experiencia negativa del control obrero durante el régimen movimientista, cuyo defecto básico radicaba en su carácter individual y no colectivo y en su burocratización, porque el dirigente concluía emancipándose de la vigilancia de las bases, se proyectó colocar en el punto de arranque de la participación obrera en la administración de Comibol a la asamblea sindical, como autoridad máxima.

En los países atrasados la clase obrera debe participar en la administración de las empresas nacionalizadas inclusive en minoría (en Bolivia esto ha sido superado debido al nivel político del proletariado y a la experiencia vivida en este terreno), no sólo porque las nacionalizaciones efectuadas por la burguesía o sus sucedáneos son actitudes que chocan con el imperialismo, por lo menos de una manera parcial, sino porque pueden permitir movilizar a las masas alrededor de la necesidad del control de la economía y del poder por la clase trabajadora. Esta participación, pese a todos los peligros que lleva en su seno, debe ser considerada dentro de la perspectiva de la estructuración del gobierno obrero y no como una medida que importe la cooperación con el nacionalismo, bien se titule revolucionario o no.

Tratándose de Comibol el problema se presentó con meridiana claridad. El que domina las minas en Bolivia se convierte en el amo de toda su existencia y también en amo del poder político. Plantear el control de las mi-

nas por la clase obrera significaba reducir al gobierno a la inoperancia, a la condición de trasto inservible. Si el general Torres, debido a su tremenda debilidad e incertidumbre, habría sorprendido al país accediendo a la demanda laboral, es claro que la jerarquía castrense se hubiera opuesto al desvarío del Presidente mediante el golpe de Estado, como efectivamente lo ha hecho el 21 de agosto. Poco cuentan las dubitaciones del general Torres frente a la tendencia dominante dentro de las fuerzas armadas de convertirse en una gran potencia económica, a semejanza de lo que ocurre en los Estados Unidos, el Brasil o la Argentina. El ejército pugna invariablemente por lograr el control de las empresas nacionalizadas y autárquicas y resultaba sumamente problemático que pacíficamente abandonase el manejo de Comibol. En la última época los militares han ido concentrando en sus manos el control de las fuentes de recursos materiales y han logrado créditos para montar empresas de la más diversa naturaleza.

Lo que no pudo ver la miope ultraizquierda es que la lucha por la imposición de la coadministración obrera mayoritaria abría, al mismo tiempo, la lucha por el poder político. Aun en el caso de que el gobierno Torres hubiese cedido simplemente Comibol a los mineros, el manejo de la empresa y sus implicaciones (comercialización, trato con las importadoras controladas por consorcios norteamericanos, necesidad de lograr créditos de una banca manejada por intereses foráneos, etc.) habrían obligado a generalizar la nacionalización a todos los medios de producción. Los roces crecientes entre la dirección obrera de Comibol y el gobierno constantemente acuciado de dinero,

obligarían a los trabajadores a plantearse, de manera perentoria, la cuestión del control del poder político (1).

No debe olvidarse que los obreros, simultáneamente, plantearon la integración de la industria minera, paso decisivo para un país minero. Se trataba de incorporar a Comibol a la Empresa Nacional de Fundiciones, al Banco Minero, al Instituto Metalúrgico y otras pequeñas entidades. La proposición adquiere importancia se se considera que la fundidora de Vinto ganaría mucho dinero comprando a Comibol mineral de estaño al precio mundial (superándose así, a costa de los trabajadores que perforan las rocas, el problema de los altos costo del beneficio de mineral) y vendiéndolo en el mercado internacional. Los mineros buscan el control de los dólares provenientes de la venta del estaño y no únicamente manejar la administración de la empresa minera de estaño más grande del mundo.

No se pudo discutir ni probar la justeza de la posición de la Federación de Mineros, porque fue precipitado el golpe fascista para evitar que prospere la lucha por el control de Comibol por parte de los obreros. Y todavía los ultraizquierdistas se toman la libertad de ignorar este problema, que es tanto como dar las espaldas a la misma revolución boliviana.

La coparticipación obrera mayoritaria en Comibol sólo podía lograrse —cosa que se dijo con toda claridad en el seno de la Asamblea Popular— a través de una poderosa movilización y una tenaz lucha revolucionaria, que tarde o temprano debía plantear la cuestión del poder. Algo más, la lucha por imponer la coparticipación era el verdadero canal de movilización hacia el poder. A esta

(1) Cuando se discutía el proyecto de los mineros en la Asamblea, la ultraizquierda, expresando así su vergonzante oposición, sostuvo que la coparticipación aminoraría la lucha de clases y obligaría a los obreros a limitarse a luchas estrechamente económicas. Así demostraron su desconocimiento de la experiencia histórica vivida por el proletariado boliviano en este plano.

altura de los acontecimientos no puede haber duda acerca de que el golpe fascista se precipitó para evitar que las minas cayesen efectivamente en poder de los trabajadores.

* * *

El actual gobierno fascista está empeñado en cortar de raíz (lo que en las actuales condiciones supone la destrucción física de las organizaciones laborales) todo intento de participación obrera en las empresas nacionalizadas. Para complacer las exigencias de los financiadores del golpe contrarrevolucionario, el régimen castrense está dando pruebas inequívocas de que abandona los senderos del estatismo. El general Torres creó el Instituto Boliviano del Café (Inbolca) para que pudiese comercializar este producto en el exterior, la medida importó un serio golpe a algunas empresas particulares que se dedican al manipuleo del café. El Decreto Supremo de 16 de septiembre destruyó INBOLCA, "restableciendo el comercio interno y externo del café" ("El Diario", La Paz, 17 de septiembre de 1971). Otro ejemplo: las dificultades e importancia de la industria azucarera obligaron al gobierno a estatizarla progresivamente y dentro de esta política fue creada la Empresa Nacional del Azúcar, entidad que desapareció, como emergencia del Decreto de 17 de septiembre, "por haber resultado —dicen los dueños del poder—, en la realidad, contraproducente su ejecución" ("Hoy", La Paz, 18 de septiembre de 1971). La política antiestatista se complementa obligadamente con un acentuado antiobrerismo.

Lo expresado se confirma plenamente por el texto del Decreto que echa por tierra la intervención del Poder Ejecutivo en Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos (YPFB), que en los últimos años fue duramente atacada por su extrema burocratización y por haberse convertido en refugio de la inmoralidad. El 19 de mayo de 1971 el general Torres decidió asumir la Presidencia de Yaci-

mientos. La centralización administrativa de las entidades autárquicas era en sí una medida progresista. Según el decreto de intervención, el directorio de YPFB estaba constituido por tres ministros de Estado y tres representantes obreros. El Presidente Banzer creyó de su deber borrar toda huella de obrerismo tan acentuado y puso las cosas en el lugar que estaban conforme al Decreto de 14 de enero de 1971: directorio integrado por tres subsecretarios de Estado (Hidrocarburos, Planificación y Finanzas, tres miembros de YPFB (gerentes general, de Planeamiento y Finanzas), dos representantes de la Federación de Trabajadores Petroleros y uno de los técnicos. El nuevo régimen dijo con claridad que buscaba la autonomía completa de las empresas estatizadas: "que uno de los objetivos del Gobierno Nacionalista es el de devolver al país su normalidad institucional, determinando, en consecuencia, que las empresas públicas desarrollen sus actividades dentro de la autonomía que les fijan sus estatutos y disposiciones legales".

* * *

Hay un otro problema que interesa a todo el país: poner orden y remozar la enseñanza universitaria. Al movimiento obrero y revolucionario preocupaba la cuestión estudiantil por dos consideraciones: primero, por su enorme importancia en la lucha diaria y en la agitación, en muchas ciudades los universitarios juegan el papel de fuerza decisiva y segundo, porque en el seno de la inteligencia pequeño-burguesa fructifican generosamente las tendencias foquistas y aventureras. Los estudiantes han dicho que reconocen la dirección política del proletariado, forman parte de la COB y de la Asamblea Popular, y dicen acatar las disposiciones programáticas contenidas en la Tesis Política de la Central Obrera; sin embargo, con demasiada frecuencia se desplazan hacia la ultraizquierda y comprometen el porvenir de la revolución con sus postu-

ras aventureras y provocadoras. Por estas consideraciones la Federación de Mineros propuso organizar la universidad única (dentro de la cual quedaría la proyectada universidad obrera), bajo la dirección hegemónica del proletariado. Esta nueva modalidad universitaria se dio ya en algún modo en la de Potosí, donde la dirección estaba compuesta por 19 delegados obreros frente a nueve que representaban a los estudiantes y otros nueve a los docentes. No se trataba sólo de aprovechar mejor los recursos económicos y humanos (es notoria la escasez de profesores capaces), de coordinar los planes y programas de estudio, etc., ciertamente que todo esto se hubiese hecho, sino de colocar efectivamente al movimiento universitario bajo la dirección política del proletariado. En otras palabras, se buscaba convertir a la actividad universitaria en uno de los aspectos de la política revolucionaria del proletariado.

Durante el desarrollo de las deliberaciones de la Asamblea Popular se pudo descubrir que los sectores ultraizquierdistas del estudiantado y los partidos políticos que reflejan sus desviaciones no podrían menos que desencadenar una sorda campaña contra el proyecto de los trabajadores, como efectivamente lo hicieron bajo el pretexto de la defensa de la autonomía en abstracto. La autonomía universitaria, una reivindicación inconfundiblemente democrática, es progresista sólo si permite actuar a la vanguardia revolucionaria y orientarse a la masa estudiantil contra el gobierno entreguista y antiobrero. Tratándose de la lucha revolucionaria del proletariado sería absurdo invocar la autonomía para que los estudiantes hagan lo que les venga en gana. En este caso no puede haber autonomía con referencia al proletariado. Pero, no debe confundirse la lucha por la creación de la universidad única con la intervención movimientista de las universidades que tuvo lugar en 1954, en este último caso se trataba de destruir la autonomía con relación al gobierno central y se buscaba convertir a las casas superiores de estudio en simples agencias gubernamentales. Dadas las condiciones

actuales de lucha contra el imperialismo, por la vigencia plena de las garantías democráticas, la defensa de la autonomía universitaria sigue siendo una posición progresista.

* * *

El golpe fascista del 21 de agosto de 1971, ha impedido que la Asamblea Popular continúe actuando públicamente. Las circunstancias pueden obligarle a desarrollarse clandestinamente o bien a desaparecer temporalmente. En cualesquiera de los casos seguirá siendo la más importante creación y conquista de las masas en ascenso, se incorporará al arsenal de lucha del pueblo y llevará vida larvaria en la subconciencia de las mayorías explotadas, para luego, en el nuevo período de agudización de la lucha, volver a resurgir en un plano político superior.

C A P I T U L O I V

ALGUNOS DE NUESTROS CRITICOS

a) RESPUESTA AL PABLISMO

Habría sido inconcebible que los pablistas faltasen entre los que tan sañudamente están atacando, en escala mundial, al Partido Obrero Revolucionario de Bolivia y al trotskysmo internacional. Tenemos a la mano los números de "Rouge", correspondientes al 2 de septiembre y 2 de octubre de 1971, para escribir esta respuesta obligada.

Las tesis antiporistas del pablismo pueden resumirse del siguiente modo:

1. el POR boliviano es reformista y causante de la derrota del 21 de agosto;

2. ha utilizado la Asamblea Popular para colaborar con Torres y apropiándose abusivamente de aquella organización;
3. se ha opuesto al armamento del proletariado y asegurado la victoria de los fascistas;
4. ha seguido una táctica distraccionista (proposiciones sobre Comibol, universidad única, etc.); y
5. ha cooperado con el PCB y de esta manera ha abandonado la línea trotskista.

Lo primero que llama la atención es la identidad de razonamiento del pablismo con la ultraizquierda boliviana constituida por el MIR (cristianos-movimientistas), el foquista ELN y los maoistas. Es tiempo de preguntarse si los pablistas tienen todavía algo que ver con el trotskismo, esto porque sus escritos y su actuación diaria ponen en evidencia de que se han pasado con sus armas y equipos a las filas del aventurerismo pequeño burgués. El terrorismo verbal que emplean los pablistas puede perjudicar seriamente al proletariado, allí donde lograsen adquirir alguna importancia, porque es un elemento que conduce a la derrota.

En Bolivia hemos discutido largamente con la ultraizquierda, aunque no con el pablismo, acerca de la posición que debe adoptar el partido frente al proceso revolucionario. Para foquistas, blanquistas y demás aventureros, la revolución es un fenómeno totalmente extraño a las masas, a su lucha diaria, que debe ser impuesta desde afuera, conforme a los esquemas elaborados por algunos intelectuales en sus escritorios. Parten del supuesto de que el partido lleva la madurez política desde las nubes hasta el pueblo y se resisten a considerar al primero como producto y causa en el proceso de formación de la conciencia de clase. El programa de transición permite movilizar a las masas, partiendo de su actual nivel político, de sus necesidades e intereses inmediatos. Para el aventurero, las reivindicaciones transitorias son distraccionismo, pérdida de

tiempo y reformismo que impiden la revolución. Sólo le interesan las consignas agitativas sobre la captura inmediata del poder, no importando cuándo ni en qué condiciones.

Unicamente la profunda movilización de las masas, su fortalecimiento y educación en el cuadro de su propia lucha diaria, puede permitirle al proletariado convertirse en caudillo nacional y estructurar su propio gobierno. Es evidente que el POR propuso una serie de reivindicaciones con miras a profundizar la movilización de las masas, pero las concibió no como una finalidad en sí, sino dentro de la perspectiva del gobierno obrero. Este es el camino que conduce a la revolución y no ningún otro. A la desesperación pequeño burguesa, cuya expresión más acabada es el foquismo, se le antoja reformismo y pérdida de tiempo todo lo que se haga para contribuir a la madurez y fortalecimiento de la clase, a fin de que sea capaz de conquistar el poder. El paciente y largo trabajo del POR en el seno de las masas contribuyó positivamente a la evolución de la conciencia de clase del proletariado, al fortalecimiento de la COB, al nacimiento de la Asamblea Popular, a fisonomizar estas organizaciones e imprimirles sus rasgos característicos, que hacen de ellas instrumentos revolucionarios al servicio de los explotados. El POR está estrechamente enraizado en la historia de los explotados desde Pulacayo hasta las jornadas de agosto.

La Asamblea Popular, soviét real y viviente y no simplemente un germen no debidamente configurado, como piensan muchos, fue arrancado por las masas de sus entrañas como el instrumento de las tendencias más poderosas que se agitan en su seno y una de esas (producto de la madurez de la clase y no de la especulación intelectual) tiende hacia la construcción del gobierno obrero, a la conquista del poder. Es esta realidad la que permite afirmar que la Asamblea nació y creció para objetivizar y materializar la consigna de la revolución dirigida por la clase obrera y de la construcción del gobierno propio de ella. El POR

comprende claramente que es esta tendencia la que lo fortalece y que traduce todo su trabajo anterior y presente. Resulta pues absurdo insinuar siquiera que la Asamblea Popular se hubiese fijado como meta el apoyo incondicional a Torres o el co-gobierno con él. Nació contra los deseos y planes gubernamentales y por voluntad de los explotados. Solo una profunda modificación en su dirección y en su orientación política, claramente delimitadas por la Tesis Política de la COB y por las bases constitutivas de la Asamblea, hubiera permitido que esta poderosa organización se pusiese al servicio del nacionalismo pequeño burgués; al que expresamente condena al fracaso inevitable.

Leales al trotskismo y a las enseñanzas de Lenin al respecto, rechazamos el absurdo ultraizquierdista (consideración que alcanza también a los pablistas) de identificar a Torres con Barrientos o con Nixon. Los gobiernos militares últimos son expresiones de un mismo fenómeno, del ciclo nacionalista iniciado en abril de 1952 y que está lejos de cerrarse, pero entre ellos existen diferencias, cuantitativas, si se quiere, en la medida que utilizan diferentes métodos de gobierno, aunque todos ellos buscan materializar los objetivos democráticos dentro del capitalismo. Una política revolucionaria e inclusive reformista consecuentes no pueden desarrollarse si se comienza olvidando este hecho. La táctica, particularmente, debe tener en cuenta estas diferenciaciones. Meter apresuradamente en el mismo saco a Torres, Barrientos y Banzer es la mejor forma de desarmar al proletariado y de empujarle a las aventuras y a la derrota. La actitud de la ultraizquierda es explicable, pues precisan de esa distorsión de la realidad para justificar su aventurerismo, que parte del absurdo de que en todo momento puede tomarse el poder con sólo anunciarlo.

La Asamblea movilizaba a las masas hacia la conquista del poder, lucha que debía pasar ineludiblemente a través del aplastamiento del gorilismo fascista. En esta lucha, conforme han demostrado los acontecimientos, los revolucionarios y los nacionalistas del sector Torres pue-

den verse colocados en un frente impuesto por el mismo desarrollo político contra los conspiradores reaccionarios, lo que ciertamente no supone que proletariado y nacionalismo pequeño burgués borren sus fronteras y diferencias, sino únicamente que el aplastamiento efectivo del fascismo conduce al gobierno obrero y esto ya supone el aplastamiento político definitivo de un gobierno del tipo de Torres. El despecho y la impotencia empujan a los pablistas a acusarnos de componendas con el gobierno. Deliberadamente se olvida que los trotskystas hemos sido los que hemos evitado la existencia de ministros "obreros". Es una sucia falsificación la especie de que nosotros hubiésemos pedido tal o cual cantidad de ministros en octubre de 1970. La verdad registrada en la prensa es que hemos peleado contra toda forma de participación en el equipo ministerial, otra cosa es que el Comando Político hubiese derrotado nuestra proposición al respecto. En ese momento hicimos el mayor de los esfuerzos para lograr que los probables representantes obreros quedasen controlados por el Comando y no por Torres (hicimos aprobar condiciones precisas al respecto). Esta lucha ha sido librada contra nacionalistas y stalinistas. ¿Mientras tanto qué hacían los pablistas? Seguramente estaban papando moscas en París, porque nadie los vio en el escenario de los más grandes acontecimientos de la historia boliviana. A posteriori ofrecen un esquema que pretende pasar de norma de perfecta conducta revolucionaria.

Según los pablistas, la Asamblea no debía discutir las normas y objetivos de la lucha diaria de las masas, sino limitarse a declarar la inmediata insurrección y la constitución del ejército popular vaciado en un molde. Una y otra vez repiten que los trotskystas nada hicieron para armar a los obreros y que, en esta medida, traicionaron a la revolución.

No puede haber la menor duda que el problema de la revolución es, sobre todas las cosas, político y no puede ser reemplazado por ninguna otra consideración. El pro-

blema del armamento debe ser planteado como parte de ese problema político. En determinado momento la cuestión de las armas puede cobrar importancia decisiva. El mismo ejército y la actitud del partido frente a él deben ser analizados a la luz de la cuestión política. No se trata simplemente de derrotar a las fuerzas armadas regulares en combate formal, esto puede conducir a planteamientos suicidas. El ascenso de la ola revolucionaria contribuirá al dislocamiento de las bases de las fuerzas armadas y la labor de partido puede contribuir a acelerar este proceso. La ultraizquierda y los pablistas desfiguran la cuestión porque concluyen propugnando el armamento por el armamento, olvidándose de los planteamientos políticos.

Los acontecimientos bolivianos han puesto en evidencia que existía un tremendo desnivel entre la gran politización y radicalización de las masas y su defectuoso armamento. En el futuro debe subsanarse radicalmente esta falla.

Los que tan irresponsablemente hacen terrorismo verbal alrededor del armamento del pueblo demostraron que en la práctica nada serio hicieron al respecto.

Los pablistas están vivamente interesados en hacer creer que la Asamblea Popular fue nada menos que escenario de la polémica entre trotskystas y ellos. La verdad es muy diferente. Los seguidores de Mandel y Franck fueron el personaje ausente de los grandes acontecimientos, nadie sabe donde estuvieron, tal vez tomando café en algún local de París. Las tendencias que militan dentro del movimiento de masas, ya sean grandes o pequeñas, tienen la posibilidad de contribuir positiva o negativamente al desarrollo de los acontecimientos. Los pablistas en Bolivia no cuentan para nada en el desarrollo de la lucha de clases por la sencilla razón de que sus artículos escritos a posteriori y a miles de kilómetros del país no interesan a nadie y son como palabras lanzadas al viento. Ni una sola vez éstas gentes expresaron sus ideas o hi-

cieron conocer sus famosos esquemas y esto por la sencilla razón de que no estuvieron en el seno de la Asamblea. Es, pues, arbitrario que ahora se diga que nosotros fuimos contra sus tesis o que ellos opusieron tales o cuales reparos a nuestra conducta. Nada de esto ocurrió. El movimiento revolucionario pasa sin percibir que existen los pablistas. Una tendencia política, por muy pequeña e insignificante que sea, que se coloca al margen de la revolución no merece existir.

Contradiciéndose a sí mismos, en algún lugar sostienen que fuimos los trotskystas los que nos opusimos al ingreso de los pablistas a la Asamblea, de que elaboramos un estatuto especialmente destinado a esa finalidad y de que recurrimos a toda especie de maniobras. Todo esto no es más que un montón de palabras. Los pablistas no se sentaron en la Asamblea porque no tuvieron ningún rol en los acontecimientos, el derecho de participar en ella, pese a quien pese, se conquistó en las calles. Si fuera verdad lo que escriben los pablistas habría que preguntarse: ¿por qué prosperaron nuestras maniobras contra ellos o acaso éramos los dueños de la organización de masas más grande del país?

El ultraizquierdismo de los pablistas se pone en evidencia cuando sostienen que el estudio de los problemas nacionales y obreros por la Asamblea fue pura pérdida de tiempo y que impidió la declaratoria de la insurrección. Como quiera que esta organización emergió como una autoridad real para las masas, le eran planteadas las cuestiones más pequeñas, lo que es muy natural, por otra parte. Los pablistas habrían deseado que la Asamblea cobre tales ínfulas al extremo de darse el lujo de ignorar la vida diaria de las masas.

Para los renegados del trotskysmo, fue pérdida de tiempo la discusión y planteamiento de las soluciones revolucionarias al problema de la Comibol o de la Universidad. Esta gente está totalmente equivocada y lo prueba el simple hecho de que el debate sobre estas cuestiones

ha sido el más importante y ha conmovido a todo el país. El movimiento revolucionario se fortalecerá continuando esa discusión. No se trataba de co-gobierno o de colaboracionismo clasista, sino de ir a la conquista del poder a través de la movilización revolucionaria para imponer el control de Comibol por los obreros y que equivale, en las condiciones bolivianas, el control del país todo. Sobre la Universidad se adoptó la única solución revolucionaria concebible, convertir la actividad universitaria en un aspecto de la lucha revolucionaria del proletariado.

A los pablistas se les antoja que el hecho de que en ciertos momentos hubiesen actuado lado a lado trotskystas y delegados del PC, particularmente obreros, constituye una flagrante traición al trotskismo y concluyen muy alegremente de que se trata de una línea tradicional del POR.

Para comenzar citan intencionadamente un párrafo de la Tesis de la COB donde se habla de la necesidad de realizar la revolución democrática como etapa previa del socialismo. Ese párrafo fue impuesto, juntamente con otros pasajes, por los delegados pecistas en los sindicatos y en la COB. Pero, se trata de un remiendo que no ha logrado hacer desaparecer y desvirtuar totalmente la línea central de documento que es trotskysta: las tareas democráticas en Bolivia quedan pendientes porque el proletariado aún no ha tomado el poder y que éste, convertido en clase gobernante, transformará las tareas democráticas en socialistas, como partes constituyentes de un solo proceso.

La Asamblea es un frente antimperialista revolucionario, que permite a la clase obrera dirigir a todas las masas, lo que se logra después de derrotar políticamente a las direcciones políticas de las otras clases. Para esto es preciso mezclarse con las tendencias que son algo en el seno de las masas y es claro que un partido revolucionario tiene que saber apoyarse en una y otra tendencia, utilizar a éstas para ganar posiciones. Así se gana la dirección de las masas. Los pablistas debían haberse pre-

guntado quien capituló ante quien. Los delegados pecistas se han sumado a nuestras posiciones y no a la inversa. Esto nos parece correcto y es indiscutiblemente una victoria de la revolución.

b) LA CONTRARREVOLUCION DISFRAZADA DE TROTSKYSMO

El "**Bulletin**" de 27 de septiembre de 1971 del Worker's League de los Estados Unidos de N. A., aprovecha la inserción de un informe nuestro sobre los acontecimientos bolivianos del 21 de agosto para colocarle como frontispicio una malintencionada "introducción". Su autor, el inefable Tim Wohlforth, demuestra, al desenmascarse, que en las filas trotskystas todavía quedan algunos contrarrevolucionarios disfrazados de bolcheviques.

La lectura del "**Bulletin**" nos lleva al convencimiento de que Wohlforth se ha desplazado hasta indentificarse con las posiciones ultraizquierdistas y aventureras del pablismo, al que, al mismo tiempo, dice combatir. La revolución boliviana ha polarizado las tendencias en escala internacional y dentro del trotskysmo. Hay que felicitarse de que los conocidos adversarios y también los que hasta ayer pasaban por amigos, se hubiesen visto obligados a definirse con respecto a la estrategia y a la táctica poristas.

Wohlforth, para poder justificar su tesis antitrotskysta, ha elaborado a priori un esquema y pugna por meter dentro de él los pujantes y polifacéticos acontecimientos revolucionarios. Siempre han obrado así populistas, espontaneistas y petardistas de toda laya. No tiene que extrañarnos que los pablistas hubiesen reproducido la tan publicitada pieza periodística del líder del Worker's League, que les vino como anillo al dedo para reforzar sus propios argumentos antiporistas y contrarrevolucionarios.

El segundo párrafo del artículo que comentamos contiene un descomunal error acerca del nivel alcanzado por el proceso revolucionario en Latinoamérica y del desarro-

llo de los acontecimientos bolivianos. Es completamente falso que los mineros estén armados en sus lugares de trabajo; han estado y están, precisamente, desarmados. Durante las jornadas de agosto no ha sido posible salvar el gran abismo existente entre la calificada y experimentada dirección política de las masas, expresada en la Asamblea Popular, y las tremendas deficiencias materiales de los combatientes, sobre todo en el aspecto de las armas. Si se plantean así las cosas, es evidente que urgen la crítica y autocrítica, a fin de subsanar esas fallas en el futuro próximo. Tratándose de los populistas, su argumentación conduce a otro lugar: se ven obligados a imaginarse a las masas perfectamente armadas porque según ellos se debía haber tomado el poder en cualquier momento del lapso que media entre octubre de 1970 y agosto de 1971, si no se lo ha hecho es culpa del reformismo del POR, etc. Si los que razonan así tuviesen por desgracia influencia política en Bolivia, es claro que habrían empujado a los explotados a una sangrienta aventura. Seguidamente, dice Wohlforth que la clase obrera está a la ofensiva en el resto de América Latina. Esta absurda generalización le permite al articulista borrar de un solo plumazo (lo que viene a demostrar que se trata de un presuntuoso pequeño-burgués) el indiscutible y alarmante desnivel que existe en el desarrollo de la conciencia de clase de los trabajadores latinoamericanos. Se puede decir que en algunos países la clase obrera está a la ofensiva, pero en otros no es esa la situación. En el primer caso no se puede nivelar simplemente lo que ocurre en la Argentina, Chile y el Perú, por ejemplo. En el Brasil se ha operado el aplastamiento y pulverización del movimiento revolucionario. Nuestro crítico ha colocado, muy complacido, al nivel del proletariado boliviano, que ha sido capaz de construir la Asamblea Popular, al resto de la clase obrera latinoamericana. De premisa tan peregrina se puede sacar la conclusión de que es posible tomar el poder no importa en qué país latinoamericano y en cualquier momento. Cosas de Wohlforth.

El articulista de "Bulletin" nos recuerda que la cuestión crítica del armamento de los trabajadores estaba subordinada a la cuestión política de la tipificación de Torres. Tal formulación no es del todo correcta. El armamento de la clase debe ser planteado con referencia al desarrollo del proceso revolucionario, a la proximidad de la toma del poder. La existencia de la Asamblea, y no de Torres, obligaba a discutir y solucionar este problema. Torres es traído por los cabellos en el intento de demostrar que el método del POR es reformista. Esta vez el contrarrevolucionario aparece de cuerpo entero, habla y actúa como portavoz del imperialismo norteamericano. Coloca en el mismo saco al general Torres y a la derecha fascista del ejército y considera que las diferencias existentes entre ellos no deben ser tomadas en cuenta. Si hubiésemos cometido el tremendo error de identificar a Torres con Barrientos seguramente un disparo en la nuca habría acabado con nosotros; Wohlforth puede teorizar tranquilamente sobre esta identidad porque está marginado del proceso revolucionario y pasea su humanidad satisfecha por los Estados Unidos, nadie puede dudar que en esta forma se beneficia, aunque en mínima proporción, de la plusvalía que los amos de Wall-Street exprimen al proletariado latinoamericano. El articulista aplica al ejército y a la clase gobernante bolivianos el mismo criterio que le merecen el Pentágono y la burguesía imperialista y en este terreno da las espaldas al marxismo, a Lenin y Trotsky. Selich (1) y Banzer actúan movidos por la CIA y el Pentágono, Paz Estenssoro es la carta que el Departamento de Estado ha colocado en la mesa; frente a ellos se levantó Torres como expresión del nacionalismo de un país oprimido y explotado por el imperialismo yanqui, del desplazamiento a la izquierda del proceso nacionalista ini-

(1) Selich, después de haber sido descubierto en sus trajines conspirativos, fue enviado al destierro dorado y sustituido en el Ministerio del Interior por Adet Z., otro verdugo del pueblo.

ciado en 1952 y que todavía no se ha cerrado. Es lástima que a la sesera del "teórico" norteamericano no pueda penetrar lo que los obreros iletrados de las minas y de las fábricas bolivianas saben por propia y amarga experiencia: Banzer-Barrientos son sinónimos de masacre, de crimen político y de cancelación de las garantías democráticas; Torres dio un respiro democrático para organizar y movilizar a las masas. Si estuviéramos obligados a escoger entre Torres y Selich no dudaríamos un solo instante para inclinarnos en favor del primero. Torres era la izquierda del ejército y del nacionalismo pequeño burgués y nada más, sólo a un tonto se le podía ocurrir confundirlo con el proletariado y exigirle que realice el socialismo o cosa parecida.

En Bolivia correspondió al POR señalar las limitaciones del nacionalismo pequeño-burgués (civil o militar), su incapacidad de realizar las tareas democráticas y la liberación racional; partiendo de este antecedente fijó la estrategia del gobierno obrero y puso en pie un instrumento capaz de efectivizarla. La lucha para nosotros no era entre Torres y las masas, sino entre el gorilismo y estas últimas. Torres no era propiamente un poder, el gobierno estaba, en los hechos, vacante. El gobierno obrero sólo podía lograrse a través del aplastamiento del gorilismo, lo que habría importado el simultáneo arrinconamiento de Torres. Al formularse la estrategia del gobierno obrero para la lucha en el presente período se cerraba la posibilidad de batallar en pro del fortalecimiento de Torres. La revolución y la estructuración del gobierno obrero la íbamos a hacer nosotros y no los trotskystas norteamericanos. **A éstos les correspondía, como expresión del proletariado, salir en defensa del gobierno de Torres, pese a todas sus limitaciones y defectos, ante el ataque de la burguesía imperialista norteamericana.** Lenin para defender a los movimientos nacionalistas pidió que éstos permitiesen organizarse de manera independiente al proletariado y a su partido. Los Wohlforth no pueden comprender esto por

que están cogidos umbilicalmente por el imperialismo.

"Bulletin" falsifica en cada línea nuestro pensamiento y nuestra acción. Cita parte de uno de nuestros artículos donde sostenemos que en octubre existía el equívoco de creer que las armas podían ser entregadas por los generales en pugna, pero presenta como si se tratase de una convicción valedera para todos los momentos de la lucha. Resulta que el POR luchó con firmeza para vencer este prejuicio de las masas y el objetivo se logró. Damos un hecho real que no puede encajar de manera alguna en el esquema de Wohlforth: el gobierno concluyó proporcionando 400 unidades de armas en el amanecer del 21 de agosto. Nos adelantamos en señalar que nosotros no modificamos nuestra caracterización de Torres por este dato.

Se eleva el grito al cielo porque en la noche del 20 de agosto fuimos a lo de Torres, junto a Lechín, a un representante del PC y también de toda la ultraizquierda, para exigirle la entrega de armas. Este ultimatum puede ser considerado como un método pedagógico para enseñar a las masas a confiar únicamente en sí mismas. Lo que extraña es que nuestro impugnador mañosamente elimine de todos estos actos a los ultraizquierdistas. Así, mañosamente, quiere hacer pasar gato por liebre.

Los hechos nos obligaron a luchar lado a lado con los ultraizquierdistas y los efectivos militares leales a Torres. Había una ventaja para los trotskystas: sabían lo que querían. Sólo a un imbécil se le habría ocurrido aconsejar que en ese instante de la lucha se volcasen los pocos fusiles que tenían las masas contra el gobierno de Torres. Esta táctica de locos habría precipitado la victoria fascista.

En los párrafos que siguen las mentiras y falsificaciones son todavía de mayor volumen, aunque carecen de significación teórica. Por ahí se dice que el trabajo partidista casi desapareció a costa del esfuerzo, hecho para mantener en pie la Asamblea Popular. Un revolucionario

no puede olvidar que la existencia de la Asamblea Popular, políticamente dirigida por el POR, constituye una victoria sin precedentes y que debe ser cuidadosamente estudiada y asimilada por quien se precie de ser marxista.

La Asamblea es presentada como un block de nacionalistas, comunistas y trotskistas. Esto es absurdo. La Asamblea fue un frente antimperialista dirigido por el proletariado, en cuyo seno se encontraba todo el espectro revolucionario, excepción hecha del pablismo. Es otra tontería decir que apoyó incondicionalmente a Torres. Nació contra su voluntad y al margen del ordenamiento legal vigente y si se dio el objetivo de estructurar el gobierno propio de los explotados y el socialismo es claro que sólo a un imbécil se le puede pasar por la mente que nació y vivió para fortalecer al gobierno castrense.

El amigo Tim ha cometido un verdadero timo ideológico y es explicable su conducta si se considera la relación existente entre un país atrasado y el imperialismo. La burguesía imperialista presiona poderosamente sobre las tendencias revolucionarias y éstas, como en el caso presente, pueden expresar un punto de vista contrarrevolucionario tratándose del porvenir de los explotados de los países atrasados.

c) UN DISPARO AL AIRE

(A PROPOSITO DEL FOLLETO "¿POR QUE BOLIVIA CAYO EN MANOS DEL FASCISMO?")

Es tarea difícil seguir un escrito de Zavaleta debido a su estilo retorcido y extremadamente confuso. En el documento que tenemos a la vista se comprueba nuevamente su afán de recargar los abjetivos en desmedro de la comprensión del texto, su autor parece estar mirándose en Céspedes, sin alcanzar en ningún momento la autenticidad de este último en el uso generoso del adjetivo pi-

cante y burlón. Nos esforzaremos en asir las ideas de Zavaleta para analizarlas.

El folleto de referencia comienza estudiando la naturaleza y origen del gobierno militar de Torres. Esas primeras líneas ya sucumben bajo el peso de innumerables equívocos (deformación de los hechos y errada interpretación).

Las clases sociales y los sectores políticos, que sólo excepcionalmente siguen una misma estrategia, coinciden en muchos puntos en su lucha diaria, vale decir, en su táctica, lo que ciertamente está lejos de constituir una alianza de colaboración clasista, que supone la renuncia de la estrategia revolucionaria del proletariado en beneficio de las otras clases sociales, que pueden adoptar posturas progresistas y que, por este mismo hecho, no pueden ser ignoradas. La coincidencia a la que nos estamos refiriendo es el resultado del desarrollo objetivo de una situación política y supone que las fuerzas sociales de ese proceso siguen, en último término, direcciones diversas, aunque no necesariamente opuestas. Puede haber coincidencia que no suponga necesariamente compromiso político de largo alcance.

La alianza política se refiere a la estrategia y por esto es preciso preguntarse qué clase social es la que sale ganando de este hecho. Hay alianzas beneficiosas y repudiables. La coincidencia en la lucha es algo episódico y expresión de posiciones y tendencias diferentes, que no siempre importa un compromiso. Una actitud política puede ser combatida desde la derecha y desde la izquierda, esta coincidencia episódica en el objetivo, no quiere decir que haya identidad de línea o de propósitos finales.

En octubre de 1970 hubo, en verdad, una coincidencia entre el grupo militar formado alrededor del general Torres y el movimiento obrero (que en ese momento pasa de la duda y la desconfianza en sus propias fuerzas al combate osado) en la lucha contra la conspiración fascista. Nada más que coincidencia, porque seguidamente se

demostrará que los trabajadores siguen una orientación que no es la misma que la del jefe militar que llegó a la Presidencia apoyándose en la huelga general política. Y no podía ser de otra manera si se tiene en cuenta que el proletariado ha madurado en la escuela de traiciones y frustraciones del nacionalismo pequeño burgués, para superarlo en el plano político, precisamente. Zavaleta desearía que las alianzas políticas fuesen perfeccionadas ajustándose a las prescripciones del Código Civil, respetando la libre voluntad de los pactantes, etc. Semejante criterio es producto del subjetivismo. Las actitudes asumidas por los protagonistas les lleva a contraer compromisos temporales con otras organizaciones, al margen de todo formalismo.

Un largo movimiento independiente de masas, particularmente proletarias, que sigue las vicisitudes de la organización autónoma frente a la influencia ideológica y organizativa de clases sociales que le son extrañas, deserboca en las jornadas de octubre de 1970, de enero de 1971 y en los acontecimientos que tienen lugar con motivo del nacimiento y desarrollo de la Asamblea Popular. Por esto que es falso sostener que ese movimiento existió porque el militarismo le dio su venia: "el ascenso de masas ocurría bajo la permisión militar". El ascenso de masas es para los militares un hecho objetivo y tiene lugar pese a sus deseos y planes.

El defecto global del folleto que estamos comentando radica en que no distingue entre estrategia y táctica, algo más, en que ignora por completo la estrategia de la clase obrera y se pierde en seguir y pretender vanamente explicarse la acción diaria. No es, pues, casual que no se consignen las grandes tendencias que se agitan en el seno de los explotados y de esta manera se concluye despojando de todo sentido sus pasos tácticos.

En cierto lugar se lee: "Los obreros y los militares siguen siendo los sectores estratégicamente superiores, los grupos decisivos en las luchas sociales del país". Si se

plantean las cuestiones de manera tan abstracta, el análisis político se torna incomprensible.

Como generalidad sólo se puede decir que en nuestra época y también en Bolivia el proletariado es la clase revolucionaria por excelencia. Esa clase para convertirse en grupo decisivo en las luchas sociales y políticas tiene que dejar de servir a sectores de una clase enemiga y cobrar fisonomía propia, lo que importa que adquiere conciencia de clase y se estructure como Partido, conforme ya enseñaba el "Manifiesto Comunista".

Cuando se añade que el otro grupo decisivo, en oposición a la clase obrera, está formado por los militares se sienta una tesis extremadamente imprecisa y por momentos errónea. No son todos los militares unos gorilas o fascistas, como es el caso de la alta jerarquía castrense, sino que muchos de ellos sinceramente siguen a las tendencias nacionalistas que entran en fricción con el imperialismo y sería absurdo descartar la posibilidad de que algunos evolucionen hasta las posiciones marxistas. La clase obrera puede y debe encontrar aliados dentro de las mismas fuerzas armadas.

Ni siquiera en la metrópoli están cerradas las posibilidades de que las fuerzas revolucionarias ganen y neutralicen a parte del ejército, entre ellos a los militares de carrera. No se puede comprender debidamente el rol de la entidad castrense y de los militares bolivianos en la política si no se parte de la evidencia de que se trata de un ejército de un país atrasado y que es erróneo darle el mismo trato que si fuera de la metrópoli. En Bolivia es tremendamente peligroso catalogar globalmente a las fuerzas armadas en el polo de la contrarrevolución fascista y, además, es erróneo. El ejército de un país atrasado, criatura como es de la clase dominante, reproduce de manera particular las características y limitaciones de la burguesía nacional. Esto explica que una y otra vez aparezcan y se desarrollen tendencias nacionalistas antinorteamericanas en los medios militares. Frente a estas ten-

dencias tiene que observarse la misma conducta que observamos frente al nacionalismo burgués antimperialista. En cierto momento, los nacionalistas con charreteras se convierten en aliados de la clase obrera y no en sus enemigos jurados. El ejército está metido en medio de la lucha de clases, pese a que el hecho es negado por la alta jerarquía castrense, y soporta la poderosa presión tanto del imperialismo y sus agentes como del proletariado. En cierto momento, se refleja en su seno la lucha de clases y la victoria de la revolución no puede concebirse sin la simultánea disolución de las fuerzas armadas por su amplia base social. De aquí se puede concluir que los supuestos intereses de la "institución armada", considerados por encima de la misma sociedad, sólo pueden jugar algún papel si se identifican con la reacción, con la lucha nacionalista, o bien tienden, a nombre de la clase obrera, a ganar a soldados y jóvenes oficiales para la revolución. Son las variantes que sufre la lucha de clases las que determinan que ciertos jefes militares se desplacen de derecha a izquierda y a la inversa y no los "intereses de la institución", formulados como una abstracción. La sensibilidad de ciertos oficiales del ejército boliviano frente a las tendencias nacionalistas y a la prédica socialista es consecuencia de las particularidades de nuestro ejército y no de los "intereses de la institución", etc.

No es cierto que el ejército en su conjunto, en momento alguno, hubiese "tratado de ganar puntos y prestigio ante la izquierda", es sólo una parte de él que se aproxima a las masas y a sus expresiones izquierdistas, la otra —desgraciadamente la mayoritaria— no perdió oportunidad alguna para aplastar sangrientamente a la mayoría nacional. Cuando se escribe que el ejército buscaba "ganar puntos y prestigio ante la izquierda", se tiene la sensación de que buscaba ser dirigida por esa izquierda, cuando la verdad es que trató vanamente de arrastrarla detrás de sus limitados objetivos nacionalistas. Este proceso se dio como aproximaciones y distanciamientos y en

esta medida fue reflejo de la lucha de clases. Resulta ingenuo sostener que es el "institucionalismo" el culpable de que un gobernante militar de izquierda no hubiese entregado la suficiente cantidad de armas a los obreros; se debe, más bien, al miedo que tiene la burguesía nacional o su sucedánea pequeño burguesa, de ser sobrepasada por el movimiento revolucionario acaudillado por el proletariado.

Zavaleta considera que la concentración de poder político en manos de un partido o de un sector social constituye toda una desgracia porque no destruye las contradicciones (¿qué contradicciones?, porque hay contradicciones y contradicciones). La dictadura del proletariado es nada menos que una descomunal concentración de poder político en manos del proletariado, y, sin embargo, nadie pretende que viva, se desarrolle y desaparezca al margen de sus contradicciones internas; también existirá en contradicción con el capitalismo mundial y con los sectores sociales reaccionarios.

Se dice que la izquierda no desarrolló una táctica segura frente a los gobiernos de Ovando y Torres. No sabemos en qué sentido esa actitud titubeante es considerada errónea o no. Más adelante se indica que el error fue no tener la iniciativa frente a los militares y permitir que estos dijese primero su palabra. En definitiva, estas son nimiedades frente al problema de saber qué política debía observar la izquierda revolucionaria frente al nacionalismo de contenido burgués de los gobiernos militares, que necesariamente entraban en fricción con el imperialismo y los sectores fascistas. Algo más, uno de los errores consistió en creer que esos gobiernos podían destruir al fascismo; los marxistas sabían desde el primer día que esa tarea es muy grande para el nacionalismo.

Podríamos utilizar los argumentos de Zavaleta contra él. El folleto es titubeante y no se atreve a decir que el más grande crimen cometido por el MIR consiste en haber actuado como si el enemigo fundamental fuese el general

Torres y no los militares fascistas. Se podrá responder que ahora su posición es diferente; sin embargo un error en política sólo puede ser completamente superado si se tiene el suficiente coraje para someterlo a la autocritica más despiadada y radical. El folleto llega a la conclusión de que debía pactarse con el gobierno Torres, planteada la cosa así se tiene que suponer que el objetivo era ingresar en el seno de ese gobierno, lo que supondría que se obligue al proletariado a abandonar su estrategia. Lo correcto habría sido, contrariando la conducta mirista, establecer acuerdos tácticos frente a la insurrección fascista, cosa que se hizo en los hechos.

Como quiera que Zavaleta no se toma la molestia de caracterizar, particularmente desde el punto de vista de clase, a los gobiernos Ovando y Torres, encubre su flojera con el fácil recurso de bautizarlos como "semi-bonapartistas". El lector dirá que se trata de un progreso, teniendo en cuenta que antes sostenía furiosamente que eran cien por cien bonapartistas. En primer lugar, sólo una ligereza irresponsable puede permitir que se confunda a Ovando con Torres. Si es evidente que Torres no encarnaba al ejército, y esto desde el mismo octubre de 1970, y su espada no era considerada una prenda de garantía ni para el imperialismo ni para los empresarios privados, es claro que no pudo ser bonapartista en ningún porcentaje.

El escrito de Zavaleta resulta incomprensible porque amalgama caprichosamente dos posiciones extremas y excluyentes: la concepción foquista y la certidumbre de que la revolución debe hacerse con las masas. En varios pasajes es visible el extremo esfuerzo hecho por reivindicar la validez del guerrillerismo. No sin extrañeza leemos que para Ovando el desafío fundamental fue Teoponte y no la clase obrera; se da a entender que ésta prácticamente no existió como fuerza política durante ese período. Si los trabajadores hicieron "posible el 7 de Octubre", quiere decir, ni duda cabe, que ya existían como fuerza política. La huelga política de obreros desarmados modificó el cur-

so de la historia en pocas horas e hizo posible el ascenso de Torres al poder, en ese mismo momento los foquistas deambulaban por la selva de Teoponte y lastimosamente se morían de hambre. Sostener que este sacrificio primaveral fue más trascendental que la actuación obrera es pueril.

Es tiempo de decir con toda claridad que las acciones armadas contribuyen a la evolución de la conciencia de clase (factor clave de la revolución en la que estamos empeñados) sólo cuando estas acciones son parte de la actividad de las mismas masas. El foco es un fenómeno exterior y extraño a la clase, aun en el caso de ser conformado exclusivamente por obreros. De una manera indirecta y débil, ciertamente que tiene algo que ver con las masas, como todos los demás fenómenos que tienen lugar en la sociedad. La política militar revolucionaria tiene que comenzar asimilando críticamente la rica experiencia que sobre la materia tienen obreros y campesinos. Nuestra clase obrera no sólo que se ha armado y ha sido desarmada varias veces sino que ha librado batallas contra fuerzas regulares del ejército y los organismos de represión en varias oportunidades y de la manera más diversa. Es absurdo pretender imponer a los proletarios una concepción militar basada en experiencias que le son ajenas.

Hay algo realmente intragable en el mencionado escrito y es eso de las "masas populistas"; por mucha buena voluntad que se ponga es difícil saber qué quiso decir su autor. Las masas no son una generalización, sino que ellas están conformadas por clases sociales y en el caso boliviano esas masas se movilizaban hacia la toma del poder bajo la dirección política del proletariado. La lucha partidista refleja esta realidad y a ésta se la puede calificar de cualquier modo menos como "populismo".

Si bien todo el folleto es el esfuerzo desesperado que hace su autor por acomodar verbalmente la realidad a sus necesidades políticas del momento, el análisis de la Asam-

blea Popular constituye el punto culminante de las distorsiones y de las interpretaciones capciosas.

En primer lugar estaría la posición del POR, "que considera que la Asamblea es ya el poder dual, el brazo obrero en el poder dual, y que debe comenzar a ejercitar su poder cuanto antes, mediante la acción de las masas". A este atrevimiento se opondrían la sabiduría y moderación del MIR y PCML (en la Asamblea él no figuró como tal y para ganar un voto apareció como PDCR y Espartaco), "que tomaban a la Asamblea como un germen de poder dual, es decir, un embrión del Estado obrero, que no podía existir si no creaba su aparato coercitivo previamente, es decir, su fundamento armado, independiente de Torres y del ejército, aunque eventualmente aliado a ellos". Así una vieja tesis es presentada con retoques. Los ultras no hablaron de eventual alianza con Torres, sino de la urgencia de derribarlo de inmediato y de decretar la insurrección (el que se oponía a tan descabellada conclusión era tildado de reformista) y el "aparato coercitivo" recibió el nombre de ejército popular.

Abusivamente se le atribuye al POR cosas que nunca sostuvo. El trotskismo considera a la Asamblea, cosa que puede leerse en los documentos partidistas y en los de la misma Asamblea, como órgano de poder del proletariado y de las masas. El POR no pudo en momento alguno decir que era el "brazo obrero en el poder dual", esto porque la Asamblea nació como frente antimperialista de varias clases, de las masas bolivianas (ver sus "Estatutos"), y luego porque la dualidad de poderes la planteaba ella misma y no se trataba de un fenómeno que le fuera extraño. La dualidad de poder existe desde el momento que actúa un organismo con rasgos soviéticos y es evidente que pasa por varias etapas. Era la Asamblea-Soviet el germen del futuro gobierno revolucionario y no de la dualidad de poder en sí, como equivocadamente sostiene Zavaleta. En su momento se habría lanzado la consigna de "todo el poder a la Asamblea" y

no a la dualidad de poder, que estaba llamada a desaparecer en favor de la contrarrevolución o de la victoria del gobierno obrero.

Ni el poder obrero, ni la dualidad de poderes dependen de la constitución del "ejército popular" (si los trabajadores pudiesen organizar este ejército sería una muestra de que ya son dueños del aparato estatal), porque su existencia se debe a que la organización soviética se convierte en la única autoridad para las masas y adopta sus decisiones sin tomar en cuenta la voluntad del gobierno central ni el ordenamiento jurídico imperante. Las bases constitutivas de la Asamblea señalan que esta organización tenía resuelto ejecutar sus decisiones utilizando los métodos propios de la clase obrera, en cuya base se encuentran la movilización y la acción directa de masas. Salta a la vista que para cumplir este mandato no es indispensable contar con un ejército o con grupos armados. Las masas en su empeño por imponer su voluntad pueden verse obligadas a recurrir a las armas, la forma cómo se plantee este problema y la forma de resolverlo dependen de circunstancias políticas concretas.

Zavaleta encubre el verdadero planteamiento del MIR. Esta organización formulaba la urgencia de armarse antes de hacer cualquier otro planteamiento porque tenía en mente la necesidad de proclamar inmediatamente la insurrección. Para los foquistas vergonzantes nada más lógico que hacer una convocatoria tan temeraria esperando que inmediatamente las masas ganen las calles.

El proletariado, con el que se identificó el POR en los planteamientos teóricos y en la práctica diaria, tenía una concepción diferente. La tarea primordial radicaba en acentuar y profundizar la movilización de las masas, a fin de que ellas se viesen colocadas ante la situación de tomar el poder. Así, era preocupación fundamental encontrar la fórmula que permitiese esa movilización. Sabemos que en la insurrección hay un momento en que todos los problemas políticos se resuelven como una operación militar,

nos referimos al hecho físico de la toma del poder. Esa lucha final no podrá menos que ser armada, de aquí se deduce que el armamento de las masas es una consigna vigente. Pero, ese armamento debe responder a las necesidades de las masas en su lucha y en su movilización. El MIR formula el armamento como hecho anticipado y necesariamente al margen de los sectores mayoritarios de los explotados. De una u otra manera, concluye sosteniendo que el armamento de la Asamblea debía consistir en la preparación militar de los brazos armados de algunos partidos. La cuestión era otra: se trataba de poner los fusiles al alcance de miles de trabajadores y campesinos, que tradicionalmente se movilizan en los momentos de mayor agudeza de la lucha.

La acentuación de la marcha de las masas era la tarea política preeminente y la Asamblea consideró que ese objetivo se lograría luchando por la conquista e imposición de la participación obrera mayoritaria en la administración de Comibol (que equivale a decir el control de la economía misma del país). En las discusiones públicas se dijo que no se trataba, en definitiva, de convertirse en buenos administradores sino de considerar ese planteamiento como una reivindicación transitoria capaz de unir y movilizar a las masas y conducir las a la conquista del poder. Se remarcó, una y otra vez, que se descartaba que el gobierno cediese pacíficamente ante la exigencia y que el ejército no permitiría la implantación de ese tipo de participación. En resumen, se marchaba con la certeza de que antes de lograr la participación obrera mayoritaria en la administración de Comibol, las masas se verían obligadas a tomar el poder. Por otro lado, partiendo de la experiencia negativa del control obrero individual y burocratizado en Comibol, se puso mucho cuidado en que esa participación fuese colectiva y ejercitada por la clase misma, pues la autoridad máxima radicaba en la asamblea sindical y los organismos primarios de ejecución estaban en manos de los obreros reunidos en

los lugares mismos de trabajo. El punto conflictivo de mayor envergadura con los planes y esperanzas del gobierno se encontraba en la exigencia obrera de que la designación del gerente general debía quedar en sus manos.

A lo anterior llama Zavaleta ocupación "desde arriba" de las minas, para oponerla a la "ocupación desde abajo" que dizque pregonaba el MIR. Para justificar su tesis incurre en la falsedad de que la tendencia proletaria buscaba la participación a través de un entendimiento y una componenda con el gobierno, de lo que puede deducirse que se pugnaba por lograr la pacífica transformación del régimen imperante en socialismo. Sin embargo, debemos decir que esto sólo existe en la cabeza del autor del folleto.

La tan publicitada "ocupación desde abajo" parece referirse a algunas ocupaciones de pequeñas minas, muchas de las cuales se dice que estuvieron inspiradas por las mismas autoridades. Con todo, se trataba de un movimiento caótico y frente a él la gran movilización nacional alrededor de la participación obrera propuesta originariamente por la Federación de Mineros era, ni duda cabe, un gran paso hacia adelante.

Desaprensivamente dice Zavaleta que en la Asamblea se impuso la tendencia sindicalista e insinúa que frente a ella estaba el "marxismo" del MIR. La tesis es muy atrevida. El MIR no tiene programa y su difusa ideología se confunde con el populismo; no puede, pues, ofrecer marxismo y ni siquiera una conducta coherente. Lo que aquí se llama tendencia "sindicalista" no es otra cosa que la expresión programática de los intereses históricos del proletariado; fue la ideología y el programa obrero los que se impusieron frente al caos pequeño-busgués encarnado en maoistas y miristas. No era cosa del azar que se hubiese exigido e impuesto que los delegados de la clase obrera fuesen el 60% del total, se quería así dar expresión tangible a la dirección proletaria de la Asamblea. La clase obrera estaba presente no sólo físicamente, sino como programa político.

No eran los partidos políticos en general los que sufrieron mengua en la constitución de la Asamblea. Lo que ocurrió fue que las tendencias pequeño-burguesas resultaron arrinconadas y aplastadas por la ideología proletaria y esto nos parece que estaba muy bien; más, como se suele decir, Zavaleta tiene derecho al pataleo. Se habla de una clase obrera sin influencia partidista. Si se tiene en cuenta que el proletariado boliviano es altamente politizado y que ha sido capaz de estructurar la organización soviética llamada Asamblea Popular, partiendo de un programa político marxista y muy elevado, lo correcto es descubrir qué tendencias políticas han hecho posible tan admirable evolución de los explotados. La Asamblea Popular es la culminación de un largo proceso de formación de la clase que transcurre por lo menos a lo largo de treinta años, a partir de la Tesis de Pulacayo, pasando por la experiencia dentro del MNR y de su diferenciación política frente a él, hasta la Tesis Política del IV Congreso de la COB y las bases constitutivas de la propia Asamblea. Lo admirable para cualquier observador es la continuidad de esa línea política, su terca persistencia en los puntos fundamentales y la reiteración de una concepción ideológica; eso sólo puede lograrse si un núcleo político ha vivido, actuando y desarrollándose en el seno de la clase.

¿Cuándo Torres aceptó negociar con la Asamblea y sobre qué? En ningún momento se estableció un diálogo entre ambos y la especie es producto de una pura especulación. Además, nada había que negociar, si tomamos en cuenta las resoluciones fundamentales adoptadas por la Asamblea.

El POR explanó, sin atenuantes ni tergiversaciones, la extrategia del proletariado y luchó apasionadamente por imponerla. En esta medida es absurdo decir que este partido se unió a tal o cual caudillo o partido político, las cosas sólo podían haber ocurrido de modo inverso.

El "predominio concreto de los obreros sobre los universitarios" es presentado como una manifestación del "obrerismo puro", vale decir, de la desviación sindicalista. Nuevamente nos encontramos frente a una deformación de los hechos. El planteamiento, aprobado por la Asamblea, de la universidad única dirigida por la clase obrera era un paso estrictamente político, buscaba convertir la cuestión universitaria en un aspecto de la política revolucionaria de esta clase. No se trataba ni de odio ni de desprecio a los universitarios.

En la página 8 se sostiene que la Asamblea era un Soviet sin partido político, lo que habría determinado la victoria de la tendencia sindicalista. Los Soviets pueden existir esté o no en su seno el partido revolucionario de la clase obrera, pues no es éste el que determina sus características esenciales. La dirección política lo que hace es asegurar una determinada orientación y nada más.

C A P I T U L O V

LA CONTRARREVOLUCION DE AGOSTO DE 1971

El 19 de Agosto de 1971 estalló el tan esperado y anunciado golpe de Estado de la derecha del ejército, teniendo como soporte civil a la desmembrada FSB de Mario Gutiérrez (un sector timoneado por Riveros se reclama de la izquierda) y al MNR, fisonomizado inconfundiblemente como la carta segura del imperialismo norteamericano en el llamado Pacto de Lima.

El Ministro del Interior Jorge Gallardo Lozada, hizo el anuncio oficial y añadió que se había declarado estado de emergencia nacional ("El Nacional", La Paz, 20 de agosto).

"El Gobierno Revolucionario comunica que ha estallado el golpe fascista en Santa Cruz, encabezado por Mario Gutiérrez, jefe de la Falange Socialista Boliviana y grupos minoritarios de la derecha del MNR.

“Ante la subversión derechista, cuyo esquema golpista ha sido perfectamente detectado, se declara estado de emergencia nacional y se convoca a las organizaciones populares y revolucionarias movilizarse en torno al Gobierno Revolucionario para defender las conquistas del pueblo boliviano y destruir a la contra revolución fascista. El gobierno controla la situación en el país y se mantiene firme en los postulados del 7 de octubre junto al pueblo”. (1).

Con anterioridad se denunció que el gorilismo iniciaría las operaciones contrarrevolucionarias en la periferia del país, teniendo como eje a los efectivos militares ubicarlos en el oriente. Efectivamente, el movimiento subversivo se extendió rápidamente a las divisiones de Riberalta, Camiri Bermejo, hasta Tarija. Esa tenaza de fuego —tenaza poderosa, ciertamente, porque en ella estaba comprometido parte del ejército— fue presionando y cerrándose más y más a La Paz, no tanto a la población como a la jerarquía castrense. La defección de las guarniciones de Cochabamba y Oruro tornó en insostenible la situación del Presidente Torres, planteándosele como tarea ineludible la retoma de la última ciudad, que se encontraba fuertemente cercada por el Rangers de Challapata.

La insurrección castrense se presentó enarbolando la bandera de un furioso anticomunismo, que debe entenderse como la lucha contra la decisión de las organizaciones de masas y revolucionarias para implantar en el país un régimen socialista y un gobierno propio de obreros y campesinos; contra el fortalecimiento de la Asamblea Popular, como órgano de poder de las masas y del proletariado y cauce de movilización que objetiviza la con-

(1) El D. S. de 19 de agosto encomienda a los Ministros del Interior y de Defensa el mantenimiento del orden y “la movilización total y activa del pueblo en torno al gobierno”.

signa de gobierno obrero-campesino; contra el peligro que significaría para el Estado la participación obrera mayoritaria en Comibol y la Universidad Unica, bajo la dirección hegemónica del proletariado. Dicho de otra manera, el gorilismo, al comprobar que el avance acelerado del proceso revolucionario planteaba su inminente aplastamiento, se vio obligado a consumir un golpe contrarrevolucionario preventivo.

La campaña encaminada a justificar el golpe, centró sus fuerzas contra el programa del proletariado, particularmente, y sólo tangencialmente se refirió al General Torres y a su gobierno. La verdadera lucha se libró y se sigue librando, entre la mayoría nacional y el gorilismo y en ella Torres juega un papel de poca importancia.

Torres permaneció equilibrándose en la punta de un alfiler durante 9 meses gracias a la aguda tensión establecida entre los extremos en pugna, que acumulaban fuerzas sin atreverse a iniciar el ataque. Se tienen datos en sentido de que la Embajada norteamericana veía con mucha desconfianza al régimen castrense porque prácticamente había dejado de gobernar. De una u otra manera, los bandos en pugna se esforzaron por utilizar al gobierno como punta de lanza contra su adversario. El régimen nacido el 7 de octubre de 1970, no pudo en ningún momento concentrar en sus manos el control total, o por lo menos predominante, sobre las fuerzas armadas. Se agotó en los esfuerzos que hizo por ganar a los generales conspiradores, a cambio de las concesiones cada vez mayores que les hacía, al extremo de que en todo momento pudieron moverse con bastante libertad; después de cada golpe de estado fallido los gorilas en la mayor parte de los casos eran simplemente cambiados de destino (hubo casos en los que no se les privó de su mando sobre la tropa) y excepcionalmente enviados al destierro. El plan contrarrevolucionario consistió en quitarle a Torres todo apoyo militar y en vísperas del 19 de agosto el Presidente muy difícilmente era obedecido por el 20% de los mandos

militares. Inspirándose en la experiencia de octubre, el gorilismo trabajó firme y pacientemente para alcanzar una correlación de fuerzas que le fuese clara e indiscutiblemente favorable, a fin de capturar todo el poder político sin lucha y sin disparar un solo cartucho, ésto para evitar que las masas ganasen las calles y diesen un curso imprevisible a los acontecimientos. Esa preocupación alcanzaba también a los jefes castrenses adictos al oficialismo, que dieron nuestras inequívocas de temer más a las masas que a la derecha del ejército.

Desde el momento de iniciación de la revuelta fascista en Santa Cruz hasta la partida de Torres del Palacio Quemado, transcurrieron tres escasos días y, sin embargo, fue un lapso suficiente para que las masas ganasen las calles; el centenar de muertos y el medio millar de heridos constituyen elocuentes y trágicas pruebas.

A las once de la noche del día 20 se reunió el Comando Político, organismo de la Asamblea Popular encargado de tomar en sus manos la dirección del movimiento de masas entre uno y otro período de sesiones de aquella, y determinó convocar a todos los explotados a ganar las calles para combatir activamente a la conspiración gorila. El comando militar fue ampliado con representantes de los partidos políticos pertenecientes a la Asamblea.

RESOLUCION DEL COMANDO POLITICO

Los últimos acontecimientos registrados en el país, ponen en evidencia, una vez más, que el gorilismo, la reacción fascista, y los sirvientes del imperialismo, utilizan el golpe de estado, el terrorismo y todos los medios en su vano intento de aplastar al movimiento revolucionario y a la clase obrera.

El Comando Político, a nombre de la Asamblea Popular, reitera que su objetivo fundamental es la construcción del socialismo, que sólo podrá lograrse a través del

total aplastamiento del gorilismo fascista y de la reacción, aplastamiento que supone la destrucción de su poderío económico, desgraciadamente intacto en muchos sectores.

El golpe fascista, que ha venido avanzando y proclamando a tambor batiente la catástrofe nacional que tanto desea, tiene un carácter preventivo con referencia a la inevitable participación obrera mayoritaria en Comibol, a la victoria segura del pueblo boliviano y de su clase proletaria, que será la victoria definitiva del socialismo. La defensa de nuestra causa, que es la causa de los hombres y mujeres que habitan este país, nos obliga a rechazar con toda energía y decisión la provocación fascista.

En este momento crucial creemos de nuestro deber puntualizar que la reacción puede conspirar cómodamente, utilizar parte del aparato y recursos estatales, debido a las dudas, debilidad y peligrosas oscilaciones de la derecha a la izquierda del Gobierno del general Torres. El Pueblo Boliviano no puede estar de acuerdo ni complicarse con esta conducta y señala que toda concesión al gorilismo fascista, todo acuerdo con él importa un rudo golpe al proceso revolucionario, una traición a los intereses nacionales y un marcado servicio al imperialismo.

Por todo lo anterior el Comando Político, dirección del frente único antimperialista y revolucionario, llama a todos los bolivianos, a los hombres y mujeres, a los trabajadores e intelectuales de avanzada, a los soldados, clases y jóvenes militares revolucionarios a ponerse en pie de combate. a ganar las calles para aplastar total y definitivamente al gorilismo golpista, a la derecha cavernaria y a los sirvientes del imperialismo.

El Comando Político llama a todos los bolivianos a defender su revolución, que es su propio porvenir; a salvar al país del descarado gorilismo y a arrancar de cuajo a la contra revolución.

BOLIVIANOS: El pueblo está en guerra a muerte con el gorilismo fascista. Como en toda guerra, el objetivo central consiste en vencer y aplastar al enemigo.

Los explotados confían únicamente en sus organizaciones y su propia fuerza y es alrededor de aquellas que deberán movilizarse.

La Paz, 19 de agosto de 1971.

El viernes 21, por la tarde se efectuó la multitudinaria manifestación antifascista y antimperialista. Los trabajadores respondieron positivamente al llamado que les hiciera el Comando Político y la COB. La marcha duró aproximadamente 4 horas, originalmente se había acordado realizar la concentración frente al local de la Asamblea Popular (ex Palacio Legislativo). Sin embargo, por el espíritu conciliador de Lechín, el Palacio de Gobierno sirvió de testera al acto. Los oradores estuvieron muy por debajo del espíritu que animaba a los manifestantes y ninguno señaló con claridad los objetivos por los cuales se debía luchar y morir, Torres y Lechín fueron abucheados con frecuencia y este último, hablando bajo el látigo de sus adversarios, buscó aparecer radicalizado con la consigna de expropiar las empresas de los conspiradores fascistas. Torres nuevamente dio muestras de su seguidismo servil ante las masas movilizadas. Los manifestantes gritaban: J. J. dale duro y el Presidente respondía como un chiquilín: "les daré duro".

La manifestación, entre risas y rechiflas, volvió a demostrar que Lechín era una figura totalmente envejecida y superada. "Ultima Hora" (23 de agosto), que le es totalmente adicta, escribió: "Lechín habló entre rechiflas y voces de definición política. Este veterano dominador de multitudes con su oratoria revolucionarista, esta vez fue incapaz de imponer su dominio. Dijo, tal vez, conceptos diferentes a los que esperaba hacerlo, alcanzando a pedir la unidad de todas las fuerzas de izquierda y a

que se apoderen de las propiedades y empresas de quiénes se hubieran alistado en la conspiración". Aquí aparece como un achacoso Belzu.

La marcha antifascista tuvo un rostro sonriente, explicable si se tiene en cuenta que todos, hombres de la calle y gobierno, estaban seguros que sus descomunales dimensiones habían ya aplastado a la conspiración fascista. Algunas horas más tarde se verá con clara nitidez que la rebelión militar solo podrá ser aplastada empuñando el fusil.

En octubre de 1970 la clase obrera ocupó el escenario político sin armas, como una simple masa. Ya entonces se comprendió claramente que para poder vencer al gorilismo era preciso poner un arma de fuego en manos del obrero politizado. En ese entonces era idea generalizada —compartida hasta por nosotros marxistas— que las armas serían cedidas por el equipo militar gobernante, por considerar que solo apoyándose en las masas y dotándoles de una adecuada capacidad de fuego podría, por lo menos, neutralizar a la derecha gorila. La conclusión resultó completamente equivocada, no se tuvo en cuenta que Torres consideraba preferible pactar con sus compañeros generales, capitular ante ellos, antes de armar a masas que dieron pruebas evidentes de que se encaminaban al socialismo y cuya movilización ponía en serio riesgo al ejército como institución. El rumbo tomado por los acontecimientos iniciados a fines de 1970, la incapacidad demostrada por la dirección castrense de ganarse la confianza de los explotados, de purgar del seno de las fuerzas armadas a la extrema derecha y de encontrar una salida de izquierda al impase político, obligó a ciertas capas reducidas de jóvenes oficiales, clases y suboficiales a evolucionar, hasta llegar a la conclusión de que si fuera necesario para la victoria socialista no habría por qué oponerse a la destrucción del Ejército. Una proclama anónima de clases y suboficiales llevó a la confusión y no pocos creyeron que el ejército estaba totalmente esci-

stonado entre clases y oficiales y que la tropa desobedecería toda orden dada para disparar contra el pueblo. Ya se sabe que las cosas ocurrieron de otra manera. La proclama nacida en la aviación de La Paz tuvo poca repercusión en el resto del ejército. El gobierno, tuviese o no algo que ver con este hecho, se dio modos para sacar ventaja de la proclama y alentó las reclamaciones de orden económico de estratas inferiores de las fuerzas armadas.

Con todo, el ascenso y radicalización de las masas impactaba, cada día más y más en el seno del ejército, probablemente en mayor medida en los clases y suboficiales que en los jóvenes militares, iniciándose así su desintegración, común a todas las instituciones y al mismo orden establecido. El crecimiento de la ola revolucionaria socaba la base de sustentación de las fuerzas armadas (los soldados son, en su mayor parte, obreros, campesinos y elementos de la clase media con experiencia sindical y política) y concluye desmoronándolas, más que vencéndolas en batalla formal. Los soldados huyen o no obedecen a sus superiores, que tienen que cuidarse de los que combaten en las calles y de sus subordinados. Entonces el pueblo tiene a su alcance a su arsenal natural. Es todo lo que ya ocurrió el 9 de abril de 1952.

El 20 por la noche el Comando Político centró casi toda su discusión en el problema del armamento. Hasta entonces el presidente Torres y sus ministros habían ofrecido, una y otra vez, que entregarían armas al pueblo, promesa que despertó ilusiones desmedidas en varios sectores obreros. Comprendiendo que la conspiración fascista avanzaba por todo el país y la amenaza de su victoria se tornaba cada vez más seria, se acordó enviar una última comisión (Lechín, Mercado, Lora, López, Reyes y Eid) al Palacio de Gobierno para hacer saber al presidente que si no cumplía su promesa de entregar armas, la Asamblea Popular seguiría su propio camino, Torres, para justificar su negativa, dijo que si él desarmaba a los soldados para entregar los fusiles a los obreros, los oficiales responderían

rebelándose. No sabríamos decir si en algún momento el presidente pensó seriamente en entregar armas a los trabajadores (más parece que utilizó como chantaje contra oponentes de izquierda y de derecha), pero lo evidente es que se encontraba fuertemente presionado por los militares para no hacerlo. Circuló insistentemente el rumor en sentido de que la jerarquía castrense conminó a Torres a no entregar armas bajo alternativa de rebelión. El resultado de la entrevista molestó en extremo a los asistentes de la Asamblea Popular.

Fue en esta ocasión que Torres hizo conocer su plan de retoma de Oruro, operación que según él estaría consumada a las seis de la mañana del 21. Pidió ayuda para enviar emisarios clandestinos que tomaran contacto con los trabajadores, a la sazón concentrados en San José y cercados por efectivos militares. A la maniobra se le bautizó con el nombre de "cien pies, aguilita voladora". Los delegados izquierdistas de Oruro, entre ellos Emilio Pérez, quedaron satisfechos por esta solución, en un estado de cosas que ellos lo consideraban sumamente delicado. Al promediar las deliberaciones del Comando Político se hicieron presentes dos poristas que representaban a los mineros de Siglo XX y Huanuni, que al no poder vencer a los rangers que custodiaban Oruro permanecían acantonados en las proximidades de Vinto. Estos trabajadores no tenían más que dinamitas y aunque lo sensato habría sido que se replieguen a sus bases en espera de armas, pues existían lejanas posibilidades de conseguirlas, permanecieron en sus precarias posiciones en espera de la llegada de las tropas leales.

Más tarde se supo que los regimientos enviados por Torres para rescatar el punto estratégico del altiplano prontamente se sumaron a los rebeldes. Debido a que las masas se encontraban desarmadas, las verdaderas batallas se libraban no en las calles sino entre los mandos militares que utilizaban a los regimientos de soldados como a fichas de ajedrez.

Pese a que los regimientos encargados de recapturar Oruro habían defeccionado, la radio estatal "Illimani", siguió enviando mensajes cifrados a aquella ciudad en sentido de que la operación "Cien Pies - Aguilita Voladora" iba a consumarse al anochecer. Esta mentira criminal dicha en clave, para que los trabajadores creyesen, determinó que estos asaltasen la ciudad y fuesen virtualmente masacrados por las tropas del ejército. (1)

El día sábado 21, aproximadamente a horas 10, se apersonaron al local de la COB, donde funcionaban el Comando Político y su Comando Militar (se habían declarado en sesión permanente) los ministros del interior J. Gallardo y de Salud Pública, Javier Torres Goitia, para hacer saber de qué regimiento Castrillo se había rebelado, dentro de algunos minutos se atacaría el Gran Cuartel General de Miraflores para capturarlo. El plan consistía en que formasen un cerco de fuego los regimientos Colorados, comandado por el mayor Rubén Sánchez, y el acantonado en San Jorge, el pueblo, multitudinariamente organizado, debía presionar por la Avenida Saavedra (el edificio de Facultad de Medicina estaba ya en poder de los facciosos), a fin de asaltar a la ciudadela militar en el momento oportuno. En la Confederación de Fabriles se repartieron alrededor de 400 fusiles Mauser y Garant, una parte de ellos en mal estado y 2.000 proyectiles.

-
- (2) "Presencia" (La Paz, 23 de agosto), sostiene que "un insensato enfrentamiento de trabajadores mineros con las fuerzas del ejército el día domingo 22 a horas 17, dejó por lo menos 8 muertos y 27 heridos" en las proximidades de la fábrica "Rockett" a seis kilómetros de esta ciudad entre la aereopista "Juan Mendoza" y la "Fundición de Estaño en Vinto" En el choque que según la prensa tuvo poca duración, participaron unos 1.500 mineros venidos de Siglo XX y Huanuni, en cerca de 40 camiones contra el Rangers y "del Batallón Divisionario y del Centro de Instrucción de Operaciones en la Selva, que en horas de la mañana, abordó de un transporte aéreo militar, llegaban fuertemente armados de Riberalta" Hubieron también choques incruentos en Machacamarca (a veinticinco kilómetros de Oruro) entre mineros y el Regimiento "Loa", que desde Uyuni se trasladaba a Oruro.

Lechín leyó por radio una convocatoria a todo el pueblo para que, con sus armas, se concentrase en la Plaza del Estadium. Rápidamente se reunieron unas 2.000 personas. El día sábado amaneció como un día de gran tensión, la noche anterior La Paz se estremeció por los dinamitazos que hacían estallar los mineros de Milluni.

El Ministro de Gobierno había prometido que sus efectivos ocuparían la colina de Laika-Cota, que separa Miraflores del centro de la ciudad y que tiene una gran importancia estratégica. Contrariamente efectivos del Castrillo apostaron nidos de ametralladoras en ella. El Comando Militar se ubicó en las proximidades del Stadium Siles para poder dirigir las operaciones, pero no pudo hacerlo de manera eficiente por que carecía de informes precisos sobre la situación general, en este terreno dependía exclusivamente de la cadena radial timoneada por Radio Illimani, que difundía una serie de falsedades por razones tácticas, y de las informaciones que proporcionaban las autoridades a través de una unidad de radio patrulla. Llegó al Stadium otro lote pequeño de viejos fusiles Mauser, que virtualmente desaparecieron en medio de la sed de armas de la gente. De tarde en tarde llegaban pequeñísimas cantidades de municiones.

La multitud allí concentrada asaltó la Intendencia de Guerra y extrajo una gran cantidad de armamento, una parte totalmente inservible. (1)

En las calles que desembocan en el stadium se encontraban obreros y universitarios y en menor proporción elementos de las otras clases sociales. La mayor parte de estos efectivos pertenecen a los partidos políticos de iz-

(1) "Hoy" (22 de agosto) titula una de sus crónicas a 5 columnas "Asalto a la Intendencia fue el inicio": "Las fuerzas de la COB avanzaron y en su primer intento lograron ocupar la Intendencia de Guerra de la Avenida Saavedra de donde lograron obtener algo más de 1.200 viejos fusiles de sus almacenes. La Intendencia de Guerra contaba con solo una docena de soldados que no hicieron mayor resistencia a los efectivos civiles de la COB, que ingresaron a la vetusta edificación militar".

quiera. Ni a quienes estaban ahí concentrados y mucho menos a los dirigentes del Comando Político se les ocurrió la idea de asaltar inmediatamente el Cuartel General, pues la capacidad de fuego del Castrillo era muy grande. El objetivo era permanecer en posición de apronte, hasta tanto las tropas leales obligasen a rendirse a la ciudadela militar, para luego lanzarse al asalto. Los que al mediodía marchaban al stadium estaban seguros que iban allí a organizarse para dar fin a la operación dirigida desde el Palacio de Gobierno. La verdad es que el regimiento de San Jorge no se movió. A las 18 ó 19 horas, el Ministro del Interior pidió que la gente armada marchase hasta el Parque Triangular, ubicado a 200 metros del Cuartel General, la sugerencia fue desestimada, porque habría importado llevarla al matadero. Según Gallardo se trataba de aumentar la presión sobre el Gran Cuartel.

Desde Laika-Cota se hostigó sin cesar a la gente apostada en las proximidades del stadium y resultó mucho más grave la acción de los francotiradores ubicados en los edificios de la zona, políticamente identificados con los conspiradores de derecha. Muchos muertos y heridos cayeron víctimas de ese fuego combinado.

Obreros y estudiantes se fijaron como objetivo capturar Laika-Cota. Cuando la operación se realizaba exitosamente se pidió a la gente bajar del cerro, porque, se dijo; sobrevolarían aviones para atacar a los facciosos. La verdad era que desde horas 17,35 la fuerza aérea, que a las 15.30 había retirado su apoyo al gobierno y lanzado un ultimatum al mayor Sánchez para que deponga las armas, pasó sobre la zona convulsionada para atacar al Colorados y a los civiles. Finalmente, obreros y universitarios lograron acallar a las ametralladoras de Laika-Cota.

Sólo más tarde se supo que a las 13.30 horas, el General Reque Terán, Comandante en Jefe del Ejército, se trasladó al Palacio de Gobierno para notificar a Torres que debía abandonar el poder. Reque fue detenido por

las milicias populares y éstas se limitaron a pedirle armas, en el entendido de que permanecía fiel a Torres. "Sin embargo, la entrevista entre ambos no dio resultado y al parecer se suscitó un altercado verbal" ("Ultima Hora", 23 de agosto). El mismo Reque tuvo que cumplir la incómoda misión de "parlamentar con los efectivos del regimiento Colorados, a fin de suspender el fuego. Al haber sido rechazado su intento se embarcó en un jeep, circunstancias en las que se escuchó una ráfaga de ametralladora. El capitán Terrazas, cuando se aprestaba a cubrir con su cuerpo a su jefe, cayó acribillado por la espalda, juntamente con un suboficial, mientras Reque sufría una herida en el pie, de la que fue atendido en el Hospital Militar" ("Ultima Hora"). Así quedó marcado con fuego el que traicionó a su Capitán General.

Hombres y mujeres dispuestos a aplastar al fascismo se apostaron en las zonas marginales (Alto San Pedro, Villa Victoria, Agua de la Vida y el Calvario) y lanzaban cargas de dinamita.

A mediodía estaban de retorno a La Paz los regimientos Andino y Motorizado de Viacha, después de haber defeccionado en las inmediaciones de Oruro.

A las 16.30 horas, jóvenes y mineros corrieron al Ministerio de Defensa en busca de armas (alguien tuvo la ocurrencia de decirles que allí les darían fusiles) y fueron recibidos a bala. Resultado: más muertos y heridos.

A las 20.45 horas el General Torres abandonaba el Palacio, él mismo que hasta las 19 horas no se cansaba de convocar al pueblo para que siguiese combatiendo con firmeza. La prensa del día 24 confirmó que el ex Presidente, que no se tomó la molestia de renunciar, estaba asilado en la Embajada de Perú y, según el Ministro de Relaciones Exteriores, varios de sus parciales, entre ellos el mayor Sánchez.

Los carros de asalto del regimiento Tarapacá, que sembraron terror y desolación en las calles paceñas, hicieron su aparición a las 20 horas en las zonas altas de

la ciudad (Munaypata y Villa Victoria). La Radio del Estado difundía instrucciones no realizables para sabotear la marcha de los tanques, cuando se aproximaban a la Plaza Murillo dejó de transmitir Radio Illimani y se produjo la fuga de Torres. A la misma hora se reunieron por última vez los pocos elementos que quedaban en Miraflores del Comando Político (Lechín, Alandia, Lora) y que ignoraban la verdadera situación reinante. Seguían llegando rumores de que ya el Cuartel General se había rendido.

Tres tanques se posesionaron en la Plaza Murillo y otros 4 se dirigieron hacia Laika-Cota, la marcha de estos monstruos de fuego causó la mayor cantidad de muertos. Descargas de ametralladoras y dinamitazos se prolongaron hasta la madrugada. Al día siguiente (22), la aviación continuó su tarea de limpieza, teniendo siempre como a su primer objetivo a Laika-Cota.

LOS ACONTECIMIENTOS DE ORURO

La movilización de los trabajadores mineros en la región de Oruro fue gigantesca para aplastar al gorgismo. Consignamos algunos detalles:

En Siglo XX se supo del levantamiento fascista en Santa Cruz el día 19 e inmediatamente la dirección sindical se puso en emergencia y convocó a las milicias armadas para resguardar los campamentos y el local del sindicato.

Al día siguiente (20), a horas 10, los dirigentes determinaron que los obreros abandonasen el trabajo para trasladarse a la ciudad de Oruro, a fin de asistir a la manifestación antifascista determinada por la Federación de Mineros. En efecto, aproximadamente a las 13 horas, partieron los efectivos en treinta camiones. A la altura de Playa Verde se pudo comprobar que dirigentes y trabajadores retornaban de Oruro, los mismos que informaron que la ciudad había sido tomada por los rebeldes

(Rangers), una mitad de los camiones retornaron a Huanuni y la otra siguió rumbo a Oruro, sin dar mayor importancia a tales datos. A la altura del puente del Tagarete (a dos kilómetros de la ciudad), una comisión de San José ratificó las anteriores informaciones. En ese momento se destacó una comisión formada por dos porristas y el radialista Mancilla para constatar en el terreno la situación reinante, al retorno de esta comisión se realizó una asamblea general que determinó el repliegue táctico hasta las instalaciones de la Empresa Nacional de Fundiciones en Vinto. Simultáneamente fueron enviados a La Paz delegados de Siglo XX y Catavi, con la misión de tomar contacto con la Federación y recibir instrucciones, a ese equipo se integraron tres radialistas. A las 20 horas, se determinó, después de una breve asamblea en Vinto, replegarse hasta la mina Huanuni, donde se realizó una reunión de dirigentes y delegados de Siglo XX, Catavi y Huanuni, en la que se formó un comando único que determinaría la conducta de los trabajadores, a dicho comando se sumaron representantes de Santa Fe, Japo, Machacamarca y de las minas pequeñas próximas a Oruro.

El día sábado 21, a las 9 horas, se realizó otra asamblea para escuchar la información de los comisionados que ya retornaron de La Paz. Se determinó esperar últimas instrucciones de la Federación. A esta altura se informó que se realizaba una asamblea general en Siglo XX, la misma que acordó marchar sobre la ciudad de Oruro para retomarla. Se eligió un comando político-militar, a cuya cabeza se encontraba un trotskysta, que debía ser la única autoridad capaz de decretar la marcha de los obreros; sin embargo, cuando aparecieron los camiones procedentes de Siglo XX toda la masa los siguió. En el trayecto se conjuncionaron los comandos formados en Siglo XX y Huanuni, incluyendo al representante de los locatarios.

A la altura del cruce del camino que va a Machacamarca, llegó el informe de que entre esta localidad y An-

tequera se encontraba un convoy ferroviario que llevaba refuerzos y armamento a Oruro, inmediatamente una parte de los trabajadores se encaminó a destruirlo y la otra continuó su marcha hacia Oruro.

En Machacamarca se libró una batalla desigual. Ciento cincuenta soldados armados hasta los dientes resguardaban el convoy y los obreros sólo contaban con cinco fusiles y 25 proyectiles. El choque arrojó el resultado de 4 muertos y varios heridos. Ahí cayó el magnífico militante de la juventud porista **Ramón Troncoso**.

El choque en Oruro fue negativo para los obreros y entre los heridos se encontraba otro trotskysta; sin embargo, pudieron ingresar a la ciudad varios trabajadores, entre ellos cuatro militantes del POR., que retornaron a su base sin novedad al día siguiente.

Después de estos acontecimientos, en el distrito de Siglo XX imperó un tremendo nerviosismo. El día domingo 22, por la mañana, se realizó una **asamblea** conjunta de delegados y dirigentes de Siglo XX, Catavi y del Sindicato "20 de Octubre", con la finalidad de analizar el momento político y el radiograma enviado por Comibol a la gerencia de la empresa, instruyendo la inmediata reanudación de labores en vista de haberse posesionado el nuevo gobierno. La reunión planteó los siguientes puntos:

- 1.— Inamovilidad de todos los trabajadores.
- 2.— Respeto irrestricto al fuero sindical y amplias garantías para los dirigentes sindicales y políticos.

Los dirigentes de Siglo XX cursaron un cable en este mismo sentido al Presidente de la República.

Los trabajadores eran conscientes de que se perdió simplemente una batalla y que no constituía una derrota que pudiese obligar al retroceso indefinido de las masas. Todos esperaban armarse para volver a arremeter a la **bestia fascista**.

Un primer revés a movimientistas y falangistas. El 25 de agosto de 1971 se realizó en **Llallagua** un **cabildo** abierto del pueblo para designar al **Alcalde Municipal**, en

ese acto participaron los poristas. Violentando los deseos de los oficialistas, se ratificó, por amplio margen, al anterior Alcalde.

DRAMA Y FARSA EN LA PAZ

En las primeras horas del domingo 22 de agosto de 1971 fue ocupada militarmente la Universidad de La Paz y se dijo que en su interior quedaban una veintena de estudiantes armados. Al día siguiente 23, se constituyó en el monoblok una comisión mediadora (Arzobispo de La Paz, diplomáticos, Cruz Roja, representantes de catedráticos y universitarios), para lograr la salida de los presuntos refugiados. Al promediar el medio día, cerca de 500 universitarios bloquearon la avenida Villazón y acordaron reunirse en asamblea. Muchos estaban sentados frente a los tanques para impedir el retorno de las tropas a la Universidad. El ejército conminó al tumulto a disolverse de inmediato, se dice que a esta altura se escuchó un disparo proveniente de algunos de los pisos superiores. Los aviones, los tanques y los soldados disolvieron a bala a los asambleístas, habiendo muerto 7 personas y quedando heridas más de 27. Los estudiantes sostienen que fueron fusilados cuatro de sus compañeros y apresados otros. Con todo, se pudo aprobar el siguiente pronunciamiento y que demuestra que la Universidad era ya una fuerte trinchera de resistencia al nuevo gobierno:

“La Asamblea Docente-Estudiantil de la Universidad Mayor de San Andrés, reunida el día 23 de agosto de 1971, resuelve:

1.— Declarar que la autonomía universitaria constituye un principio básico de la vida institucional boliviana, sobre el que no se puede transigir.

2.— La autonomía universitaria lograda a través de un acto democrático-director en el referendum de 1932 y plasmada en la Constitución Política del Estado es violada cuando el cambio de autoridades políticas del país de-

termina el desconocimiento de las autoridades universitarias y cuando fuerzas armadas irrumpen en los predios y edificios universitarios.

3.— La UMSA será intransigente en la defensa de la autonomía universitaria.

4.— La asamblea docente-estudiantil dispone que en tanto las autoridades surgidas de las elecciones de 1970 puedan ejercer sus funciones, o se constituyan las nuevas autoridades en el acto plebiscitario que se realizará próximamente, designa una directiva universitaria integrada por los decanos y delegados estudiantiles de las facultades más antiguas: Derecho, Medicina y Farmacia, que se encargarán de la conducción y administración de la Universidad.

5.— Solicitar del Gobierno de la República el inmediato retiro de toda tropa y policía de los edificios y predios universitarios.

6.—Demandar garantías y libertad para los docentes y estudiantes perseguidos y detenidos.

7.— Ratificar su adhesión plena a los postulados de la revolución de 1970.

8.— Declarar duelo universitario por los docentes y universitarios muertos en los últimos acontecimientos.

La Paz, 23 de Agosto”.

En esta jornada fueron apresados más de 200 estudiantes.

* * *

“Desde antes del medio día fueron congregándose grupos de ciudadanos convocados por la emisora del Estado para brindar su apoyo al gobierno establecido por el Frente Popular Nacionalista” (“Presencia”, 23 de agosto). Esta información demuestra que los gorilas buscaban el apoyo popular. La tragedia cedía su lugar a la farsa.

Grupos de movimientistas, que habían sentado su cuartel general en la calle Colón, frente al cine Tesla, recorrían en motorizados las calles de la ciudad, haciendo propaganda para que todos se sumasen a la concen-

tración. Otro tanto, aunque demostrando menor actividad, realizaban los falangistas, que asaltaron la Confederación de Estudiantes de Secundaria (calle Yanacocha), para poder instalar su secretaría.

La multitud concentrada en la Plaza Murillo no fue pequeña, pero estuvieron ausentes del todo universitarios y obreros. Comenzaron a agruparse alrededor del MNR y de FSB capas de la clase media, formadas por pequeños comerciantes y propietarios, empleados públicos, desocupados, empresarios, todos deseosos de que se establezca un régimen de estabilidad institucional, social y de garantías para ellos y que les proporcione oportunidades para mejorar económicamente. La consignas que comenzaron a agitarse tendían a satisfacer, por lo menos verbalmente, estas exigencias: fin a la anarquía y al abuso; amanecer del orden; trabajo y disciplina; respeto a la propiedad privada; destierro del comunismo y de la violencia y su reemplazo por la ley, etc.

El coronel Hugo Banzer, con toda sinceridad, aunque en castellano imperfecto y titubeante, definió nítidamente su filiación política: "Seguiré los pasos de Busch, Villarroel y Barrientos", dijo. En tono desafiante hizo saber que seguía siendo el gorila que se levantó en armas junto al General Miranda y su más caro sueño era continuar la política fascista de Barrientos. Ya no fue tan claro, demostrando, más bien, la tremenda confusión de que es presa su cerebro, cuando proclamó un nacionalismo tan puro, dentro del cual ya no sería posible hablar de derecho ni de izquierda. Banzer era ya la derecha con referencia al gobierno de Torres, aunque ambos hablaron de nacionalismo y no sean más que expresiones particulares del proceso nacionalista pequeño-burgués iniciado en 1952.

Las actuaciones del movimientista Lema Peláez y del falangista Mario Gutiérrez fueron mucho más deslucidas, para todos era evidente que se trataba de dos oportunistas. Sus discursos fueron frecuentemente interrumpidos por rechiflas y algunas horas antes, cuando intentaban ingre-

sar al Palacio, se los llenó de insultos y sobre ellos se arrojaron naranjas podridas. Mientras en lo alto peroraban los líderes, en la plaza cambiaban puñetazos los militantes de los dos partidos hermanados en sucio contubernio. Seguramente por el miedo a que estallase en mil pedazos la frágil alianza, se designaron como ministros algunos técnicos apartidistas (se trataba de elementos ultra conservadores, políticamente hablando), a fin de que actuasen como amortiguadores en las luchas internas dentro del gobierno. Dadas estas condiciones, el ejército continuó siendo la fuerza decisiva. El basamento partidista del régimen nació totalmente resquebrajado.

A los siete años de su derrocamiento, retornó Víctor Paz al país en circunstancias aparentemente sorprendentes. Derrocado por Barrientos y Ovando, por no haber podido embridar a las masas obreras levantiscas, es traído por los propios barrientistas para pregonar todo lo contrario de lo que hizo y dijo desde el poder. No en vano remarcó, en tono emotivo, que retornaba a la Patria para ya no cometer los errores del pasado. ¿Cuáles podían ser esos errores? Sus deslices izquierdistas, sus veleidades obreristas que le arrastraron a lo que ahora llama caos y anarquía. Retornó formando alianza, que la desea férrea y eterna, nada menos que con el falangismo, que como expresión de los intereses vulnerados del gamonalismo, de la gran minería y de los industriales luchó encarnizadamente contra las desviaciones comunistas del MNR.

La alianza entre falangistas y movimientistas obliga a preguntarse cuál de ellos se ha desplazado a las posiciones del otro. Las posiciones asumidas por Gutiérrez en los últimos años, la lucha intransigente contra la izquierda aparecida en su propio partido, la conspiración sin tregua al lado del gorilismo, demuestran que FSB sigue siendo la expresión política de la reacción. Es el MNR el que se ha desplazado hacia las posiciones falangistas. Paz retornó al país como una de las cartas más seguras del Departamento de Estado de los EE. UU. y es este hecho

el que le obligó a aproximarse y pactar con barrientistas y falangistas. Paz es, ahora, un conspicuo exponente de la contrarrevolución. Tiene como caballito de batalla el nacionalismo revolucionario, totalmente superado por el desarrollo de los acontecimientos bolivianos, por la radicalización de las masas y por la evolución de la conciencia de clase del proletariado. Este nacionalismo, que en 1952 podía aparecer como revolucionario y despertar muchas ilusiones en las masas, se presenta ahora como inconfundiblemente reaccionario.

Paz tiene plena conciencia que las masas están convencidas de que ha traicionado su vieja prédica y se ha convertido en un derechista, por eso pone tanto énfasis en recalcar que su nacionalismo es de izquierda.

Seguramente el jefe movimientista soñaba con volver a la Presidencia en próximas elecciones y tal vez este problema fue materia del frente golpista. Sin embargo, Banzer dijo, desde el primer día, que sería prematuro hablar de elecciones. También expresó que no tiene plazo fijado para permanecer en el poder por el momento, ya que "primero debo atender mis obligaciones con el pueblo como gobernante" ("Ultima Hora", 24 de agosto). Al mismo tiempo dijo no existir ningún pronunciamiento de la guarnición paceña exigiendo elecciones para mayo de 1972, aunque hay pruebas evidentes de ser cierto el acuerdo adoptado por medio millar de oficiales del ejército en ese sentido.

Se repitió lo ya ocurrido en diciembre de 1964. Los políticos profesionales estaban seguros que los generales victoriosos les entregarían el poder fácilmente, ya sabemos que las cosas ocurrieron y ocurrirán de otra manera.

Gutiérrez y sus amigos movimientistas hablaron de pacificar el país y de que cesen las persecuciones, inmediatamente los militares (verdaderos amos de la situación) anunciaron la destrucción de todos los izquierdistas.

Así quedó planteada la batalla entre la revolución y la contrarrevolución.

En Santa Cruz fue dictado el Decreto que creaba el triunvirato militar que debía sustituir al Presidente Torres (Jaime Florentino Mendieta, Hugo Banzer S. y Andrés Selich), que, sin embargo, no tuvo vida más que en el papel. El 22 de agosto de 1971 juró ante sí mismo el nuevo Presidente Hugo Banzer Suárez y seguidamente los ministros recolectados entre la militancia del MNR y FSB, que juntamente con el gorilismo habían formado el llamado Frente Popular Nacionalista.

Muy pocos han parado mientes en que solo uno de los triunviros ha llegado hasta el Palacio Quemado, los otros fueron destinados a puestos secundarios. Entre ellos no sólo habían intereses personales encontrados, por encima del principio de que el soldado debe limitarse a obedecer las órdenes de sus superiores jerárquicos, sino también diferencias de matiz sobre la política fascista a seguirse.

Desde el primer día se hicieron perceptibles profundas fisuras en las cumbres gubernamentales. Banzer debutó como la figura central, pero ya habían fuerzas que actuaban por encima de su voluntad. El Ministro del Interior Selich fue uno de los mayores resentidos por su desplazamiento de la primera Magistratura. Exigió y logró tener carta blanca en la tarea de barrer con toda la izquierda, dijo con firmeza que él sabría cómo hacerlo. Se llegó al extremo de que algunos allegados del mismo Presidente tuvieran que soportar las consecuencias de la represión. Selich se presentó como el hombre malo del régimen, sabía que esto era así y parecía no inquietarse por ello. Después de arreglar cuentas con la oposición dirigió sus fuegos contra el mismo Banzer, pero fue vencido por sectores castrenses y las ambiciones de los partidos políticos que actualmente sirven al fascismo.

GOBIERNO Y FRENTE POPULAR NACIONALISTA

El jefe movimientista ha argumentado que su alianza con FSB y también con los barrientistas era necesaria

para tomar por lo menos parte del poder. Su primera actitud fue la de poner en pie su maltrecho partido, que desde entonces despertó interés en amplios círculos de la clase media. Se descartaba su relativo crecimiento numérico (la prensa informó que en Oruro en pocas horas se inscribieron 1.500 en los registros movimientistas), pero ya no podrá volver a ser la organización polarizadora de la clase obrera. Inclusive en la pequeña burguesía politizada, el MNR genera poderosas resistencias. Las llamadas células movimientistas no han podido neutralizar a las capas radicalizadas del magisterio y de los estudiantes universitarios y de educación media. Con todo, para el MNR es un problema de vida o muerte demostrar que es un partido multitudinario, conforme viene pregonando todos los días su jefe, en caso contrario éste resultará un caudillo fantasma.

FSB tiene menos posibilidades que el MNR de realizar maniobras tendientes a presentarse como un partido de grandes masas, confía más en su organización, en su retorno a su época de grupo de choque al servicio de la reacción. En último término, Gutiérrez parece cifrar todas sus esperanzas en la lealtad de Paz, lo que significaría que aquel señor ha olvidado las enseñanzas de la historia. Las tradiciones falangistas permiten esperar que, en determinadas condiciones, podrían actuar de acuerdo con los gorilas contra sus aliados de hoy.

Los movimientistas, más que los falangistas, estaban seguros que les sería sumamente fácil deshacerse de los coroneles y generales utilizando la maniobra de las elecciones, el camino les pareció sumamente sencillo después de que la guarnición de La Paz hizo una solicitud en ese sentido. Es verdad que la corriente institucionalista de la oficialidad vería con simpatía el repliegue de los militares a sus cuarteles. Sin embargo, una cosa muy distinta son los planes y las ambiciones de los gorilas.

Los militares tienen plena conciencia, como vienen demostrando todos sus actos, que el contubernio bautiza-

do con el pomposo nombre de Frente Popular Nacionalista es algo sumamente precario y preparan activamente las condiciones que les permita capitalizar su desintegración, para sustituirlo con otro frente o partido nacionalistas. Ellos buscan estructurar un gobierno fuerte que les permita permanecer mucho tiempo en el poder. Para alcanzar este objetivo no tienen más remedio que poner en pie su propia organización política. Los generales y coroneles siguen su propio camino, importándoles muy poco las opiniones de los jefes del MNR y FSB. Algo más, hacen muchas cosas con la exclusiva finalidad de diferenciarse políticamente de sus obligados aliados y que no pueden menos que molestar a éstos y hacerles perder popularidad (homenajes a Barrientos, apresamientos y atropellos, ocupación de la universidad, etc.). El MNR y FSB no tienen más remedio que ajustarse a la línea fijada por el gorilismo si desean permanecer cerca al Palacio de Gobierno en espera de que se produzca el milagro de la vacancia de la silla presidencial.

El gorilismo cuenta ya con su propio aparato político y trabaja afanosamente para ensancharlo. Han tomado el control de la burocracia sindical campesina (tienen su propia Confederación) y no dejarán que nadie ingrese al agro, ni siquiera sus aliados. La alineación de los barrientistas junto a los gorilas puede tornar muy difícil la situación del MNR y de FSB, desesperados pretendientes al control total del poder.

Mucha de la gente que se aproximó al MNR y FSB está sumamente desilusionada porque no lograron beneficiarse con ningún cargo público. Víctor Paz tuvo que explicar crudamente, o mejor brutalmente, la imposibilidad material de satisfacer a todos sus allegados.

Víctor Paz, en un largo documento fechado en Lima en el mes de agosto de 1971, pretende justificar "teóricamente" su alianza con los gorilas y con FSB. Por extraño que parezca, esa argumentación constituye el basamento político del golpe contrarrevolucionario que el

21 de agosto ha capturado el poder, pretendiendo cerrar el paso a las masas radicalizadas y dirigidas por el proletariado. Muchos dirán que el Paz que suscribe la declaración que comentamos no es el Paz de 1952, que tronaba contra el imperialismo y que no tuvo más que dictar algunas medidas radicales no previstas en el programa del MNR. Nosotros creemos que el movimientismo tradicional y Víctor Paz como su expresión más elevada, siguen siendo los mismos, lo que no desmiente que bajo la presión del indiscutido poderío de las masas hubiese entonces dicho y hecho cosas de las que ahora reniegan.

Lo que se ha transformado profundamente es la correlación de las fuerzas internas de la revolución. La profunda diferencia con 1952 radica en el alto nivel alcanzado ahora por el proceso político, es este hecho el que nos permite considerar en sus verdaderas dimensiones el tradicional pensamiento movimientista. El nacionalismo revolucionario resulta ahora francamente reaccionario. En 1952 sus promesas arrastraron a la mayoría nacional; ahora chocan con la perspectiva del socialismo, única finalidad estratégica capaz de movilizar a los bolivianos. En 1952 los explotados veían en el MNR a su propio partido y le atribuían sus aspiraciones más profundas, es por esto que Paz tuvo que usar la demagogia para complacerlos; hoy buscan, por todos los medios, estructurar su propio gobierno. El MNR reubicado en sus viejas posturas se encamina naturalmente hacia las posiciones falangistas.

Paz sueña con retomar el hilo que fue roto en 1964 y de un modo definitivo, esto porque las mayorías nacionales se han colocado políticamente mucho más a la izquierda que el más izquierdista del MNR. Retornar al esquema que regía durante la segunda presidencia de Paz sería nada menos que un franco retroceso histórico, esto es contrarrevolucionario. La actual situación no puede quedar como está, necesariamente las fuerzas progresistas sabrán encontrar una salida verdaderamente de izquierda.

El jefe movimientista, en su vano empeño de borrar el criterio predominante en sentido de que se ha entregado maniatado al gorilismo y a FSB, a fin de saciar sus apetitos personales, desarrolla la tesis de que el nacionalismo revolucionario es un tránsito hacia el socialismo y que para llegar a esta etapa debe previamente cumplirse el objetivo de superación del atraso del país (es decir, liquidar las tareas democráticas); se trata, como se ve, de actualizar la teoría stalinista de la revolución democrático-burguesa, que ha sido totalmente sepultada por la historia. Es fácil hablar de socialismo para un futuro indeterminado y ahora empecinarse en salvar la propiedad privada y el sometimiento al imperialismo. Si se sostiene que previamente debe cumplirse la etapa democrática de manera total, es claro, como demuestra la experiencia movimientista de doce años, que aquella seguirá empantanada y que no será posible formular y realizar el socialismo. Por este camino se vuelve a abrir la posibilidad de los golpes fascistas. Hemos tenido un 21 de agosto porque la clase obrera no ha podido aun, por muchas razones, llegar al poder. La formulación de Paz es estrictamente antisocialista, es decir, reaccionaria.

El teórico del MNR lamenta que el Comando Político hubiese expulsado de su seno a dicha organización. Lo que acaba de suceder pone en evidencia que el Comando Político no se equivocó al caracterizar al MNR del Pacto de Lima como fuerza reaccionaria.

Un proceso de profundas transformaciones estructurales no puede menos que violentar el derecho de propiedad privada, el que ahora protesta porque esto ocurra ha olvidado que la revolución de 1952 marchó exactamente por ese camino y los excesos contra los propietarios fueron mayores.

La desgracia del MNR radica en ser policlasista, porque esto permite que los proletarios y los sectores mayormente explotados sean dirigidos por la pequeña burgue-

sía reformista y timorata —fielmente expresada en el pensamiento ecléctico y titubeante del Dr. Paz— hacia posiciones contrarrevolucionarias. Nunca hemos dejado de reconocer que la revolución en nuestro país, de la cual el anti-imperialismo es uno de los objetivos fundamentales, no podrá menos que ser nacional y englobar a las clases oprimidas, pero para vencer necesariamente tendrá que someterse a la dirección política del proletariado, lo que abre la perspectiva de que se transforme en socialista.

Es la historia la que ha agotado las posibilidades del nacionalismo revolucionario. El Dr. Paz da vuelta al calcetín y tiene la ocurrencia de sostener que sigue en vigencia porque a él no le dejaron concluir su período presidencial, que se distinguió por su indiscutible entreguismo y por su conducta marcadamente antiobrera.

Ha llegado el momento de hacerse simpático ante los generales, por eso el MNR promete construir un Estado fuerte, consigna repetida por FSB desde hace decenios, de establecer el orden y un régimen de mayor trabajo y disciplina. Ya Barrientos demostró que así se llega al empleo de los métodos fascistas de gobierno.

El gobierno militar fascista (con propiedad se llama militar, porque en su seno la fuerza decisiva es el ejército, que tiene en su poder las armas y los ministros civiles, políticos o independientes, no son más que adornos, obligados a danzar de acuerdo al ritmo que toquen los generales y coroneles) debutó mostrando notables fisuras en su estructura.

El pacto entre el MNR y FSB es un pacto entre viejos bandidos y cada uno de ellos hará lo indecible para lograr que su actual aliado sea desplazado del poder. Con todo, algunos dirigentes del MNR, y seguramente también de FSB, esperan que juntos podrían librarse en las próximas elecciones de los militares. Este último plan sólo podría cumplirse a largo plazo. Hay problemas urgentes que obligarán a considerar las cosas desde otro punto de vista.

Casi toda la militancia movimientista y falangista tiene una tremenda sed de ganar dinero fácilmente y por esto busca ubicarse en los casilleros del presupuesto nacional, obligadamente no muy numerosos en un país empobrecido como Bolivia. Los actuales empleados públicos y los maestros presionan para que sea respetada la inamovilidad funcionaria y el Presidente Banzer y algunos ministros ya se han pronunciado positivamente al respecto. No queda pues más salida que cada partido civil procure monopolizar algunos cargos que pueden ser ofrecidos a la militancia y para esto hay que eliminar o neutralizar a los opositores.

Por su lado, el equipo castrense, en que existen muchos ambiciosos que no ocultan su decisión de permanecer agazapados hasta tanto se presente la oportunidad que les permita asaltar la silla presidencial, están montando rápidamente su propio aparato que le puede permitir en breve plazo despedir al MNR y FSB como intrusos indeseables. El ejército controla los puestos claves de los Ministerios del Interior, Defensa y Comibol (pesan decisivamente en el presupuesto de gastos estatales) y también colocan a sus incondicionales en el Ministerio de Asuntos Campesinos, a fin de poder manejar a su antojo a la enorme masa campesina, por lo menos nominalmente. Prácticamente ha sido reconstituida la vieja Confederación, con Alarcón a la cabeza, y desconocidos los acuerdos y organismos salidos del último congreso de Potosí. Banzer es ya el "Líder Campesino" de turno.

Lo más probable es que a breve plazo los generales despidan a uno de los sectores civiles que actualmente les prestan incondicional apoyo, esto con la cooperación del otro partido. ¿El MNR o FSB será la primera víctima? Esto lo dirán los próximos acontecimientos.

Muchos piensan que los militares están prácticamente retirándose de la política y razonan así porque sólo tienen tres o cuatro ministerios. Para llegar a esta conclusión se olvidan las declaraciones categóricas del coro-

nel Banzer en sentido de que ellos todavía no saben hasta cuando se quedarán en el Palacio de Gobierno. Dentro del actual gabinete, el Presidente podrá siempre imponer su voluntad porque cuenta con el apoyo incondicional de los llamados "ministros independientes" y que son más reaccionarios que el resto de sus colegas.

El MNR ha sufrido ya fuertes golpes debido a su ingreso al gobierno. La actuación brutal de los militares les hará perder popularidad. A raíz de los vergonzosos acontecimientos de la universidad, varios connotados movimientistas (Alvarez Plata, Fellman V., Ñuflo Chávez, Luis Peláez Rioja), le pidieron a Paz que el MNR abandone el gobierno.

PRIMEROS AVANCES DEL FASCISMO

El Decreto de 7 de septiembre de 1971 puso en vigencia la Constitución Política del Estado de 1967 (ya anteriormente se había pronunciado en ese sentido el Presidente Banzer), en la medida en que no violenta el espíritu de la "revolución de 21 de agosto". Nadie ignora que la Constitución constituye la viga maestra de un ordenamiento jurídico, marco del cual no pueden, al menos teóricamente, salir los gobernantes. Aprobar la vigencia de una Constitución de manera condicionada, limitada por las interpretaciones que de ella hagan los dictadores, importa, en los hechos, declarar que la única ley en el país será la voluntad del dueño del Palacio de Gobierno. Este es el rasgo de un régimen dictatorial, que cuando está al servicio de la reacción y el imperialismo y se orienta a destruir físicamente las organizaciones sindicales, populares y revolucionarias, se llama fascismo.

Durante los días 6 y 7 de septiembre se conoció la noticia de que las sedes de los sindicatos y federaciones de maestros en Oruro y La Paz, ocupadas militarmente, inmediatamente después de los acontecimientos del 21 de

agosto, fueron “devueltas” a grupos de maestros llamados “demócratas”, que se declararon incondicionalmente servidores del oficialismo. Este paso, arbitrario desde cualquier punto de vista, marcó claramente los primeros pasos del avance del fascismo. Su marcha se veía entorpecida por la terca resistencia ofrecida, de manera abierta o no, por las bases y las organizaciones de la clase media (maestros y estudiantes; en Sucre se declaró huelga general en protesta por las medidas adoptadas por el gobierno).

De un plumazo fueron desconocidas las organizaciones sindicales de los maestros y en su lugar los “demócratas” constituyeron comités provisionales que pugnan por funcionar como direcciones regionales. Es evidente que estos señores (ya convertidos en autoridades del Ministerio de Educación) no lograron constituirse en una genuina dirección sindical debido al repudio de los elementos de base; se trataba de gente demasiado conocida como traficante y sirviente de todos los gobiernos (se publicó un comunicado de la Federación Departamental de Maestros Urbanos en este sentido). Los usurpadores “demócratas” actuaron gracias al apoyo directo que les prestó el oficialismo. Por otro lado, algunos de los genuinos dirigentes del magisterio fueron eliminados del escenario como consecuencia de su apresamiento y envío a zonas de confinamiento. Para el gobierno no cuenta para nada la voluntad del grueso de los sindicalizados, únicamente cuentan sus necesidades inmediatas.

Si las autoridades hubiesen podido habrían actuado en la misma forma dentro de los sindicatos obreros y si no han pasado al ataque es porque son conscientes de que la resistencia en estos sectores será mucho más violenta y militante. Con todo, se puede estar seguro que inmediatamente que se arreglen las cuentas con la pequeña burguesía, el fascismo arremeterá contra los trabajadores y sus organizaciones.

Los hechos anotados muestran el perfil inconfundiblemente fascista del actual gobierno militar y denun-

cian la manera cómo actuará en el futuro para aplastar, si es que puede, a la clase obrera. La respuesta no puede ser otra que unir a los explotados en general (clase media y obreros) alrededor de la defensa de las garantías democráticas, por muy pequeñas que éstas sean, con miras a poner atajo a la marcha del fascismo. Por este camino, en determinado momento del proceso, las masas se verán colocadas ante la necesidad de enfrentar al gobierno y plantearse objetivos más ambisiosos que los puramente democráticos.

El gobierno militar debuta en medio de una tremenda impopularidad y la resistencia de las mayorías nacionales, esa resistencia es unas veces activa y otras pasiva, actitud de simple expectativa. Las noveles autoridades parecían ciegas, dando bastonazos a diestra y siniestra; sin embargo, las circunstancias les obligaron a adoptar una táctica visible a simple vista: no atacar frontalmente, por lo menos en el comienzo, a los sectores proletarios que son los más fuertes (menudearon declaraciones en sentido de que no entrarían tropas en los campamentos mineros, que se respetarían la inamovilidad de los trabajadores y el fuero sindical, exceptuando a los comprometidos en los últimos sucesos, etc.) e inicialmente batir a las organizaciones de la clase media (universitarios, maestros, etc.), bajo la acusación de tratarse de nidos castristas. Lo que tiene que comprenderse con toda claridad es el fracaso de ésta primera etapa de la arremetida fascista, el no cumplimiento del primer objetivo impidió que se lanzara impetuosamente a destroz ar todas las organizaciones obreras y populares. Con todo, queda en pie el plan fascista del gorilismo.

Las universidades han sido militarmente ocupadas y, en los hechos, ha sido desconocida la autonomía universitaria (autogobierno y manejo independiente de los recursos económicos).

Mediante Decreto-Ley de 4 de septiembre de 1971, el gobierno militar suspendió las labores universitarias has-

ta fines de febrero de 1972 y en los hechos canceló la autonomía universitaria. Se trata, ni duda cabe, de una medida extrema y sumamente delicada para el porvenir del propio oficialismo y del movimiento revolucionario. La universidad se convirtió en los últimos tiempos en un centro de belicosa resistencia a la reacción y al propio nacionalismo pequeño-burgués. Una y otra vez se ha pretendido cancelar la autonomía universitaria, a fin de convertir a las casas superiores de estudio en instrumentos dóciles al servicio incondicional de los gobiernos de turno. Tampoco han faltado los proyectos y maniobras tendientes a controlar, de manera directa o no, al movimiento universitario. La radicalización de las masas trabajadoras y su politización se reflejaron directamente en los medios estudiantiles, cuya consecuencia ha sido, precisamente, la movilización de los núcleos intelectuales de la pequeña burguesía detrás del proletariado y la adopción por aquellos de la estrategia revolucionaria de la clase obrera. La lucha a muerte entre las tendencias revolucionarias y contrarrevolucionarias, es decir, entre la clase obrera, convertida en caudillo de toda la nación, y el fascismo, adquirió su expresión más elevada en la acentuación de la postura radical del estudiantado o en su destrucción. Algo más, los planes fascistas de destrucción de las organizaciones obreras y populares sólo podían funcionar si, previamente, se ajustaban las cuentas con las ciudades, vale decir, con el movimiento estudiantil.

En uno de los considerandos del mencionado Decreto se dice que el objetivo del gobierno no es otro que retornar a los sanos principios de la autonomía universitaria, que no puede más que entenderse como el autogobierno de profesores y estudiantes y el manejo propio de los recursos económicos, al margen de toda influencia foránea. En plena vigencia de la Constitución Política de 1967 (en cuyo texto se incluye el régimen de la autonomía como principio constitucional), la suspensión de clases, el despido de catedráticos y altos funcionarios, la fijación

de fechas de exámenes al margen de los organismos tradicionales de la universidad, la constitución de una comisión para consumir la llamada reforma de las universidades, etc., no son otra cosa que una virtual cancelación de la autonomía, rasgo común de los gobiernos castrenses aparecidos últimamente en varios países latinoamericanos. La autonomía sólo puede servir si ésta está en manos de sectores revolucionarios y puede convertir a la universidad en un canal de movilización contra el régimen enemigo del pueblo y sirviente del imperialismo. Esto explica por qué la lucha por la defensa de la autonomía es parte integrante de la lucha revolucionaria en su conjunto. No es necesario repetir que la autonomía no puede ser considerada como un principio eterno e intangible, está condicionada por la lucha de clases y sus proyecciones dependen de quién la maneja. En 1971, la defensa de la autonomía se convirtió en un elemental deber de los revolucionarios y su destrucción en algo inseparable de la conducta contrarrevolucionaria y fascista.

No se trata simplemente de un atentado contra la autonomía (una reivindicación democrático-burguesa), sino de la destrucción física de la resistencia universitaria, parte integrante de la lucha revolucionaria por el socialismo (lo que supone el gobierno propio de los obreros). En esta medida en un paso típicamente fascista. Salta a la vista la evidencia de que este golpe no se detendrá en los muros de la universidad, sino que servirá de peldaño para el futuro ataque a fondo contra el movimiento obrero y sus organizaciones.

Constituye un deber elemental la lucha por la defensa de la autonomía, es decir, de una garantía democrática, que es parte integrante de la lucha revolucionaria. En esta forma se defiende la integridad de las organizaciones obreras y revolucionarias. Esta defensa puede adquirir las formas más diversas, según las circunstancias políticas concretas.

Los partidos políticos que sustentan al gobierno (FSB y MNR) sufrirán las consecuencias negativas de es-

ta medida. Estas organizaciones no sólo se verán mella-da su popularidad, sino que incluso tendrán que afron-tar oposiciones internas. La avanzada universitaria del MNR se ha apresurado en rechazar la medida a la que ca-lifica de francamente fascista.

La decisión de arrancar de cuajo todo brote opositor, todo afán de resistir a las cavernarias medidas guberna-mentales ha sido brutalmente anunciada. El desconoci-miento de las garantías democráticas perjudica a las orga-nizaciones obreras y revolucionarias y es claro que ellas pueden seguir vigentes para los capitalistas y para los lacayos del imperialismo, no importando que éstos se ti-tulen "izquierdistas". Banzer puede permitir que los stalinistas le hagan legal y leal oposición, esto porque su misión fundamental es luchar contra la insurgencia popular y obrera, aquí no habrá tregua ni cuartel. "En el país existe absoluta libertad para que todos puedan expresar sus ideas, pero no habrá garantías para aque-llos anarquistas (antes eran llamados extremistas) que tratan de alterar el orden, la paz y el trabajo. Esos serán perseguidos y apresados", tales las palabras del Presi-dente Banzer expresadas a los periodistas ("Hoy", La Paz, 3 de septiembre de 1971). Acotó más adelante: "Si el Partido Comunista desarrolla su actividad dentro de su línea política, sin anarquizar y sin producir caos, no te-nemos por qué perseguirlo ni privarle del juego político al que tiene derecho". La alta dirección "comunista" pudo tomar en serio el ofrecimiento de Banzer y esme-rarse en satisfacer sus exigencias, pero sus militantes obreros han sido y continuarán siendo despiadadamente perseguidos.

Las autoridades políticas del interior del país (pre-fectos) se esfuercen por emular a Banzer en la sangui-naria represión al pueblo boliviano, y en este terreno hay una verdadera carrera por ganar méritos y en la que están comprometidos militantes de FSB y del MNR.

Trascribimos lo que dijo el Prefecto de Sucre Gastón Moreira Ostria: "Mi labor funcionaria estará enmarcada

dentro de la Ley y el respeto por todos los derechos humanos, pero advierto con energía que no permitiré so pretexto alguno brotes de anarquía y de caos que traten de sembrar la desunión de los chuquisaqueños" ("Presencia", 14 de septiembre).

El Prefecto de Santa Cruz, la zona brava y muy convulsionada del país, ha dicho públicamente que los izquierdistas no deben tener ni siquiera derecho a ganarse honradamente el pan de cada día: "El Prefecto del Departamento, Gustavo Melgar, advirtió que no permitirá el retorno a sus labores de aquellos trabajadores radialistas y periodistas que estuvieron detenidos durante los últimos sucesos políticos, sindicados de realizar actividades extremistas". En la nota suscrita por dicha autoridad y enviada a la Asociación Boliviana de Radiodifusión se lee: "En nuestra revolución hubieron vencedores y vencidos. Respeto a las ideas de los vencidos pero no estoy dispuesto a permitir que éstos tengan cabida en fuentes de trabajo que en corto o largo plazo serán utilizados como instrumento de ideas vinculadas con la violencia, el caos y la anarquía". Seguidamente el tremendo ukase: "Prohibo terminantemente la reconstrucción de estos elementos" ("Presencia", La Paz, 19 de septiembre).

Los fascistas están seguros que los tiempos de un ejército politizado y deliberante han pasado para siempre. Hay claros indicios que se tomarán medidas radicales para acabar con los brotes izquierdizantes. En el futuro se evitará toda posibilidad de que vuelva a repetirse el caso de clases y suboficiales haciendo protestas de adhesión a la causa popular, cómo ocurrió en vísperas de la caída del general Torres. "El Diario" de fecha 18 de septiembre anunció, a cuatro columnas, que el general Banzer había ordenado la inmediata reestructuración del ejército, medida que tenía la finalidad de imponer la despolitización de los elementos castrenses. Ningún miembro del ejército podía pertenecer o militar en partido político al-

guno, era suficiente y por demás que respaldase fielmente al dueño del Palacio de Gobierno.

Todo lo anterior muestra el rostro de un régimen totalitario de extrema derecha, que no permite el resquicio por donde pueda aflorar el pensamiento libre o la oposición y si este aparece se vuelca sobre él todo el aparato represivo hasta destruirlo completamente. Eso es lo que ha ocurrido con el magisterio y los estudiantes. Cuando se comprobó la existencia de posibilidades de que éstos pasarían a la protesta y acaso a ganar las calles, se procedió simplemente a clausurar el año escolar, faltando un poco más de un mes para la fecha de exámenes conforme a calendario.

Los golpistas debutaron en Santa Cruz fusilando a ocho universitarios, ordenado por el coronel Selich. A mediados del mes de septiembre de 1971, portavoces del Ministerio del Interior hicieron saber que habían perdido la vida más de treinta presuntos guerrilleros en batallas que dicen haberse desarrollado en la selva oriental. Los observadores más moderados sospechan que se trata de otros tantos fusilamientos sobre quienes pesasen sospecha de estar comprometidos con las organizaciones izquierdistas. En La Paz y en todo el país corre el insistente rumor de que en el local universitario y el cerro Laika-Cota fueron pasados por las armas varias decenas de estudiantes. En fin, podrían enumerarse hasta el cansancio ejemplos similares. Ni duda cabe que el fascismo está en marcha y que su pezuñas ya están tintas en sangre boliviana.

Banzer ha retornado a los tiempos de Barrientos, en los que el crimen político era uno de los métodos de gobierno. El ultimar a los adversarios políticos de manera sistemática no es una creación de la maldad y picardía criollas, se trata de un método importado juntamente con la CIA, para esta organización, no deben haber prisioneros que sean motivo de agitación popular y que tarde o temprano pueden recobrar su libertad, deben

haber únicamente cadáveres, mudos testigos de la bestialidad yanqui.

Las organizaciones revolucionarias libran una tenaz y heroica lucha clandestina y los sindicatos pueden verse obligados a recurrir al mismo método.

Los trotskystas soportamos la bestial arremetida de la misma manera que lo hicimos en el pasado, con toda fidelidad a nuestro programa, al proletariado y al pueblo boliviano. Seguramente se añadirán más mártires a los muchos que ya ostenta el Partido Obrero Revolucionario. Otros engrosarán a la legión formada por Agenor Alfaro, Sánchez, César Lora, Isaac Camacho, J. Carlos Thompson, Alberto Pérez, Julio Toranzo, Ricardo Troncoso, etc. Seguiremos luchando seguros de que la victoria será de la clase obrera, de nosotros.

El movimiento campesino estaba comenzando, antes del 21 de agosto de 1971, a dar los primeros pasos en el camino de la radicalización. Ciertamente que los progresos de su desburocratización eran veloces y el viejo mecanismo sindical montado por los anteriores gobiernos, con vistas a controlar desde arriba a los campesinos, se venía hundiendo a grandes pasos. Todo esto se demuestra por los resultados y naturaleza del último congreso campesino de Potosí, que reunió a más de medio millar de delegados, muchos de los cuales eran conocidos caciques. Como se sabe, no se pudo mantener en pie el pacto militar campesino y se aprobó un pronunciamiento en sentido de que los explotados del agro no podían menos que marchar hacia la unidad con los explotados de las ciudades y particularmente con los obreros. Tampoco se pudo dejar de acordar el enviar una genuina representación campesina al seno de la Asamblea Popular. Asesores habilidosos del ex-Presidente Torres aconsejaron aprobar una tesis política radical, anunciando la inminencia de una revolución india pura, al margen y hasta contra el proletariado. El oficialismo al verse perdido no tuvo más remedio que echar mano a este peligroso expediente.

En este estado de cosas sorprendió al movimiento campesino el golpe contrarrevolucionario fascista. Y por esto mismo tuvo tremendas consecuencias negativas en este plano. Cosa diferente ha ocurrido en los medios de la pequeña burguesía y del proletariado, donde la resistencia a las medidas totalitarias y reaccionarias sigue en pie y el gobierno está muy lejos de haber controlado totalmente la situación.

En el agro el golpe fascista ha podido, por lo menos temporalmente, contener el proceso de radicalización. La lucha antiburocrática se ha paralizado. Las viejas organizaciones estructuradas bajo el barrientismo han vuelto a ponerse en pie y enarbolan la bandera del anticomunismo. Las agrupaciones nacidas al calor de la radicalización han desaparecido fácilmente. El desplazamiento hacia la izquierda de los núcleos de base parece haberse paralizado. El manotazo fascista ha sido mortal para un proceso tan incipiente.

La burocracia campesina obedece estrechamente al equipo militar, aunque no escaseen las declaraciones en favor de los partidos que sirven a los gorilas. En el futuro próximo es seguro que la jerarquía castrense (ha vuelto a ponerse en vigencia el pacto militar-campesino) actuará teniendo como punto de apoyo a las confederaciones actualizadas desde arriba y esto le permitirá al Cnl. Banzer maniobrar fácilmente contra el MNR y FSB.

Por ahora puede descontarse la posibilidad de que una franca resistencia al gobierno gorila venga del agro; la tónica será marcada nuevamente por las ciudades, por las organizaciones obreras, estudiantiles y de maestros. El espejismo de que toda la masa campesina se ha unificado alrededor de los gorilas (lo que no es cierto, por el momento el grueso del agro dejará hacer simplemente), puede llenar de desaliento a los escépticos y a aquellos que consideraban a los campesinos como a elementos revolucionarios por excelencia, como a los llamados a encabezar y dirigir la transformación social.

La realidad ha asestado un nuevo rudo golpe al ultrazquierdismo.

LA DESCENTRALIZACION DE LAS EMPRESAS DE COMIBOL

Comibol tiene como uno de sus mayores problemas los costos elevados y la baja producción, consecuencia de la falta de una debida correlación entre los empobrecidos filones de estaño y sus vetustos ingenios, además de la burocratización y otros vicios en la administración. Una y otra vez se ha intentado solucionar estos problemas sin ningún éxito, siendo la mayor tentativa hasta ahora el llamado Plan Triangular, que concluyó entregando la empresa nacionalizada al BID. En muchas oportunidades se ha aconsejado la total descentralización de las empresas de Comibol, lo que llegaría a convertir a ésta en una yuxtaposición de las que fueron en su tiempo empresas privadas. El proyecto ha sido desechado por no ajustarse a una administración moderna, precisamente.

El gorilismo, por boca de Carlos Serrate, Ministro de Minería y dirigente del MNR, ha vuelto a formular como solución a los agudos problemas de la minería (se ha dicho que agoniza por falta de liquidez), la descentralización de las empresas de Comibol. Su planteamiento, según "Presencia", (La Paz, 1.º de septiembre de 1971), sería, en síntesis, el siguiente:

1. "El sistema de descentralización, llamado "Holding", hará posible que las responsabilidades se individualicen, ya que cada empresa tendrá que presentar informes separados sobre su gestión, sobre sus niveles de producción y su situación general para que la opinión pública juzgue si realmente responden al interés social del pueblo".

Si una empresa pierde, cosa que les puede ocurrir a todas por múltiples razones, será fácil cerrarla bajo el

argumento de que "no responde al interés social del pueblo", un slogan que puede servir para todo y hasta contra el pueblo.

La minería es una actividad que no puede menos que planificarse para el logro de objetivos a largo plazo. Sería absurdo saquear simplemente un yacimiento para demostrar ganancias; pues para asegurar su porvenir es preciso realizar preparaciones, prospecciones y resguardo de reservas. Antes de explotar un rico filón es necesario, casi siempre, trabajar algún tiempo a pérdida. En una empresa de las dimensiones de Comibol, los cálculos de ganancias y pérdidas deben hacerse de manera global, lo que puede permitir y facilitar una planificación racional de la actividad minera. Como se sabe, los trabajadores mineros (considerados no como un sindicato, sino como un todo) plantearon la necesidad de la integración de toda la industria minera en Comibol. Se trataba de crear un gran coloso, con una sola dirección centralizada; ahora, se busca atomizar a la empresa nacionalizada. Si se aceptase el criterio infantil de Carlos Serrate, las minas serían empujadas al caos y destruidas por los gerentes empeñados en demostrar que "responden al interés social del pueblo". Parecería que el gorilismo no tiene más plan salvador que proceder al inmediato cierre de las minas marginales (la experiencia y la lógica más elemental enseñan que las empresas hoy marginales dejan de serlo mañana) para obtener ganancias. Cuando a un administrador sólo le preocupa la ganancia del día y no así el porvenir de su empresa, tenemos que concluir que nos encontramos frente a un cretino o a un saqueador.

2. "Con la individualización de las responsabilidades, el país sabrá exactamente cuál empresa se maneja bien y cuál es la que significa una carga para el resto".

Tiene que extrañarnos que Serrate, tan amante del ordenamiento jurídico y la estabilidad de las instituciones, propugne instaurar nada menos que tribunales populares

para sancionar a las empresas que se atrevan a perder. Con este criterio pueril no se puede administrar nada. Resulta elemental que el resultado de las operaciones de Comibol tiene que verse globalmente y calcularse no en un año, sino en cinco o diez. Los tribunales populares estarían bien para que al señor Serrate le den un tirón de orejas y lo envíen a un jardín de infantes.

3. "El capital extranjero que llegue al país para dedicarse a la minería será encaminado hacia las zonas marginales, pero se le dará todas las facilidades para que se desarrolle... Es partidario de las empresas mixtas y espera que este sistema de administración se aplique en el caso del Mutún".

Ya sabemos lo que hará el gobierno gorila, volverá a entregar las riquezas mineralógicas al imperialismo. Las sociedades mixtas, no lo ignora nadie, son la forma moderna de la penetración de capital financiero, interesado en la participación estatal para garantizarse a sí mismo y defenderse de toda amenaza laboral.

4. Con la "descentralización se ha solucionado no sólo el pedido de los trabajadores de Matilde..."

El Sindicato de Trabajadores de la Mina Matilde (Gerardo Hoyos, Secretario General; Guillermo Dalence, Secretario de Relaciones) pidió "añadir a la independencia de contabilidad expresada concretamente en el Decreto de Reversión, la descentralización técnica y administrativa de la Empresa Minera Matilde". Los argumentos esgrimidos son los siguientes: a) que tiene condiciones peculiares de explotación y mecanización; b) que el régimen de contratos, sueldos y salarios es diferente al imperante en el resto de Comibol; c) que están dadas las "condiciones para que la Empresa se autofinancie y muestre las bondades de una administración independiente".

Lo anterior es tomar el rábano por las hojas. Los mineros piden algo para una empresa determinada, invocando sus particularidades, y el Ministro de Minas aplica el pedido a toda Comibol.

EL SUPUESTO BONAPARTISMO DE TORRES

Extraña que algunos ultraizquierdistas hubiesen insistentemente calificado al gobierno Torres como bonapartista. Se trata de la aplicación mecánica de una fórmula con motivos políticos. Los pequeños-burgueses que abandonan las posiciones foquistas sin un previo análisis crítico de sus errores, generalmente se desplazan hasta las posiciones nacionalistas y comienzan a alimentar desmedidas ilusiones acerca de sus posibilidades revolucionarias. En ambos extremos se caracterizan por pasar por alto sobre la voluntad, pensamiento y acción de las masas.

Hemos negado, una y otra vez, el carácter bonapartista de Torres. Volvamos sobre el asunto, pues tiene importancia y justifica nuestra política.

Trotsky ha escrito muchas veces acerca de este problema y nos da los elementos teóricos básicos que pueden permitirnos descubrir si un gobierno es o no bonapartista. En este terreno no es suficiente lanzar generalidades, tienen que hacerse análisis concretos.

Por bonapartismo entendemos —dice Trotsky— un régimen donde la clase económicamente dominante, preparada en los métodos democráticos de gobierno, se encuentra obligada, a fin de salvaguardar lo que posee, a tolerar por encima de ella el dominio incontrolado de un aparato militar y policial, de un “salvador coronado”. Este tipo de regímenes, ya previstos por Marx y Engels, aparecen en los períodos de extrema agudización de la lucha de clases. En los países atrasados, en los que la liberación nacional es uno de los objetivos fundamentales de la lucha revolucionaria, el régimen bonapartista oscila entre el imperialismo y la burguesía nacional o su sustituto pequeño-burgués, que en cierto momento aparece encarnando los intereses de la nación. es por esto que precisa un amplio apoyo de las masas. Villarroel fue un típico gobierno bonapartista.

El mismo Trotsky calificó al gobierno soviético de bonapartista por considerar que se trataba de un "régimen personal", producto de una "viva lucha de clases entre el proletariado y la burguesía"; y porque "con la ayuda del aparato burocrático y policial, el poder de "salvador" y de árbitro de la burocracia (en tanto que casta dirigente) se eleva por encima de la burocracia soviética, reduciéndola a su propia sombra. La función objetiva del "salvador" es la de salvaguardar las nuevas formas de propiedad, usurpando la función política de la clase dominante".

En los países atrasados, una cosa es hablar de la tendencia de los gobiernos nacionalistas a transformarse en bonapartistas y otra muy diferente que se convierta esa tendencia en una realidad. Engels escribió, refiriéndose al período posterior a Bismark, que "todo gobierno actual deviene bonapartista", pero se estaba refiriendo a una tendencia del proceso. "En éste como en otros dominios, la cantidad se transforma en calidad. Pero el arte del pensamiento científico es determinar dónde precisamente la cantidad se transforma en una nueva calidad" (Trotsky).

El régimen torrista, particularmente en los últimos meses, no fue otra cosa que la personificación de la ausencia de un verdadero poder. Las fuerzas en pugna: proletariado y derecha castrense gorila (expresión de los intereses reaccionarios criollos e imperialistas) ignoraban al Presidente de la República y se limitaban a prepararse para el gran encuentro entre ellos. En cierta medida, el régimen Torres nació de la pugna clasista entre las fuerzas sociales señaladas más arriba. Circunstancias particulares determinaron que en cierto momento Torres se presentase como exponente del ejército. Se trataba de un espejismo más que de una realidad, vencedores y vencidos castrenses buscaban convertir al nuevo Presidente en un instrumento capaz de ser manejado discrecionalmente desde más allá del Palacio Quemado. Torres en ningún momen-

to llegó a suplantarse al ejército o a tener en sus manos su total control; más bien, era controlado desde fuera. No pudo colocarse por encima de las fuerzas armadas porque no logró arrastrarlas detrás de sí. La conspiración militar contra el régimen torrista tiene una historia de muchos meses y estaba planteada desde el momento mismo en que los efectivos castrenses lograron unificarse bajo la consigna de expulsar del poder a quien —según ellos— había caído en manos de los comunistas, lo que suponía un grave riesgo para la supervivencia del ejército como institución. Los “institucionalistas” lograron ganarse a los mismos oficiales que pasaban de izquierdistas, pero que eran partidarios de un nacionalismo de izquierda y no de tendencias marxistas que se las suponía interesadas, sobre todas las cosas, en eliminar del escenario a la institución armada. No puede concebirse a un Bonaparte que no sea más que un títere en manos del ejército, lejos de enseñorearse sobre él y convertirlo en su sombra. No puede llamarse Bonaparte a quien fue desplazado del gobierno cuando así lo determinaron generales y coroneles.

Torres, consciente de su debilidad pero no de que su principal enemigo era el ejército (cuando este tema era tratado volvía a aparecer el militar de casta empeñado únicamente en poner a salvo la unidad de su institución, las consideraciones políticas zozobraban en medio de este cúmulo de prejuicios), buscó el apoyo de las masas y no alcanzó su objetivo porque sus planteamientos nacionalistas estaban muy a la derecha de los objetivos formulados por la clase obrera (Tesis Política de la COB y documentos de la Asamblea Popular). Se trataba de un Presidente de la República sin autoridad y retrocediendo constantemente ante el empuje de los explotados y no de un amo indiscutido de las masas. Sería el peor de los equívocos sostener que representaba a la clase obrera y a todos los desposeídos, desde el momento que éstos entraban en constante fricción con el poder central como consecuencia del radicalismo de sus planteamientos (la fricción no se trans-

formó en lucha franca debido a la extrema debilidad del que estaba de paso por el palacio de gobierno). Bien pronto las masas tomaron la iniciativa y pugnaron por utilizar a Torres contra la derecha fascista.

El general Torres (los gobernantes de turno acababan de privarle de rango y grado, cosas de la mezquindad castrense) no llegó siquiera a imprimir los contornos de un régimen personal a su gobierno. Estuvo lejos de ser el caudillo de la hora y aparece hasta desminuido frente a sus más directos colaboradores. Estos últimos conspiraban abiertamente buscando satisfacer su sed de poder y de figuración, y el Comandante en Jefe del Ejército hacía su propio juego, sin preocuparse ninguno de ellos por la suerte del Presidente de la República. La camarilla gobernante no pudo estructurarse en debida forma.

Los sectores nacionales económicamente poderosos, agrupados en las Cámaras de Industria y Comercio y de Minería, no vieron en la espada del general Torres una segura garantía para sus intereses, extremo que les habría obligado a soportar sus discursos incoherentes frente a las manifestaciones populares en las que se ofrecía llegar hasta el límite exigido por el pueblo. Empresarios privados y mineros (en las jornadas de agosto se los vio convertidos en francotiradores) conspiraron abiertamente contra un gobierno débil. Por su parte, el Embajador Siracusa estuvo, desde el primer momento, en las trincheras fascistas, porque comprendió que Torres no era ninguna garantía para la ejecución de los planes norteamericanos y porque le molestaba el slogan que proclamaba el inmediato establecimiento de relaciones diplomáticas con los países del bloque socialista.

Sabemos que la jerarquía castrense conminó a Torres poner atajo al avance del extremismo de los obreros, pero éste, al sentirse extremadamente débil y abandonado por el ejército, no tuvo el suficiente valor de oponerse al funcionamiento de la Asamblea Popular y al proyecto de coadministración obrera mayoritaria en Comibol. Así de-

cretó su caída y desde el exilio ha declarado que el Alto Mando Militar se negó a darle armas para defender su Palacio.

Esta figura, que en momento alguno se elevó hasta convertirse en el salvador del país, fue todo menos un Bonaparte.

¿QUE SUCEDIO EL 21 DE AGOSTO?

Sintetizamos los aspectos políticos sobre el golpe fascista: seguimos dentro del ciclo movimientista pequeño-burgués, iniciado en abril de 1952. Este proceso conoce profundas oscilaciones a derecha e izquierda, va desde las formas pseudo-democráticas hasta las manifestaciones francamente fascistas. La clase obrera se encuentra en el centro mismo de este proceso y le otorga proyecciones insospechadas.

Los gobiernos que se han sucedido a partir de 1952 han protestado, cada uno a su turno, seguir fielmente los principios y las banderas de abril. Esto es mucho más evidente tratándose del gobierno actual. Podría argumentarse que las tendencias nacionalistas se fueron decantando en el calor mismo de los acontecimientos, al extremo de que quedaron en un polo el gorilismo y en el otro los que dicen abrazar el nacionalismo revolucionario. Mas, todos ellos aparecen entremezclados, en sucio contubernio, en el gobierno que nace después del 21 de agosto. Las luchas fraccionales y hasta personales se mueven dentro del estrecho límite del nacionalismo y de las limitaciones clasistas de este movimiento. No constituye ninguna novedad el que ahora digamos que unos y otros acabaron, indefectiblemente, postrados ante el imperialismo. Banzer, Gutiérrez y Paz debutan en el Palacio de Gobierno como la carta segura de los yanquis. Si este trío no sintetizase la tragedia boliviana, sería la expresión cómica de la fusión de los nacionalistas convertidos en reaccionarios con los portavoces delirantes de la rosca y de la reacción ultramontana.

Muchos se esfuerzan por ignorar que el gorilismo nació, creció y se formó en las entrañas del MNR y que ese ejército, reorganizado, entrenado y adoctrinado por los norteamericanos, es criatura del nacionalismo pequeño-burgués, que lleva indeleblemente impresas las huellas clasistas de éste. El fascismo gorila no es extraño al nacionalismo criollo, no le fue impuesto desde el exterior, sino que es el resultado obligado de la continuación de las tendencias derechistas que poderosas se agitaban en el seno de los últimos gobiernos del MNR; la exageración de ese derechismo entreguista y antiobrero ha desembocado en el fascismo. Lo que ayer fue pronóstico, es ahora confirmación de un hecho consumado. Paz cayó víctima de la conspiración de sus generales Ovando y Barrientos; en 1971 ese mismo Paz ronda por los pasillos del Palacio Quemado, porque los gorilas barrientistas se ven obligados a consentir que el envejecido político pasee su desvergüenza cerca de las cumbres del poder.

El golpe militar del 21 de agosto de 1971 es de inconfundible naturaleza fascista (no solamente reaccionaria) y ha tenido un carácter preventivo. Como tantas veces dijimos, la derecha criolla y el imperialismo, que para ejecutar sus planes y materializar sus objetivos no contaban más que con el ejército (el partido político contrarrevolucionario más poderoso y coherente), no podían abandonar el escenario sin lucha y dejar pacientemente que el movimiento obrero avance, paulatina y firmemente, frente a la debilidad e indecisión del gobierno Torres. El verdadero problema para el fascismo no radicaba en derrocar a Torres, sino en aplastar al movimiento obrero y revolucionario, que amenazaba con expulsar al imperialismo y destruir el poderío económico de la reacción. No puede descontarse la posibilidad de que Torres podía haberse asimilado totalmente a los gorilas golpistas; en este caso, se habría convertido en el martillo con el que hubiese sido golpeada la clase obrera y los sectores radicalizados de la clase media. Con todo, las cosas han ocurrido

de otra manera, fue el ejército el que se unificó contra el Presidente Torres, buscando sustituirlo en una operación incruenta. El panorama se modificó totalmente cuando las masas se incorporaron a la lucha en el momento de mayor agudeza del conflicto. En ese instante la lucha verdadera era entre el gorilismo unificado (contrarrevolución) y las masas.

Para los periodistas superficiales todo se reduce a la sustitución de Torres como amo del Palacio Quemado. En verdad, el golpe ha estado dirigido contra la Asamblea Popular, contra la coparticipación obrera mayoritaria en Comibol, contra la estructuración de la universidad única bajo la dirección hegemónica de la clase obrera, contra la perspectiva de estructurar el gobierno propio del proletariado, etc. Es contra esto que se han levantado los gorilas y no contra esa sombra de Presidente de la República que era Torres.

Ni duda cabe que existía una visible diferencia entre los gobiernos Barrientos, Ovando y Torres, como también es diferente éste del régimen Banzer. No pocos izquierdistas machacaron hasta el cansancio con la especie de que todos esos gobiernos eran exactamente iguales y que las concesiones democráticas hechas por Torres, por ejemplo, eran el resultado de acciones de las masas. Habría sido diferente si hubiesen dicho que el retorno a medias a la democracia y los métodos de gobierno fascistas más cínicos obedecían a la necesidad de hacer más viables los planes imperialistas y capitalistas criollos. El choque entre la reacción y los gobiernos nacionalistas de diverso corte se ha producido no bien aquellos demostraron su inoperancia, sobre todo con referencia al movimiento obrero puesto en pie de combate.

No distinguir las diferencias que existen entre un régimen fascista gorila, que utiliza la violencia brutal para destruir las organizaciones sindicales y populares y que convierte en método de gobierno el crimen político (la ultraizquierda podría tener presente que en estos

períodos se fusila a todo elemento de quien se presume que puede conspirar), y un gobierno militar que tolera las actividades sindicales y los movimientos de los partidos de la izquierda marxista, es muestra de una tremenda ceguera política, que no puede menos que conducir, en el mejor de los casos, a la inoperancia y a veces a la derrota. ¿Dónde encontrar la raíz de esta ceguera? En su naturaleza de clase y su subjetivismo, que recurriendo a este último, pretende justificarse como ultraizquierdismo. Los acontecimientos nos han dado una soberbia lección: el golpe nos ha colocado a los revolucionarios en el mismo lado que al general Torres, no había otro camino para poder derrotar al fascismo. De ser cierta la tesis ultraizquierdista, lo correcto habría sido el cruzarse de brazos ante el golpe gorila y esperar pacientemente la sustitución de Torres por el coronel Banzer. El movimiento popular no ha triunfado, pero ha planteado, en el terreno de los hechos, la perspectiva de su futura victoria.

Lo anterior no quiere decir que nos hagamos ilusiones acerca de la capacidad revolucionaria de un gobierno del corte de Torres; contrariamente, hemos sido los que con mayor energía señalamos en su oportunidad sus limitaciones.

El golpe del 21 de agosto no fue un golpe reaccionario cualquiera, sino que tiene contornos inconfundiblemente fascistas. No se trata ni siquiera de que sea más o menos represivo con referencia a otros regímenes, sino de que utiliza la violencia concentrada para destruir físicamente a las organizaciones sindicales, populares y revolucionarias. A partir del primer momento era posible ya señalar su espectacular itinerario al respecto.

Podría argumentarse que las grandes organizaciones sindicales, que son las mineras, no han sido hasta el momento destruidas, excepción hecha de sus confederaciones y federaciones, que encuentran muchos obstáculos para seguir funcionando y que tienen a sus planas mayores en la cárcel, el confinamiento o la clandestinidad. Lo

cierto es que el plan antiobrero del gobierno parte de la eliminación de los focos de resistencia en las ciudades para luego pasar a los centros proletarios de mayor importancia. La pequeña-burguesía, particularmente en sus sectores intelectualizados (universitarios, estudiantes, maestros, periodistas, etc.), ha sido la que inmediatamente ha tenido que soportar la arremetida. Después de este primer episodio y si el gobierno logra la victoria, es evidente que arremeterá contra los sectores de la clase obrera. Es sugestivo que en las ciudades algunos sectores obreros ya conozcan las consecuencias de las medidas represivas.

El régimen fascista ha cancelado virtualmente las garantías democráticas y lo hace con todo vigor.

Desde el Palacio de Gobierno se alienta el divisionismo sindical, se sustituye a las direcciones elegidas en congresos (donde bien o mal se expresa la voluntad de las bases) con pequeñas camarillas que sirven incondicionalmente al oficialismo. Se ha anunciado que se tiene en estudio un nuevo régimen sindical. Todo esto nos permite suponer que bien pronto se harán esfuerzos desesperados para lograr que las organizaciones laborales se integren al aparato estatal. La estatización de los sindicatos, juntamente con la cancelación de la autonomía universitaria y su reordenamiento según los esquemas gorilas, completarían la fisonomía del régimen totalitario fascista.

El golpe contrarrevolucionario triunfante, la cancelación de las garantías democráticas y la descomunal represión desencadenada, nos obligan a señalar como táctica inmediata la defensa intransigente de las garantías democráticas, la defensa de la Constitución, de la vigencia de las leyes, de la autonomía universitaria, de la libertad de prensa irrestricta, el respeto al fuero sindical y al derecho de asociación, etc.

No se trata de que nos hubiésemos convertido en reformistas o demócratas, sino de que para concentrar a las masas y movilizarlas profunda y positivamente no

tenemos más remedio que prestar mucha atención a sus problemas más inmediatos y vitales y esos son, en estos negros días, la defensa de las garantías democráticas.

No hemos dejado de pensar en nuestra finalidad estratégica: la estructuración del Gobierno propio de los obreros, que hará posible la construcción del socialismo, sino que para aproximarnos a esa finalidad no disponemos por ahora de mejor puente que la lucha por la defensa de las garantías democráticas.

C A P I T U L O V I

NUEVAS PERSPECTIVAS: EL FRENTE REVOLUCIONARIO ANTIMPERIALISTA

La situación política:

Como ya se tiene indicado, de las jornadas de agosto de 1971 salió confirmada la estrategia política del proletariado que se plasmó en la Asamblea Popular. Como quiera que no hubo tiempo para que la insurrección llegase a su punto culminante no se produjo el aplastamiento físico de la clase obrera, que se vió obligada a consumir una retirada estratégica.

Con todo, se ha operado una profunda transformación política en el país, que ha motivado la desmoralización y desorganización de los trabajadores. Hasta el momento, el asalto directo a los lugares de trabajo por parte de los efectivos militares está siendo sustituido por los planes encaminados a desconocer la voluntad de las bases obreras y a imponer direcciones sindicales amañadas por el oficialismo. En la actividad de los sindicatos se nota un notable decaimiento y en algunos de ellos, particularmente en las ciudades, los equipos dirigentes democráticamente elegidos han sido sustituidos por camarillas adictas al gorilismo, aunque para ello se tuvo que recurrir, con mucha frecuencia, al encarcelamiento y persecución de los

titulares. No se puede dejar de señalar que en los primeros meses únicamente las grandes organizaciones obreras, particularmente de mineros, pudieron hacer escuchar públicamente su voz, a veces en tono muy airado y protestando por inconsultos apresamientos de trabajadores o por la falta de garantías para el funcionamiento de las confederaciones y federaciones.

Ni siquiera en los momentos de mayor represión pudieron los gorilas imponer silencio a todo lo largo y lo ancho del país y se puede decir que siempre estuvo presente la resistencia pasiva de los sectores populares a los excesos de las autoridades. Después del 21 de agosto, los problemas de la táctica revolucionaria se centran alrededor de la necesidad de convertir esa resistencia pasiva (generalmente expresada en explosiones intermitentes) en activa, de generalizar el descontento, de elevarlo políticamente.

En los primeros momentos pareció que el impresionante número de prisioneros políticos, no pocos de ellos arbitrariamente reclusos, el trato bestial dado en los campos de concentración (1), el fusilamiento de los opositores, etc., daban fortaleza y estabilidad al gobierno. Bien pronto se comprendió que se trataba de una simple ilusión. La protesta por el apresamiento de cientos de ciudadanos (los más hablan de medio millar y algunos hasta han llegado a sostener que se trataría de varios miles) fue ganando a grandes capas de la población, convirtiéndose en un amplio movimiento, pese a haber comenzado como un núcleo de resistencia limitado a los vínculos familiares. Las diversas organizaciones de profesionales, los sindicatos y federaciones e inclusive los campesinos comenzaron a demandar la libertad de los políticos presos casi desde los primeros días que siguieron al 21 de agosto.

(1) El campo de concentración de Alto Madidi, ubicado en la región selvática del norte paceño, fue suprimido después de gestiones realizadas en ese sentido por la jerarquía eclesiástica.

La presión popular y obrera exigiendo la amnistía cobró dimensiones insospechadas poco antes de la Navidad de 1971. La iglesia se pronunció en el mismo sentido y sólo desentonaron algunas instituciones (de ex combatientes, por ejemplo) que, rompiendo la tradición boliviana, osaron oponerse formalmente a que los "comunistas" salieran de las prisiones. Le correspondió a Selich dar la nota pintoresca: estando pacificado el país y eliminados los extremistas —dijo— no correspondía dictarse amnistía de ninguna clase. Con todo, este primer empuje (que políticamente ha tenido una gran significación, por haber demostrado el fracaso del plan gorila de total aplastamiento de los sectores populares de las ciudades) no pudo vencer la terquedad de las autoridades, que en todo momento se empeñaron por poner a salvo el principio de autoridad. En la primera quincena del mes de febrero de 1972, volvió a crecer la ola de protesta contra los indiscriminados y largos apresamientos (el allanamiento de un centro de salud fue preludio de la detención masiva de médicos; pintores y sus modelos fueron trasladados a las celdas policiales). Inesperadamente "El Diario" publicó una carta, fechada en los lugares de presidio y dirigida al mismo Banzer y al Ministro del Interior, demandando inmediata libertad; al pie de la nota aparecieron alrededor de doscientas firmas, entre ellas de diez mujeres. A las pocas horas, las emisoras locales y las agencias noticiosas propalaron la información en sentido de que esos presos políticos se habían declarado en huelga de hambre, a partir de las cero horas del 8 de febrero, exigiendo que cese su encierro. Alrededor de cincuenta familiares, casi todas mujeres, secundaron la medida, después de concentrarse en la iglesia de San Agustín, ubicada en un lugar céntrico de La Paz. Cuando se hizo evidente el peligro de que la violencia gubernamental fuese descargada sobre las huelguistas, las altas cumbres de la iglesia no pudieron menos que salir en defensa de ellas. Merece puntualizarse que por

primera vez, después del 21 de agosto de 1971, una huelga política concentró la atención de todo el país y desencadenó un movimiento de solidaridad internacional; ni duda cabe que se trata del primer paso firme dado en el camino de incorporación de las masas populares a la lucha, de su pérdida de miedo. Las radios interrumpían sus programas para dar informaciones sobre el curso de la huelga y la policía aisló la Iglesia de San Agustín para impedir que la gente del pueblo se acercase a ese foco de agitación. Estas circunstancias demuestran que los explotados marchan a reconquistar la confianza en sí mismos y a perderle el miedo a los usurpadores del poder. Ante la presión poderosa de los huelguistas, el gobierno gorila —lo que es ya sumamente sugestivo— ha libertado a algunos prisioneros y se ha comprometido a solucionar “legalmente” la situación de los que todavía permanecen arrestados. Esto está demostrando la debilidad de un régimen totalitario por esencia. Con todo, lo anterior no quiere decir que no habrán más apresamientos o persecuciones, continuarán la prepotencia y los excesos, pero esta conducta puede, en cierto momento, exacerbar a las masas y obligarlas a volver a ganar las calles.

Hay otras acciones y actitudes que desmienten la tesis oficialista del total y dócil sometimiento de los bolivianos y, particularmente, de los obreros a los dictados del fascismo uniformado. Será suficiente referirse a la generalización de la protesta, que ha abarcado prácticamente a todos los sectores de la población, con motivo de la elevación de las tarifas de consumo de energía eléctrica en la ciudad de La Paz, autorizada mediante Decreto Supremo expreso. Aunque la empresa foránea Bolivian Power fue la que recibió los golpes directos, la repulsa adquirió un carácter marcadamente antigubernamental. Los sindicatos obreros creyeron llegada la oportunidad para recordar al gobierno su obligación de elevar los salarios en la misma proporción del encarecimiento del costo de la vida.

En los centros de trabajo, sobre todo en las minas, se reclama con insistente frecuencia la concesión de garantías para seguir produciendo, el otorgamiento de seguridades para el normal y pacífico funcionamiento de los sindicatos y federaciones, el respeto a la dignidad humana de los obreros y el cumplimiento de las leyes sociales protectoras. A estas modestísimas reivindicaciones se añade la lucha por lograr la confirmación de ciertos bonos, el cese de la hostilidad a algunos "extremistas", que están siendo frecuentemente trasladados a parajes insalubres y donde se gana menos, etc.

No pocos "teóricos" quedan completamente aturcidos al observar esta nueva realidad. Parten del esquema de que la clase obrera sigue una línea uniforme y siempre en ascenso hasta llegar al poder, no alcanzan a comprender que la lucha de clases sigue un curso lleno de altibajos, de avances y retrocesos. El profundo cambio operado en la situación política ha rectificado brutalmente a nuestros izquierdistas: la oposición al gobierno (eso que llamamos resistencia pasiva, para remarcar cual es nuestro punto de partida) se está expresando a través de la lucha alrededor de consignas mínimas, democráticas y de contenido sindical. A los "radicales" esto se les antoja una verdadera capitulación y un cobarde abandono de posiciones que ya fueron conquistadas por las masas. De enero a agosto de 1971 se luchó y se movilizó a los explotados alrededor de la bandera del socialismo; se insiste que debe continuarse en esa línea: seguir lanzando la consigna del gobierno obrero y del socialismo para ser conquistados de inmediato. No se trataría de buscar consignas limitadamente democráticas, sino de poner más énfasis en la proclamación del socialismo como meta del momento. Esta inexplicable postura parece ignorar que en el país se ha operado un cambio político de importancia (sustitución de un gobierno castrense nacionalista de contenido burgués, vale decir, de orientación antimperialista, por uno abiertamente fascista)

o acaso considere que la simple enunciación de una consigna es suficiente para crear las condiciones necesarias para su materialización. El proceder correcto es inverso: las consignas deben corresponder ajustadamente a la situación política imperante en cierto momento. Las voces de orden que sirvieron en ciertas circunstancias resultan inoperantes en otras.

Los hechos están demostrando que las masas no se movilizan, en las actuales condiciones, motorizadas por las reivindicaciones socialistas, sino alrededor de motivaciones democráticas y pequeñas reivindicaciones que tradicionalmente han sido catalogadas como sindicales.

La situación política boliviana se va modificando rápidamente, y a breve plazo puede pasarse de la resistencia pasiva a la activa, que se producirá a medida que los brotes de repulsa al desgobierno gorila se generalicen y, por tanto, adquieran una alta expresión política. En este camino merece citarse la derrota del oficialismo en las elecciones sindicales que han tenido lugar en los centros mineros. El Ministro de Trabajo se trasladó a Siglo XX dentro de una inconfundible campaña electoral, y como respuesta a esta abusiva intromisión, los obreros votaron cerradamente contra los hombres adictos al régimen y dieron la victoria a la izquierda.

No es suficiente decir que la resistencia pasiva se está transformando en activa. Este proceso se cumple en condiciones sumamente difíciles y el mayor obstáculo que encuentra para poder llegar a su punto culminante está constituido por el clima de represión que impera (todos los días el gobierno amenaza con aplicar la pena de muerte a los agitadores), en la falta de garantías democráticas y el plan de destrucción y de control burocrático de las organizaciones sindicales desde arriba. El trabajo político se torna necesariamente conspirativo, que debe ajustarse a las normas de la lucha clandestina. La actividad política comprende, básicamente, a los sectores partidistas y la imposibilidad material para utilizar

los canales democráticos impide que las masas puedan expresarse adecuadamente y designar a sus representantes. La dirección política de los explotados se reduce, necesariamente, a los partidos que se reclaman del programa revolucionario.

NECESIDAD DEL FRENTE REVOLUCIONARIO ANTIMPERIALISTA

La Asamblea Popular fue una particular forma soviética que importó la unidad antimperialista dirigida por la clase obrera. En su corta historia no conoció desviaciones derechistas ni ultraizquierdistas y fue la estrategia del proletariado convertida en organización. El 21 de agosto de 1971 no fue destruida físicamente, la nueva situación política determinó, de manera casi mecánica, su receso; sin embargo, su validez fue ratificada por los acontecimientos en la medida en que se demostró la justeza de la estrategia del proletariado. Estas son las razones por las cuales no podía desaparecer del escenario por un largo período, pero tampoco podía simplemente esperarse su reinstalación desde los primeros momentos del gobierno fascista. Bien pronto se hizo palpable la necesidad de mantener en pie la política de la Asamblea, expresada en los programas políticos de la COB y de aquella misma, pero las nuevas circunstancias le obligaron a adoptar una nueva forma. Los que no perciben el cambio de la situación política pugnan porque se vuelva a convocar a la Asamblea, pero olvidan señalar cómo se procederá, en las condiciones imperantes, para elegir a los delegados de las bases obreras, o cómo será posible reunir a más de doscientos representantes. La Asamblea sin deliberaciones públicas, sin posibilidad de actuar como el polo catalizador de las tendencias revolucionarias, es inconcebible.

La Asamblea aparece en el momento de mayor movilización de las masas, cuando éstas se encaminaban firme-

mente hacia la conquista del poder político. Es esta circunstancia política la que explica su nacimiento, como respuesta a una necesidad histórica, y sus características. La sola constatación de que las masas ya no son, por el momento, dueñas de la calle, debe llevarnos al convencimiento de que la Asamblea no puede existir con los rasgos que tuvo antes de agosto de 1971. También se han modificado los objetivos políticos inmediatos: se trata de poner en pie de combate a las masas (en otro lugar decimos transformar la resistencia pasiva en activa) y no plantearse la conquista del poder de manera inmediata. Es cierto que después de agosto de 1971 se formuló acertadamente la continuación de la línea estratégica de la Asamblea y el mantenimiento de la hegemonía política del proletariado; bien pronto se comprendió que ya no era posible, como ocurrió durante el funcionamiento de la Asamblea, traducir en cifras esa influencia política decisiva. Superando la discusión, la realidad diaria impuso una profunda modificación estructural a la organización que encarnaba esa estrategia. Los observadores superficiales se apresuraron en subrayar que entre la Asamblea y su nueva versión no había absolutamente nada en común. Algo más, se lanzó la especie de que el Frente Revolucionario Antimperialista, la nueva piel dentro de la cual se vio obligada a meterse la estrategia revolucionaria del proletariado, era nada menos que la negación de la Asamblea. La ignorancia y la mala fe se fusionaron en la alegre acusación de que el Frente Revolucionario Antimperialista deliberadamente marginaba al proletariado de su dirección (en los períodos del retroceso momentáneo de las masas y de clandestinidad, el proletariado sólo puede expresarse a través de su vanguardia revolucionaria y no de sus ocasionales direcciones de tipo gremial, como se analiza más adelante).

Después de los acontecimientos del 21 de agosto se planteó ante los revolucionarios y la clase obrera la necesidad de darse organizaciones adecuadas para la lucha

contra el gorilismo en condiciones de clandestinidad. Ese requerimiento justificó y obligó el nacimiento del Frente Revolucionario Antimperialista. Su ideología es la prolongación de la Asamblea, pero su estructura está profundamente definida por las nuevas condiciones políticas imperantes en el país. Criatura legítima de un pueblo sojuzgado por la bota militar, no pudo escoger a voluntad el lugar de nacimiento. Sus primeros pasos son los titubeos de la izquierda en el exilio y mucho tuvo que cuidarse para no pagar caro el complejo que nace en quienes se sienten marginados de la realidad de su país de origen. Procuraremos sintetizar los rasgos diferenciales del FRA y las razones que nos permiten afirmar por qué no es más que una prolongación de la Asamblea Popular.

CARACTERISTICAS

El Frente Revolucionario Antimperialista comprende a toda la gama de la izquierda boliviana, desde las tendencias que en alguna forma entroncan en el nacionalismo, cuyo ciclo se inicia en 1952 y que todavía no ha llegado a su fin (además del PRIN está VALOR y existe la posibilidad de la incorporación de fracciones discidentes del MNR oficialista), hasta las más radicales y los partidos formados a través de los múltiples fraccionamientos del tronco marxista. En este aspecto el FRA muestra diferencias con la Asamblea. Es visible la presencia, entre otras organizaciones, de los grupos movimientistas, del Partido Socialista, del ELN y de los militares antigorilas (FAR). La Asamblea se decidió a eliminar al MNR porque este partido se orientaba francamente hacia la derecha (la dirección pazestenssoria apareció públicamente comprometida con el golpe fascista del general Miranda, en enero de 1971) y acordó severas condiciones para la admisión de nuevos partidos políticos. La Asamblea se consideraba, a justo título, depositaria de la estrategia revolucionaria y veía con desconfianza el llamado a sus puertas de

grupos de dudoso pasado y titubeante programa. La amplitud del FRA se explica porque actúa en condiciones difíciles de represión y porque considera que todos los esfuerzos son buenos cuando se trata de poner en pie de combate al pueblo todo, desde el momento que la movilización masiva no puede ser obra de grupos aislados.

La amplitud deliberada con la que el FRA considera la adhesión de las agrupaciones políticas se complementa con el espíritu frentista que se ha apoderado de éstas. El cambio de actitud de muchos grupos en este nivel no es consecuencia únicamente del llamado lanzado por el FRA, sino de la reacción de aquellos ante la necesidad de estructurar la unidad revolucionaria. La lección del 21 de agosto ha sido, en esta materia, definitiva. En la batalla y en los momentos difíciles ya se selló, sin acuerdo previo alguno, una unidad similar. No hay exageración alguna cuando se sostiene que el FRA ya nació en las jornadas del 21 de agosto de 1971, hecho que no se desmiente porque hubiese llevado corta vida larvaria hasta el momento mismo en que se proclama como dirección de las mayorías del país. La adhesión del ELN al FRA, y esto desde los primeros momentos, es ejemplo aleccionador al respecto. La poderosa tendencia del MNR hacia la capitulación ante la reacción criolla y el imperialismo constituía un obstáculo para la Asamblea cuando se encaminaba a tomar el poder. Para el FRA la aparición de fracciones de izquierda dentro del movimientismo (izquierda que debe ser considerada como movimientista y no como marxista) puede ayudar grandemente en la lucha contra el gobierno gorila y la incorporación de esas fracciones en su seno facilitará la movilización de masas y debilitará en gran medida al oficialismo.

En esta concentración de tendencias diversas el problema de la dirección cobra primerísima importancia. La línea política del proletariado se encuentra presente en el seno del FRA por medio de sus documentos constitutivos y porque parte —según expresa declaración— de la

Tesis Política de la COB y de la experiencia de la Asamblea Popular (quiere decir que asimila las enseñanzas de esa experiencia). Claro que no es suficiente la aprobación de un buen programa para estar seguro que un frente no sufrirá oscilaciones y desviaciones hacia la derecha, que no capitulará ante el imperialismo o que no concluirá en golpes aventureros. Si se diese el caso de que el FRA caiga en manos de una dirección extraña a la clase obrera (ese es el caso del nacionalismo antimperialista de contenido burgués), su programa sería desvirtuado por la acción diaria contraria a la estrategia revolucionaria. La única forma de garantizar la hegemonía proletaria dentro del FRA (se define como frente antimperialista revolucionario, es decir, dirigido por la clase obrera) consiste en que se garantice una dirección que exprese adecuadamente la estrategia de aquella clase. El predominio numérico de las agrupaciones nacionalistas (expresiones de la pequeña-burguesía radicalizada) en la dirección obligaría al FRA a apartarse de la estrategia proletaria. Con todo esto queremos significar que debe cuidarse celosamente que las decisiones políticas queden en manos de los partidos que en sus programas expresan los intereses históricos de la clase obrera. Por mucha amplitud que se observe en materia de nuevas afiliaciones, se tiene que luchar francamente para que la participación nacionalista y pequeño-burguesa sea sólo minoritaria en la dirección del FRA.

Esa amplia unidad que es el FRA aparece sorprendente para el observador por dos razones: 1), se trata de un frente de tendencias revolucionarias dominado por las marxistas (entre éstas nadie sostiene la posibilidad de la pacífica transformación de la sociedad en la que vivimos) y 2), se da alrededor de ideas claramente establecidas sobre las finalidades estratégicas y los métodos de lucha. Suficiente recordar estos antecedentes para comprender su gran significación histórica.

Es notable el método que se ha seguido para lograr la materialización del FRA y es ciertamente opuesto al

que hasta ahora se ha empleado en los trabajos frentistas. Generalmente se procede partiendo del ocultamiento de las diferencias principistas y todo se limita a subrayar las circunstanciales coincidencias de objetivos, casi siempre puramente tácticos. La experiencia enseña que estos frentes son básicamente efímeros y frágiles, que en alguna manera expresan la poca evolución política general del país, de sus masas, y, consiguientemente, de sus partidos políticos. Estos frentes, cimentados en las hipócritas declaraciones unitarias, comienzan por exigir de sus integrantes la renuncia al derecho a la menor crítica y concluyen pulverizados no bien se hacen públicas las discrepancias ideológicas y políticas. La defensa intransigente del derecho a la crítica del pensamiento y conducta de los ocasionales aliados es fundamental para los revolucionarios, porque constituye un recurso que les permite educar a las masas, por medio del desenmascaramiento de sus falsas direcciones. El partido de la clase obrera no puede renunciar a su ambición de ganar para su programa a la mayoría de la clase y sólo puede hacerlo si demuestra que los otros partidos se quiebran o claudican en la lucha antimperialista.

El Frente Revolucionario Anti-imperialista para constituirse ha seguido un camino diverso: se ha procedido a la previa y cuidadosa delimitación de posiciones, de las diferencias políticas e ideológicas de los partidos interesados en integrarse en él. Partiendo de esta encarnizada y radical discusión ha sido posible elaborar una estrategia y métodos de luchas únicos que deben ser aplicados de manera conjunta. Consciente o inconscientemente se ha seguido el consejo de Lenin: para unirnos debemos previamente delimitarnos, saber lo que somos y cuáles son nuestras verdaderas divergencias. En estas condiciones queda a salvo la mutua crítica entre las organizaciones que conforman el FRA, crítica que tienen lugar todos los días, dentro de los organismos del frente y fuera de él.

Objetivos

Resumimos los objetivos que dice perseguir el Frente Revolucionario Anti-imperialista:

1.— En su carta fundamental de constitución se lee: “El Frente Revolucionario Anti-imperialista se organiza para la toma del poder. El pueblo de Bolivia ha alcanzado un alto nivel de conciencia revolucionaria que lo habilita para la lucha por el socialismo como finalidad política”. La Asamblea Popular se definía a sí misma como órgano de poder de las masas y del proletariado, cuyo objetivo central era la de conquistar el poder político y construir el socialismo. Es fácil concluir que estratégicamente la Asamblea se proyecta en el FRA, que no es, ciertamente, un frente ocasional, sino un frente para tomar el poder y construir el socialismo, que importa la más elevada madurez política de las masas y particularmente del proletariado.

2.— Ni duda cabe que el FRA tiene como objetivo inmediato la lucha contra la dictadura castrense contrarrevolucionaria y fascista. No se plantea como tarea realizar la oposición por la oposición, actitud, que como enseña la historia trágica de Bolivia, puede concluir coadyuvando los trajines golpistas de las camarillas formadas alrededor del mismo poder, sino que se fija con meridiana claridad el tipo de gobierno que debe instaurarse como consecuencia de la victoria de la lucha frentista: gobierno dirigido por el proletariado, concepción en la que se sintetiza toda la experiencia anterior de las luchas sociales, que importa la asimilación de la experiencia y lecciones de la Asamblea Popular y expresa, en un elevado nivel político, la tendencia fundamental de los explotados hacia la constitución de su propio gobierno y la construcción del socialismo. En la base de las postulaciones programáticas del Frente Revolucionario Anti-imperialista se encuentran la controvertida Tesis Política aprobada por el Cuarto Congreso de la Central Obrera

Boliviana y las Bases Constitutivas del mismo FRA.

En el Frente Revolucionario Anti-imperialista están conjuncionados los partidos de izquierda y las grandes organizaciones de masas (sindicales, campesinas, estudiantiles, populares, etc.). La izquierda boliviana, bajo la influencia del trotskismo, que tuvo el acierto de sacar las debidas conclusiones políticas del palpitante desarrollo de los acontecimientos, ha asimilado debidamente la certidumbre de que la revolución social será hecha por las masas y por nadie más. El proletariado concluye convirtiéndose en caudillo de la nación subvertida, que lucha y se unifica buscando romper los lazos de sujeción que le atan al imperialismo. Sería absurdo, por no decir utópico, plantear la posibilidad de una revolución puramente proletaria o socialista, en la que la clase obrera puede darse el lujo de marchar solo contra la mayoría nacional. La viga maestra de la estrategia revolucionaria no es otra que la alianza obrero-campesina (en este concepto se incluye la urgencia de lograr el apoyo de la pequeña burguesía de las ciudades a la política del proletariado), lo que quiere decir que la clase obrera arrastre detrás de sí a la mayoría nacional.

Los partidos políticos frentistas están interesados en actuar con referencia a amplios sectores de las masas, actividad que supone lucha interpartidista y sólo mediante ella es posible imponer la línea política del FRA.

3.— La izquierda boliviana se ha dividido y subdividido en numerosas oportunidades alrededor de las disputas y discrepancias sobre los métodos de lucha que es preciso emplear en el proceso revolucionario, discusión que lleva implícita la concepción partidista acerca de la mecánica de clases, en la que se manifiesta una de las particularidades del país.

En Bolivia, las tendencias políticas que sostienen la posibilidad del tránsito pacífico del capitalismo al socialismo no han tenido el suficiente valor para formular su tesis en forma franca y sistemática, que debe atribuirse a

la poderosa presión sobre ellas de un país radicalizado en extremo. Lo que hacen es tratar de desvirtuar o atenuar los métodos que parten de la acción directa.

La discusión se ha centrado alrededor del foquismo, que en cierto momento pretendió presentarse como sustituto del partido político y que ahora sigue la azarosa línea de búsqueda de contacto con el pueblo, y la lucha insurreccional de las masas. Estas posiciones se presentaron, a cierta altura del debate, como irreductibles en su oposición, lo que correspondía exactamente a la realidad. El debate teórico, por sí solo, no tenía posibilidades de obligar a los foquistas a ultranza, especie de la que todavía hay ejemplares, a modificar sus posiciones y a someterse a la dirección de la clase revolucionaria, lo que es diferente al reconocimiento lírico de la hegemonía política del proletariado en el proceso de transformación. El choque de las concepciones foquistas con la terca realidad y los catastróficos descalabros que ha motivado, han obligado a su tácita revisión y han forzado a buscar afanosamente la forma de plasmar un movimiento referido a las masas.

La gran madurez política del proceso revolucionario boliviano se mide por el hecho de que la izquierda concentrada en el FRA logra formular un planteamiento unitario sobre los métodos a emplearse en la revolución. Esta unidad es una de las grandes virtudes del Frente, porque permite dedicarse cuidadosa y pacientemente a los trabajos preparatorios de la insurrección, sin correr el riesgo de un aborto del proceso o de reducirlo a la prostración en medio de la inoperancia. Nunca será suficiente puntualizar el hecho de que la extrema izquierda se ha sometido, por instantes a regañadientes, a los métodos propios de la revolución proletaria.

En uno de los documentos básicos del Frente Revolucionario Anti-imperialista se establece:

“El Frente Revolucionario Anti-imperialista establece que la lucha revolucionaria en Bolivia no descarta nin-

gún método, por el contrario, reconoce la validez de todos Sin embargo, deja establecido que no sitúa a todos ellos en el mismo nivel, y declara que la preeminencia de uno sobre los otros, dependerá del condicionamiento político en cada fase de la lucha insurreccional, debiendo ser todos, y en todo tiempo, los que son propios de la revolución proletaria, en cuya base se encuentran la movilización de las masas y la acción directa, que puede adquirir formas diversas según el momento político, desde las manifestaciones y huelgas hasta las diversas modalidades de la lucha armada". Es la dirección política del proletariado la que determina que todas las formas de la lucha sean expresiones de los métodos propios de la revolución proletaria. Para el FRA la lucha armada tiene que ser, necesariamente, una manifestación concreta de la lucha de las masas. Todo lo anterior se puede resumir en la siguiente fórmula: todo con las masas, nada sin ellas o contra ellas. La lucha armada adquiere trascendencia en la medida en que se convierte en una actividad propia de los explotados, en esta medida puede llegar a ser experiencia de la clase y contribuir a la evolución de la conciencia de ésta.

La subordinación de las diversas organizaciones a los métodos del FRA está expresamente establecida: "Cada una de las organizaciones que componen el FRA debe actuar de acuerdo a un plan político-militar colectivamente elaborado. El incumplimiento de este plan así como las actuaciones o decisiones que contraríen esta forma de trabajo revolucionario y unitario, que tengan carácter sectario, fraccional o divisionista, deben ser enérgicamente repudiadas".

La norma táctica fundamental del FRA puede resumirse así: "Toda acción que contribuye a aproximar a las masas a la insurrección es buena y aquella que las aparta de esta finalidad es repudiable".

La acción directa de masas adquiere las formas más diversas y una o algunas de estas formas pueden alcanzar

vigencia en determinadas condiciones políticas, relegando a segundo plano a las otras. El FRA, por ejemplo, no desconoce ni rechaza por principio las acciones comando o la guerra de guerrillas, pero las subordina a las necesidades creadas por un determinado momento político, que está definido, básicamente, por la actitud que asumen las masas y por las modificaciones que se operan en su conciencia. Es esta realidad la que determina la vigencia o no de determinado método de lucha. No se trata simplemente de un cambio de la situación política, sino de que las masas sólo han madurado para utilizar eficazmente un determinado método de lucha. Las fuerzas revolucionarias se ven ante la necesidad de sobremontar en su lucha determinados obstáculos y la respuesta que dan a este requerimiento (necesidad histórica) no es otra cosa que la adopción de un método de lucha ya existente o la creación de otro nuevo.

El Frente Revolucionario Anti-imperialista es un frente de partidos políticos, que indiscutiblemente son una minoría inclusive con referencia a la minoritaria clase obrera. Este comando minoritario tiene la misión de poner en pie de combate y dirigir hacia la victoria a las masas, lo que sólo puede lograr si realmente se insume y sigue las tortuosas viscisitudes de la lucha de clases. Constituye una preocupación insoslayable el soldar a la vanguardia con el grueso de la clase. Los primeros trabajos deben estar destinados a movilizar a las masas, partiendo del descontento que existe frente a la inconducta gubernamental, a la sorda resistencia al gorilismo. Esta movilización se comenzará uniendo los brotes espontáneos de resistencia y protesta que actualmente se producen en forma creciente en las diversas clases sociales. La tarea primera consistirá en generalizar esos brotes a través de una consigna que las una y las eleve políticamente, consigna que se referirá a la lucha por las garantías democráticas y las reivindicaciones económicas y sindicales elementales. El objetivo inmediato es poner en pie de com-

bate a las masas e imprimir un carácter político a su movilización. Esto sólo se podrá lograr si cotidianamente se sigue, paso a paso, la línea que marca el desarrollo de la lucha de clases. Los obreros viven y se movilizan cada instante alrededor de pequeños objetivos.

EL FRA Y LAS MASAS

No se trata de aislarse de las masas para poder, en las actuales circunstancias, enarbolar consignas puramente socialistas y altisonantes, sino de marchar junto a ellas y por eso, necesariamente, se tendrá que tomar en cuenta su estado actual, inclusive, sus prejuicios y sus limitaciones naturales. Las consignas a formularse deben cumplir la función de servir de puente que permita a las masas a movilizarse hacia el poder (mejor, de aproximarse cada día más y más hacia él), partiendo de su lucha inmediata. La defensa de las garantías democráticas, del fuero sindical, de las conquistas sociales más elementales, de la vigencia de la Constitución, de las riquezas e intereses nacionales, etc., adquieren importancia revolucionaria trascendental en este momento. La experiencia directa que vivan las masas, por muy pequeña que ésta sea, tiene una enorme significación para su madurez política, mucho más que la difusión de los principios y consignas abstractos del socialismo. Lenin tenía razón cuando sostenía que un paso en la lucha diaria vale más que toda una biblioteca de libros teóricos. Los bolivianos han aprendido y madurado más, por ejemplo, en la huelga de febrero, que con la lectura de los periódicos y folletos que publican los marxistas, si es que publican.

Desde todo punto de vista, es errónea y absurda la tesis en sentido de que las organizaciones obreras no están presentes en el Frente Revolucionario Anti-imperialista. La Tesis Política del IV Congreso de la COB señaló la línea maestra en sentido de ser indispensable la

formación de un frente anti-imperialista para lograr la liberación nacional, táctica que podría ayudar a superar la debilidad del factor subjetivo de la revolución. Cumpliendo este mandato, connotados dirigentes laborales creyeron de su deber elemental impulsar la formación del FRA y redactar sus documentos básicos. Muchos de los dirigentes de los partidos políticos que se reclaman del proletariado son, al mismo tiempo, sindicalistas. Ni los dirigentes obreros que protagonizan el nacimiento del FRA y luchan por consolidarlo, ni los partidos marxistas, sobre todo después de la rica experiencia de la Asamblea Popular, podían aceptar el marginamiento de la clase obrera de la nueva organización, que busca nada menos que llevar a las masas a derrocar al fascismo. Por otro lado, dentro de las fronteras del país, escenario en el que se librará la batalla definitiva contra el gorilismo, los dirigentes de las organizaciones obreras participan en la dirección del Frente.

CONTINUIDAD DE LA ASAMBLEA EN EL FRA

Eliminar a la clase obrera del Frente Revolucionario Anti-imperialista importaría un abandono de las posiciones que las masas han alcanzado en la lucha y que, por tanto, han acumulado como parte de su experiencia. Si se diese ese paso se abandonaría la estrategia revolucionaria del proletariado y constituiría un retroceso con referencia a la Asamblea Popular. Ninguna de estas variantes, que puede plantearse en el plano de las suposiciones, se da en una organización que se proclama, en su línea política, continuadora de la Asamblea. Tampoco existen razones para que los partidos políticos abandonen sus ideas políticas y su estrategia, en cuya base se encuentra la indiscutible hegemonía de la clase obrera en la revolución, habiendo discrepancia únicamente en la forma como se materializará esa hegemonía. Se puede decir que el FRA hereda la tradición boliviana en sentido de que sólo el pro-

letariado puede dirigir políticamente las luchas por la liberación nacional y social. Por esto mismo, nunca estará demás reiterar la relación de continuidad que existe entre la Asamblea Popular y el Frente Revolucionario Anti-imperialista.

Decimos que la Asamblea Popular constituye la mayor conquista lograda en el proceso revolucionario porque se trata de una creación de las propias masas y los actos de esta naturaleza son definitivos en la historia social.

La Asamblea comprendía físicamente a las más amplias capas de los explotados, muchas de las cuales se sumaban a la lucha política por primera vez. En las condiciones de clandestinidad imperantes no puede funcionar esa representación directa y se expresa únicamente en el plano político. La minimización de las representaciones partidistas fue una de las consecuencias de las características de la Asamblea; ahora, es el partido el portavoz genuino de la conciencia de clase y, consiguientemente, se tiene la impresión de una hipertrofia partidista en perjuicio de las organizaciones sindicales.

Si se trata de conservar lo esencial de la Asamblea Popular no se tiene que olvidar que está en cuestión conservar y proyectar su naturaleza de órgano de poder, en la medida en que fue la única autoridad para las masas. El FRA al proponerse una profunda movilización, enraizada en la actividad elemental de los explotados, no hace otra cosa que preparar las posibilidades para que, ciertamente que en un plano político superior, pueda volver a darse la Asamblea.

La Asamblea, como señalan sus estatutos adquirió el carácter de frente revolucionario anti-imperialista, timoneado por la clase obrera. La naturaleza del FRA es la misma y no por casualidad. Este frente no es una finalidad en sí y, más bien, es el canal que centraliza a las clases y corrientes empeñadas en efectivizar la liberación nacional, como un aspecto de la revolución hecha por el proletariado.

El frente anti-imperialista que llevamos a la práctica no tiene nada que ver con los frentes anti-imperialistas timoneados por direcciones burguesas nacionalistas o pequeño-burguesas y que, en los hechos, concluyen subordinando a los trabajadores a clases sociales que les son extrañas. Estos frentes, de los que está plagada la historia nacional e internacional, han concluido invariablemente estructurando gobiernos complacientes del imperialismo y convirtiendo a los obreros en sus simples títeres. Cuando se parte del principio de la dirección política del proletariado en los frentes anti-imperialistas, lo que se hace es modificar profundamente sus proyecciones. No se discute que la liberación nacional informa la parte sustancial de su programa, pero la liberación en manos de la clase obrera se convierte sólo en un aspecto de la revolución proletaria y en uno de los pasos en el camino de la construcción del socialismo. Es esto lo que no comprende mucha gente y, particularmente, los que nos critican desde la izquierda.

Para nosotros el antecedente del frente único anti-imperialista, es decir, de lo que estamos haciendo ahora, se encuentra en los primeros congresos de la Internacional Comunista y cuyos documentos básicos fueron escritos, analizados en las discusiones y defendidos por Lenin y Trotsky (los fundamentos programáticos de la Cuarta Internacional están constituidos no únicamente por el Programa de Transición, sino por las tesis y resoluciones de los cuatro primeros congresos de la IC). Los bolcheviques no pudieron ignorar que las masas de los países atrasados comienzan a ser movilizadas por la burguesía nacional y tras falsas banderas anti-imperialistas, entre esas masas que se encuentran de tránsito por caminos extrañados se encuentra la clase obrera. Se trata de descubrir los medios que permitan arrancar a los partidos nacionalistas su control sobre los sectores explotados y mayoritarios, de convertir al proletariado en caudillo nacional, consiguiéntemente, de fortalecer a la vanguardia

revolucionaria. El frente anti-imperialista constituye el marco adecuado para el cumplimiento de estas tareas. Estamos seguros de las limitaciones del nacionalismo de contenido burgués y de la certeza de que tarde o temprano, tiene que capitular ante el enemigo foráneo y aliarse con él para pretender aplastar al proletariado nativo y buscar vanamente salvar sus intereses. La Internacional Comunista lanzó la consigna del frente único de la clase obrera para los países altamente desarrollados, a fin de lograr la emancipación de los trabajadores de sus direcciones tradicionales y así ayudarles a hacerse comunistas. Con la misma finalidad fue delineado el frente anti-imperialista como propio de los países atrasados. Los bolcheviques sabían perfectamente que las metrópolis y las colonias y semicolonias eran dos realidades diferentes.

Con frecuencia se sostiene que el frente anti-imperialista no sería más que una ampliación del frente único proletario, o que aquel llegaría a estructurarse partiendo de este último. Esta es una otra forma de ignorancia de lo que son los países atrasados y que soportan la opresión imperialista.

El frente único proletario en los países atrasados deja de ser político para transformarse en meramente sindical, en proyección de la naturaleza de los sindicatos: forma elemental del frente clasista. El frente único proletario se limita a proclamar la unidad de la dirección sindical (generalmente se lucha por una central nacional única). El frente único anti-imperialista considerado como ampliación del frente clasista limita la lucha política al cuadro sindical.

El frente antimperialista es consigna de otra naturaleza y corresponde a una realidad diferente, a la de los países atrasados. Se trata de un frente político de los sectores sociales que están interesados en la lucha contra la opresión imperialista. La unidad sindical lo que hace es fortalecer las posiciones del proletariado dentro

del frente antimperialista y nada más; se puede añadir que la unidad clasista ayuda a la clase obrera a convertirse en caudillo nacional, desde el momento que acentúa su independencia de clase frente a las direcciones políticas que le son extrañas. Lejos de confundir al frente único proletario con el antimperialista, lo que hay que hacer es diferenciarlos con toda claridad. Finalmente, el frente antimperialista es una consigna irremplazable en la lucha revolucionaria que se libra en los países rezagados, a condición de que esté políticamente dirigido por el proletariado.

Resumiendo: por lo que seguidamente se señala, el Frente Revolucionario Antimperialista no es más que proyección de la Asamblea Popular. Hay continuidad estratégica: gobierno obrero para construir el socialismo. En ambas organizaciones se establece con claridad el rol hegemónico del proletariado. Estas dos entidades efectivizan la unidad de los partidos de la izquierda boliviana y de los sectores mayoritarios del país (sindicatos, universidades, etc.) empeñados en aplastar al gorilismo y darse una dirección única en el combate, dentro de los únicos lineamientos que puede adquirir si no quiere concluir en la derrota o la claudicación: el frente revolucionario antimperialista dirigido por el proletariado.

Mas, las profundas transformaciones que ha sufrido la situación de Bolivia, han impuesto diferencias de importancia en la organización y funcionamiento entre la Asamblea Popular y el Frente Revolucionario Antimperialista, al extremo de que aparecen como dos entidades totalmente diferentes y, para muchos, contrapuestas.

Ya se ha indicado que el gobierno totalitario impuesto por el gorilismo fascista importa la cancelación de las garantías democráticas más elementales y la ejecución de un plan de destrucción física de las organizaciones obreras. Al no haber podido doblegar totalmente a los núcleos de resistencia que funcionan en las ciuda-

des, proyectó controlar a los sindicatos más grandes y más combativos, como son los mineros, a través de elecciones amañadas que pudiesen darle el manejo burocrático de las direcciones.: El plan ha fracasado estrepitosamente y no puede descartarse del todo que todavía en el futuro próximo la dictadura materialice su dorado sueño de ocupar militarmente los centros de trabajo, lo que importaría que se vuelvan a consumir masacres rojas como las de la memorable y trágica noche de San Juan.

Es en las condiciones de lucha clandestina que aparece el Frente Revolucionario Antimperialista para lograr, utilizando métodos conspirativos, el derrocamiento del gorilismo, que supone el poner en pie de combate a las masas. Esta dirección política tiene que ser, necesariamente, limitada por su número y cuyos métodos de trabajo, moldeados en el verticalismo, no podrán menos que violentar algunas normas de la más amplia y tradicional democracia interna. El FRA tiene plena conciencia de que su fortaleza y viabilidad se dan por el camino de su firme entroncamiento con las masas; pero, cuida celosamente la integridad física de las organizaciones laborales y populares y, por esto mismo, mantiene en reserva la adhesión de éstas a sus niveles de dirección. La forma en que la clase obrera debe estar representada en el Frente Revolucionario Antimperialista ha suscitado violentas polémicas y en ellas se encubren problemas fundamentales de la revolución.

Asumen una actitud muy peligrosa y lindante con las posturas contrarrevolucionarias, los que, a nombre del proletariado, pretenden enfrentar a los sindicatos con los partidos revolucionarios. Estamos nuevamente frente al clásico argumento esgrimido por la reacción contra la línea revolucionaria. Por este camino se llega infaliblemente al apoliticismo de los sindicatos, al apartidismo de los obreros y a la peregrina tesis de que las organizaciones laborales tienen la suficiente capacidad para tomar el

poder y construir el socialismo, etc. Esta "doctrina" nada tiene que ver con las mejores tradiciones del movimiento obrero boliviano.

Muchos decenios de luchas de la clase obrera han concluido convirtiéndola en caudillo nacional, es decir, en dirección política de las masas que combaten contra la opresión imperialista y por superar nuestro secular atraso. Esta larga y accidentada historia se sintetiza en los serios esfuerzos hechos por la clase en sentido de estructurar su propio partido político, entre los que deben incluirse las experiencias hechas en el seno de organizaciones políticas extrañas a la clase obrera.

La expresión política acabada de la clase no es el sindicato, sino el partido político, porque sólo el programa de éste es capaz de expresar a cabalidad los intereses históricos de aquella. El sindicato fue creado por los trabajadores cuando se vieron obligados a efectuar luchas elementales. El partido aparece cuando adquiere conciencia de clase.

En Bolivia es una pose desdichada el persistir en el extremo de que el sindicato es suficiente por sí sólo para dirigir a los explotados en sus luchas diarias y en las de su emancipación. Contrariamente, la evolución de nuestro sindicalismo se opera alrededor de ideas políticas claras y determinantes (que, en último análisis, tienden a superar a los movimientos nacionalistas de contenido burgués y a lograr la independencia ideológica y organizativa de la clase con referencia a las direcciones políticas que le son extrañas), esto ha sido posible porque en su seno se han movido activamente ciertas tendencias políticas, encarnadas en partidos de izquierda, contribuyendo positivamente a la evolución de la conciencia de clase. La ideología marxista no se genera espontáneamente en el seno de las masas, sino que viene a ellas desde fuera, convirtiéndose, en su momento, en el elemento activo que contribuye a la verdadera formación de la clase.

Dentro del marxismo, sólo puede plantearse el problema de las relaciones entre el partido y los sindicatos arrancando de la evidencia de que las actividades gremiales son sólo un aspecto de la política revolucionaria encarnada en el partido político. Si el partido no busca ni desea convertir a los sindicatos en sus agencias burocráticamente controladas, es, en cambio, su legítima ambición dirigirlos políticamente, lograr que sigan el camino por él trazado. La genuina e irreemplazable expresión política de la clase es su partido. El sindicato es la respuesta organizativa a las necesidades inmediatas y deviene revolucionario en la medida en que el partido influencia decisivamente en su orientación. La experiencia, muchas veces amarga, enseña que el dirigente sindical que invariablemente permanece en la trinchera revolucionaria, pese a todas las variantes que pueda sufrir la situación política, es aquel que, simultáneamente, milita en un partido obrero. En los períodos de gran ascenso revolucionario, cuando normalmente las autoridades garantizan la vigencia de elementales normas democráticas, la dirección sindical puede, pese a sus limitaciones, representar a la clase en las organizaciones populares. En las épocas de represión, cuando la misma vida sindical no puede desarrollarse normalmente, no funcionan los mecanismos mediante los cuales las bases obreras pudiesen expresar su adhesión o su repulsa a determinadas direcciones. De una manera general, toda confederación o federación está siempre más a la derecha que los cuadros de base. Cuando no funcionan normalmente las asambleas, canal normal de expresión del grueso de los trabajadores, es muy difícil decir qué dirigentes siguen contando con la confianza de aquellos. En los momentos de reflujo se hace notable el aflojamiento de las actividades sindicales. El dirigente obrero, de una manera normal, encuentra la raíz de su fortaleza en la presión y control que sobre él ejercitan las masas, cuando este factor disminuye o desaparece, el sindicalista marcha ~~sin~~

norte, arrastrado por las corrientes políticas más diversas, inclusive por las que nada tienen que ver con la revolución o que desembocan en el oficialismo. En estas condiciones, el sindicalista puro puede concluir actuando contra los intereses de sus compañeros. Contraponer, de un modo tajante, la Asamblea Popular al FRA en lo que se refiere a la forma de representación de la clase obrera no pasa de ser una superficialidad. La clase obrera dentro de la Asamblea era el sector dominante y dirigente no sólo porque en su seno estaban las grandes organizaciones laborales (eso ocurrió también en otras oportunidades y en otras organizaciones), sino porque se logró imponer como su programa; el programa revolucionario del proletariado, que, quierase o no, era pensamiento político partidista.

Es indiscutible que el Frente Revolucionario Anti-imperialista y los partidos políticos no pueden actuar aislados de las masas; contrariamente, están obligados a soldarse con ellas. Necesariamente tienen que tomarse los canales sindicales para influenciar sobre las más amplias capas de explotados. Es en este sentido que los sindicatos deben intervenir directamente en el FRA. La línea política debe fijarse en el más alto nivel, donde se concentra la representación partidista, teniendo en cuenta el programa del proletariado, y esa línea debe ejecutarse a través de las grandes organizaciones de masas. Esto se podrá lograr si se materializa una perfecta coordinación de pensamiento y movimientos entre la dirección del FRA, los partidos revolucionarios y los sindicatos.

No hay oposición entre sindicato y partido, sino entre el partido revolucionario y las tendencias reaccionarias, que ocasionalmente pueden agazaparse en el seno de las organizaciones laborales. Un deber elemental consiste en luchar enérgicamente contra todo intento de meter de contrabando la ideología reaccionaria bajo el disfraz de "sindicalismo puro".

El Frente Revolucionario Antimperialista muy dificultosamente está dando sus primeros pasos dentro del territorio nacional, está pagando muy caro la acusación hecha por el gorilismo en sentido de que nació en Chile, auspiciado por gobiernos foráneos y enemigos de Bolivia. En un período de relativa depresión surgen, una y otra vez, los peores prejuicios y, entre ellos, el chovinismo. La respuesta no puede ser otra que la de fortalecer al FRA dentro de las fronteras nacionales y lograr su real entroncamiento con las masas.

El FRA, por definición y por mantenerse fiel a sus principios, está marginado de todo tipo de golpismo que únicamente signifique el cambio de guardia en el Palacio Quemado o la sustitución de un militar por otro que sea más o menos fascista. Rechaza toda forma de putchismo, toda manifestación golpista ajena a los intereses de la clase obrera. Sin embargo, es la perspectiva golpista una de las amenazas contra el porvenir del Frente Revolucionario Antimperialista.

La aparición de un eje nacionalista de oposición (por el momento no existe la posibilidad de que se organice un otro frente de la izquierda), se presentaría ante el país como una otra alternativa de poder. Este eje nacionalista puede seguir dos grandes líneas: 1) Constituirse como un frente nacionalista formado entre sectores de derecha (Partido Socialdemócrata) y grupos discidentes de falangistas de derecha que están fuera del gobierno. Este frente rápidamente empalmaría con las ambiciones de los generales o de un sector del MNR. 2). Pueden sectores "izquierdistas" del MNR, particularmente los vinculados con las tendencias sindicalistas, sellar alianza conspirativa con algún grupo militar "demócrata".

Un golpe de Estado victorioso comenzaría debilitando al FRA como dirección de masas, obstaculizaría sus movimientos, aumentaría la incertidumbre entre las masas, al presentarse como anti-Paz y anti-gorila.

Un golpe putchista seguido por una "apertura democrática", por elecciones, etc., podría amputar físicamente al FRA por su sector nacionalista o acaso atrayendo a alguna de las figuras militares que actualmente figuran en sus filas. A este contratiempo seguiría el desconcierto popular e inclusive podría presentarse el caso del renacimiento de las ilusiones, aunque por breve tiempo, acerca de la capacidad revolucionaria de un gobierno de tal naturaleza.

En caso de producirse un cuartelazo, el FRA sólo puede responder movilizándolo rápidamente a las masas, organizándolas y armándolas. Como demuestra la historia, los explotados convertidos en amos de la calle transformarían el golpe en una verdadera revolución. Hay que prepararse apresuradamente, con la seguridad de que el ritmo de la política boliviana es muy veloz y con la certeza de que no vivimos un aplastamiento total del proletariado por décadas. Seguimos marchando contra el tiempo a fin de evitar un nuevo 21 de agosto.

La falta de una adecuada propaganda y de la oportuna y consiguiente clarificación de las finalidades, naturaleza y funcionamiento del Frente Revolucionario Antimperialista pueden motivar el surgimiento, en cualquier plano y momento, de la contradicción entre la dirección política restricta y centralizada y la demanda de una amplia participación de las organizaciones sindicales y populares en los niveles de alta dirección, siempre invocando como ejemplo el caso de la Asamblea Popular. Hay que volver a recordar que el FRA es una dirección política, que supone un pacto secreto con las grandes organizaciones de masas. El repliegue de las bases obreras y de la misma vida sindical, determinan que los dirigentes apartidistas de primera línea y medios hubiesen perdido el control de sus bases y que éstas se muevan dentro de la poderosa presión que sobre ellas ejercita el gobierno y el aparato patronal. Esta contradicción, si aparece, se resolvería automáticamente si las masas pasan

a la ofensiva y reconquistan parte de las garantías democráticas ahora perdidas. Entonces podría darse la necesidad de actualizar la Asamblea Popular u otra organización del mismo tipo.

La movilización de las masas, el trabajo partidista en el seno de éstas, crearán necesidades concretas de armamento de la clase y de su vanguardia. A esta altura debe subrayarse que constituye preocupación primordial el adoptar las providencias necesarias que eviten que los trabajos conspirativos concluyan en un aborto.

A tiempo de estructurar el Frente Revolucionario Antimperialista se ha analizado y desmenuzado deliberadamente el concepto de insurrección, a fin de evitar cualquier equívoco o sellar el frente partiendo de engaños. A la insurrección se llega logrando que el factor subjetivo de la revolución madure lo suficiente para complementar al ya maduro elemento objetivo.

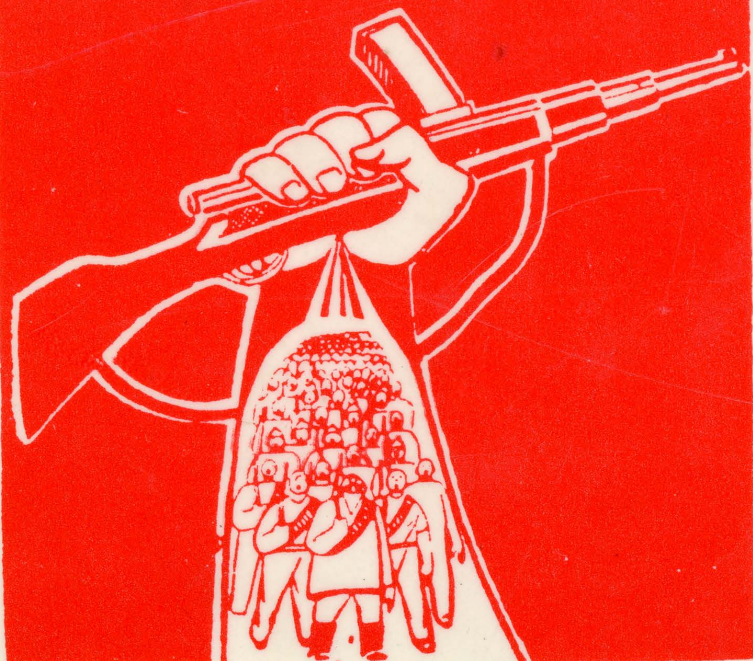
La Paz, agosto de 1971.

Santiago de Chile, febrero de 1972.

N. B.: En el anterior escrito figuran el Grupo Espartaco, la democracia cristiana y los socialcristianos, porque así se llamaban cuando tuvieron lugar los acontecimientos que se analizan. Ahora, todos ellos aparecen agrupados bajo la sigla del Movimiento de la Izquierda Revolucionaria (MIR).

ASAMBLEA POPULAR

ORGANO DE PODER OBRERO



La Asamblea Popular marca el punto más elevado de la movilización y politización de las masas bolivianas y es la creación más trascendental que hasta ahora ha tenido lugar en el país del Altipano. No se trata de una organización más entre las muchas que han debutado y caducado a su turno, sino de un hito definitivo planteada en la marcha hacia el socialismo.

FILEMON ESCOBAR, 1972